

Nicola Viceconti

Dos veces sombra

Prólogo de
Estela Carlotto



Nicola Viceconti

DOS VECES SOMBRA

Traducido por

Andreina Giampaolini

DOS VECES SOMBRA

Copyright (C) 2012 Nicola Viceconti

(www.nicolaviceconti.it)

Traducido por Andreina Giampaolini

Ilustración de tapa: "Mirta e il vero ritrovato" de Valerio Scarapazzi

Compaginación a cargo de Matteo Poropat

(eBookAndBook)

Primera edición digital

A los niños robados como "botín de guerra" en los años de la dictadura.

A las Abuelas de Plaza de Mayo, al inagotable trabajo de investigación y búsqueda de las verdaderas identidades.

“Querido nieto o nieta: Soy tu abuela Sonia. Hace tanto tiempo que estoy buscándote. Han pasado 33 años sin poder estar a tu lado en los momentos difíciles. Sin tu sonrisa, sin tus caricias (...) Mi deseo más grande es poder abrazarte (...). Este año cumpla 80 años y quiero festejarlos con vos. Hasta encontrarnos, te espero y te pienso. Tu Abuela Sonia”.

Clarín, 4 de agosto de 2009

Sonia Torres,
(fundadora de las
Abuelas de Plaza de Mayo de Córdoba).

Por informaciones y comentarios contactar al autor:
nicola.viceconti@gmail.com

Los personajes y los eventos de esta novela son de fantasía y no corresponden por lo tanto a personas y/o

situaciones reales.

Agradecimientos

Agradezco a la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo por las informaciones, noticias y consejos sobre el tema tratado de los niños, hijos de desaparecidos de la última dictadura. En particular agradezco a la señora Estela Carlotto por honrarme con su precioso prólogo.

Igualmente agradezco al amigo Carlos Parma por su pasión con la que ha expresado su opinión sobre mi novela, y a Manuel Gonçalves Granada para su conmovedor testimonio.

Gracias en fin a Antonella Valsecchi por haberme seguido y sostenido en la redacción del texto.

Prólogo

El autor narra con un lenguaje sencillo y directo una historia ficción sobre la realidad vivida en la Argentina durante la última dictadura cívico-militar (1976-1983). Enfoca el desarrollo de una de las peores prácticas ejecutadas durante ese nefasto periodo: el robo de bebés.

Dentro de un plan sistemático programado, la apropiación de los hijitos de los opositores políticos respondía a que eran considerados “botín de guerra”.

Paula, la niña protagonista de este relato, responde en la descripción que hace de la vida de ella el autor, a las realidades vividas por la mayoría de los niños, hoy adultos que hemos recuperado las Abuelas de Plaza de Mayo.

Esta metodología de apropiación de niños por razones políticas es un “invento” de los genocidas argentinos. Nicola Viceconti ha captado con seriedad y certeza las características de los torturadores, ladrones y asesinos donde en su dualidad de vida podían acariciar a los hijos de sus víctimas sin experimentar sentimientos.

Viceconti ha realizado un análisis socio político de esa época, y aunque históricamente podríamos corregir en el texto algunas fechas y personajes, en el relato surge la sensibilidad del escritor, su consentido aporte a que esa historia que aún falta resolver en nuestro país sea

conocida y atraviase las fronteras. Quiero expresarles mi emocionado agradecimiento en nombres de esta lucha de mujeres buscando dos generaciones.

Estela de Carlotto
Presidenta de
Abuelas de Plaza de Mayo.

Nota introductoria

La obra de Nicola Viceconti es una luz en el camino. Retrata al hombre que gana dignidad en el dolor y enseña que ciertas luchas pueden más que una verdad abrumadora, que la roca firme vence al mar enbravecido.

Prontamente el texto nos coloca ante lo irremediable, el evidente quebranto de un Estado “enfermo”, la elocuencia de un silencio terminal, el SER frente a un desenlace trágico, único, insoslayable... la huella que deja lo que pudo ser y no fue...

Sin embargo, la generosidad del autor, nos convoca a “abrir una puerta” ... aquella que nunca debió cerrarse.

En tiempos de desencanto, donde la cultura de lo efímero y banal suele ser de tratamiento cotidiano, la construcción de “verdades líquidas” una moneda corriente y la fascinación del hedonismo un modo de interactuar, la PALABRA justa, fresca y comprometida de los personajes centrales de este libro son un bálsamo entre tanta ignominia.

Valiéndose de un prolijo lenguaje, Viceconti opta por la novela como género, esto me impone una máxima de reserva en torno a lo que aquí sucede. Un imperativo moral me lleva a confesar que sufrí en carne propia aquellas épocas de espanto y desolación que correctamente se relatan con crudeza en este texto. Creo

entonces tener una mínima autoridad para recomendar este libro al lector agudo y pensante, aquel que irradia sensibilidad y sueña con un mundo mejor.

La errática legislación, doctrina y jurisprudencia de este país, promueve el desaliento. Un gran número, pero no menor, de madres, abuelas y familiares en general de desaparecidos y víctimas de una dictadura encarnizada, sumergidos en arcanos recuerdos y empujados por la memoria de sus seres queridos esperan aun el desenlace. Aquel que tantos y tantas veces le han prometido.

Por eso es necesario congratularse con una novela que rescate los derechos humanos. Es que el hombre, sublime y gozoso, debe elevar su espíritu ante la majestuosa presencia de estos derechos universales, inalienables, innatos, irrenunciables, intransferibles e imprescriptibles, para promoverlos y defenderlos incansablemente, como lo hicieron en aquel acto fundacional del 30 de Abril de 1977 las madres de Plaza de Mayo y las valientes Abuelas de Plaza de Mayo.

El libro sirve también para “despertar conciencias”, para reflexionar una vez más sobre tiempos pretéritos, para estimular el pensamiento crítico. El lector sensitivo y de madura edad seguramente se emocionará al ver las citas de la JUP, experimentará tal vez la tersa levedad de remotos momentos y revivirá lejanos ideales.

Desde lo prístino el libro relata los “idus de Marzo” del año 76, aquellos que trajeron los lúgubres pájaros mensajeros del dolor. Un primate, con mortecina figura, comandaba el País. Como solía decir Paquito Urondo: habían “fusilado la patria”. Estábamos “a la intemperie”,

el SER era sólo un punto en el curso lineal del tiempo... Fue precisamente en aquel tiempo cuando tuve la agónica revelación que alguien había robado nuestros sueños.

A pesar de este lacónico designio, agradezco al autor que haya generado un personaje de FE que nunca renuncia a la lucha... que se levanta... que sigue íntegro... que cree ...

No en vano opta por el género femenino. Es que “Paula” es “Beatrice”, es “María”, es “Juana Azurduy”, es una y es todas...

Hay dos cuestiones que no deben soslayarse: en primer lugar que el libro se encuentre precedido por palabras de agradecimiento de Estela de Carlotto. Se trata de un dato excluyente, pues este EJEMPLO DE LUCHA, que fue, es y será esta ABUELA, la cristalizó como uno de los seres más trascendentes que dio la historia Argentina en materia de Derechos humanos.

Se torna destacable también a todas luces que un ciudadano Italiano componga este texto. Por un lado nos da una visión de cómo alguien que vivió en otra tierra interpreta y analiza épocas difíciles si las hubo. En otro orden es un ejemplo que alguien de aquella lejana patria se atreva a decir cosas que los propios argentinos deberían contar y por supuesto optan por callar.

Viceconti se ha trascendido a si mismo, el personaje lo ha eclipsado, su heroína puede más, es la llave de hierro que abre todas las puertas, es la esperanza, la Argentina que cree, que nace ... que sueña.

Carlos Parma
Juez de Mendoza

La fábula de Greta Luz

Buenos Aires, junio 1983

- ...Cuando Hala, el viejo guardián del castillo encantado, cerró el portón detrás suyo, la pequeña Greta se encontró en una gran sala fría y oscura. Permaneció inmóvil del miedo, se puso en cuclillas en un rincón y contuvo la respiración para que no la descubrieran. Incluso el más mínimo ruido hubiese sido fatal.

A la distancia sentía la voz de sus padres que la llamaban pero no podía responder; ahora era prisionera de Ofelia, la bruja sin ojos, que para vengarse de su indigno destino, volvía ciego de por vida a quien entrase a su castillo.

Sin embargo, en aquella habitación enorme debía existir un pasadizo secreto: Jill, su amigo elfo, estaba seguro de ello. Le había contado también acerca del laberinto mágico y de las paredes que cambiaban de forma improvisamente.

Para Greta encontrar la salida no era una empresa fácil, allí adentro estaba tan oscuro que no lograba ver a pocos centímetros de la nariz.

- ¿No podía escapar por la puerta?

- No. Estaba cerrada con llave y además, en la

oscuridad, se habría chocado contra una de las tantas armaduras esparcidas por el salón.

Hala, mientras tanto, estaba allí inmóvil haciendo la guardia.

- ¿Y luego? ¿Cómo hizo para salir? Dale, contame.

No obstante estaba visiblemente asustada, Paula era demasiado curiosa para dejar en suspenso el final de otro episodio de Greta Luz, su personaje preferido y le suplicó a María, su niñera, de continuar con la lectura. Se lo pidió con voz temblorosa bajo las frazadas que, mientras tanto, había levantado aferrándolas con ambas manos. Tenía mitad del rostro cubierto. Desde su escondite seguro despuntaban solamente los ojos negros, que resaltaban sobre la piel clara del rostro y los cabellos rizados, oscuros, luminosos como la seda.

Faltaban pocos minutos para las diez cuando María se sacó los anteojos y cerró el libro, poniendo atención a no perder la marca.

- Se hizo tarde y mañana tenés que ir al colegio, terminaré de contártela en otra ocasión.

Paula replicó con un tono casi de plegaria:

- Si me decís como termina te prometo que después me dormiré inmediatamente.

Hacían así cada noche, era su ritual antes de las buenas noches. María se colocó nuevamente los anteojos, volvió a abrir el libro y continuó la lectura.

- ... la pequeña Greta comenzó a moverse lentamente desplazándose un centímetro a la vez, arrastrándose, como un gato. Así llegó hasta la pared de enfrente, luego se puso de pie y se sacó los zapatos para no hacer ruido.

Tocó la pared, era fría y áspera. Era su único punto de referencia y para no perderse, pensó correctamente en avanzar anticipando con las manos cada pequeño paso. Cada tanto se detenía y controlaba los movimientos de la pared pasando los dedos entre las grietas de las piedras, esperaba un repentino desplazamiento de éstas para tener otra posibilidad, un escape de salvación.

Greta era víctima de un macabro juego con la bruja, si hubiese permanecido todavía encerrada en aquella habitación no hubiese tenido escapatoria.

El movimiento de las paredes era una de las tantas extrañezas de aquel castillo. Formaba un laberinto móvil donde los espacios en su interior se recreaban cada vez y era imposible salir de allí.

De golpe, el eco de una escalofriante carcajada resonó en toda la habitación. Era Ofelia que, desde el fondo del pasillo, venía a recibir a su nueva huésped. Caminaba con una antorcha en la mano que le iluminaba el rostro desfigurado, su sombra reflejada en el techo la hacía todavía más espectral. Greta instintivamente se puso en cuclillas mientras Hala, con risotadas malignas, iba al encuentro de su patrona.

La pequeña comenzó a temblar del miedo, sabía que en cualquier momento la bruja la habría sometido al más despiadado de los hechizos quitándole la vista para siempre. Hala y Ofelia ya estaban a pocos metros de distancia cuando Greta comenzó a llorar llamando en vano a su madre. Estaba sentada en el piso, aferrada con ambos brazos a la greba de una vieja armadura.

- ¿Qué es la greba?

Preguntó Paula atenta a no dejarse escapar el significado de cada palabra específica de aquel cuento macabro.

- Es la pieza de la armadura de los guerreros que protege la pierna desde la rodilla hasta tobillo. Greta, presa del pánico, se había aferrado con todas sus fuerzas.

- ¡Te ruego Greta, no dejes que te descubran!

- ¡¿Y no sabes cómo termina?! Ahora te cuento...

Paula estaba ansiosa, esta vez su heroína se había metido en un gran lío. María le acarició los cabellos como para tranquilizarla.

- ... Cuando Greta tocó la greba sucedió algo inesperado. Sin querer accionó la apertura de una gran trampilla de madera sobre la que estaba sentada y se precipitó a lo largo de un túnel hasta el sótano. También allí estaba oscuro pero, al final del pasillo, se vislumbraba un rayo de luz.

- ¿Entonces ese era el pasadizo secreto que decía Jill?!

- Sí, era justamente ese, había caído ahí dentro por casualidad.

Cruzando aquella puerta Greta encontró su libertad. Allí la estaba esperando su amigo elfo con quien atravesó el bosque y finalmente pudo reencontrarse con sus padres.

Paula permaneció en silencio por unos instantes, luego hizo una pregunta a la que María ya había respondido otras veces y siempre del mismo modo.

- ¿Yo también podré volver a ver a mi papá?

- Un día lo volverás a abrazar, pero nunca te olvides que él está siempre cerca tuyo, aunque no lo puedas ver.

¿Cómo podía comprender la desaparición de su padre una niña de apenas seis años? El pensamiento de María se dirigió a aquella mañana de febrero de ese mismo año, cuando dos policías se presentaron ante la puerta de la familia Torres para comunicar la noticia del trágico accidente.

- Podrás siempre abrazar a tu mamá...

Ella hizo una mueca, luego se giró sobre un lado y cerró los ojos. Otra aventura de Greta Luz había terminado. Aquella de Paula, en cambio, estaba por comenzar.

A la mañana siguiente, su madre, la Señora Cristina, entró a la habitación mientras ella todavía estaba durmiendo, corrió la cortina de la ventana y le levantó las frazadas.

- Arriba Paula, el desayuno está listo.

La besó en la frente y salió rápidamente dejando a su paso una estela de *Shalimar*, su perfume preferido. Caminaba con paso veloz y el chasquido de los zapatos sobre el parquet resonaba por toda la casa. Ya eran las ocho y estaba llegando tarde a una cita importante de trabajo.

Al principio Paula protestó balbuceando algunas palabras. Lo hizo con la almohada sobre la cara para cubrirse de la luz, luego con aires de resignación, se levantó. Si no lo hubiese hecho, su madre habría comenzado con uno de sus habituales sermones.

Cuando Paula puso los pies en el suelo aún estaba con sueño, tenía los ojos todavía cerrados y caminaba arrastrando sus pantuflas con forma de osito.

Aún estaba pensando en la fábula de Greta en el castillo

de Ofelia. Había quedado fascinada por como lograba moverse en la oscuridad y decidió imitarla. Probó a quedarse con los ojos cerrados, tratando de rozar con las manos todo aquello que encontraba. Tocó el gran cuadro sobre la pared del pasillo, luego el espejo, el perchero y el paragüero. Pasó un dedo sobre el estante de la biblioteca y contó en voz baja todos los libros.

Recordaba de memoria la disposición de los muebles en la habitación y reconocía los objetos esparcidos aquí y allá: la cartera de su madre sobre la mesita, la estatua de los angelitos junto al teléfono. Reconoció incluso las llaves del auto en el plato de cerámica.

Paula descubrió un mundo diferente, hecho de formas y materiales. Incluso los sonidos ya no le parecían los mismos. Los pasos de su madre en la otra habitación, el agua que fluía de la canilla de la cocina y el volumen de la radio, estaban como amplificadas.

Se detuvo un instante a saborear aquella nueva sensación que había descubierto como un juego, imitando a Greta Luz. Pero, de repente, la magia fue interrumpida por la voz de su madre.

- ¡Paula! ¡Apúrate, que vas a llegar tarde al colegio!

La aferró del brazo y la acompañó a la cocina. Allí la esperaba María que ya había preparado el desayuno.

- ¡María, ocúpate vos! Yo me tengo que ir.

- No se preocupe, en diez minutos estaremos listas para salir.

Cristina cerró la puerta a su paso y fue al encuentro de su socio en la oficina.

- ¿Viste que sé moverme como Greta?

Dijo Paula con aire satisfecho.

- ¿Y quién me dice a mí que no hiciste trampa y que tenías de verdad los ojos cerrados?

Comenzaron a bromear.

Paula había crecido con la *niñera* y con ella había instaurado un vínculo muy unido. Cuando María, con casi cuarenta años, fue contratada, Paula tenía un mes de vida y la señora Cristina buscaba una persona de confianza, dispuesta a trabajar a tiempo completo.

María, con años de experiencia a sus espaldas, aceptó con mucho gusto la propuesta de trabajo. Adoraba a los niños y además los señores Torres tenían un buen pasar y le habrían de pagar un buen sueldo.

De inmediato fue considerada una más de la casa, sobre todo por Fernando, el papá de Paula. Excepto por algunas reglas férreas impuestas los primeros tiempos por la señora Cristina, el cuidado y el crecimiento de la niña le fueron confiados completamente a María.

Las órdenes eran categóricas: ningún paseo al aire libre excepto al patio del propio edificio y prohibición absoluta de cualquier acercamiento de personas extrañas a la pequeña.

Fernando y Cristina deseaban un hijo desde hacía ya unos años, pero los frecuentes viajes de él, debidos a compromisos laborales en el exterior, reducían las posibilidades de ver realizado el sueño de la pareja.

Hasta que una noche, en ocasión de una fiesta con amigos, Cristina comunicó la grata noticia. En el medio de la cena se puso de pie, se acercó a Fernando y llamó la atención de los presentes golpeando un cubierto contra la

copa.

- Un momento de atención, por favor. Aprovecho esta noche con la compañía de todos ustedes para anunciar una noticia importante. Fernando y yo estamos esperando un hijo, he tenido la certeza pocos días atrás.

Se hizo un momento de silencio. Luego, los invitados dieron un gran aplauso.

Cristina, dirigida hacia Fernando, dijo en voz baja:

- ¡Ya estoy en el tercer mes! ¿Viste mi amor? ¡Lo hemos logrado!

Él se quedó sin palabras, esperaba desde hacía tiempo aquella noticia. Se abrazaron y permanecieron así por unos instantes, conscientes que a partir de ese momento en adelante sus vidas cambiarían para siempre.

La alegría era enorme y aquel abrazo pareció eterno. Fernando ya fantaseaba con el nombre a elegir, mientras ella, con aire satisfecho le esbozó una sonrisa a Carmen Rossetti, su vieja amiga de la infancia, que estaba sentada frente a ella.

Era el año 1976, hacia fines de junio, y Fernando debía partir para los Estados Unidos. Aquella vez se quedaría al menos seis meses. Se trataba de un viaje de trabajo programado desde hacía tiempo para la conclusión de importantes negocios.

Cristina tendría que pasar el embarazo sola, pero esto no era un problema para ella. Para tranquilizar a su marido prometió mudarse a la casa de Mar del Plata donde su querida amiga la habría ido a visitar todos los días.

Fernando regresaría a Buenos Aires en el verano, antes

de la Navidad, justo a tiempo para el nacimiento de su hijo. Pero las cosas no ocurrieron de esa manera.

El seis de diciembre, con tres semanas de antelación al día previsto del parto, Cristina dio a luz a Paula.

Cuando Fernando la vio por primera vez no se la imaginaba tan bella. Tenía las mejillas rozagantes, los ojos verdes, la nariz ligeramente hacia arriba y la piel del rostro suave, luminosa, no era arrugada como la que tienen a menudo los recién nacidos. Parecía más grande de su edad.

Fernando, a la edad de 42 años, con el nacimiento de su hija Paula logró satisfacer el deseo de paternidad que casi había dejado de lado buscando en modo obsesivo su propia realización en el ámbito laboral.

Para pasar más tiempo con su hija decidió interrumpir los viajes al exterior y comenzó a hacer negocios con una de las tantas empresas norteamericanas presentes en la Argentina gracias a la política económica adoptada por el nuevo gobierno militar. Para Fernando se trató de un cambio notable que realizó con éxito, aprovechando su intuición y el apoyo de algunos contactos en el ambiente financiero.

La familia Torres, de hecho, era conocida en todo el país por haber realizado importantes negocios con algunas multinacionales. Ellos, como toda la clase medio-alta de la sociedad, apoyaron la intervención de la *Junta militar* y su *Programa de reorganización nacional* presentado como una respuesta decisiva ante la grave recesión económica de aquellos años.

Aquel día María fue a buscar a Paula al colegio. La encontró sentada en el aula con los ojos brillosos, se veía que había llorado recientemente. Su uniforme estaba desordenado, el bolsillo del blazer roto y le faltaban dos botones a la camisa.

Cerca de ella estaba sentada Ana, su compañera, reducida casi a las mismas condiciones. Se habían peleado y la maestra las había castigado dejándolas en el aula, mientras el resto de la clase estaba afuera jugando en el patio.

Entre las dos niñas ya otras veces habían ocurrido episodios similares, pero el arañazo en la mejilla, esta vez, hacía la cosa más grave. Y ahora, en cierto modo, Paula debería justificar lo sucedido ante su madre.

María la tomó de la mano y se encaminaron hacia la casa. De improviso comenzó a llover.

- ¿Me decís lo que sucedió?

Paula no respondió, continuó a caminar con la cabeza baja, prestando atención a no poner los pies en los charcos. Estaba enojada, tenía los músculos del rostro contraídos, el ceño fruncido y la boca cerrada. Se ponía así cuando se sentía castigada injustamente y esta vez todavía no se le había pasado el resentimiento por el injusto castigo.

- ¿Por qué discutieron? ¿Es posible que no se pueda saber?

- ¡Ella robó!

Respondió en voz baja sin siquiera levantar la cabeza.

- Tomó la merienda de Carmen, le comió un parte y luego la tiró al piso y Carmen se puso llorar. ¡Esto es lo que hizo!

María trató de minimizar las cosas, pero en su corazón sentía un gran sentido de admiración hacia aquello que la niña había sido capaz de hacer. Era complaciente por la fuerza con que había defendido a su amiguita y por el sentido de justicia demostrado también en aquella ocasión.

En cambio, no la pensaba del mismo modo Cristina que dedicó sólo pocos minutos a escuchar aquello que había sucedido.

- ¡Que esto te sirva de lección! La próxima vez aprendé a no entrometerte en cuestiones que no te competen y además te he dicho mil veces que no debes levantar nunca la mano. ¡No sos un animal!

Así le dijo, con tono cortante.

Si Fernando hubiese estado todavía vivo, seguramente Cristina se hubiese dirigido a ella en otro modo. Él no toleraba esos modales, lo tomaba como una cuestión de principios y sentía un fuerte deber de transmitirle modelos de comportamiento pertenecientes a su clase social.

No era la primera vez que Cristina se dirigía a Paula de este modo y después de la muerte de su marido, la situación había empeorado decididamente.

No obstante había deseado durante años un hijo, aquella mujer no demostraba ningún sentimiento

maternal, cosa que afloraba cotidianamente, a través de un comportamiento demasiado distante y sin ningún tipo de atención hacia Paula.

A veces los sentimientos de culpa la empujaban a reaccionar, pero los tentativos de recuperar la relación con su hija resultaban torpes, estériles.

Incluso esta vez Paula comentó la respuesta de su madre. Lo hizo por la noche en la cama, antes de que María iniciara a leer otra fábula de Greta Luz.

- ¿Viste? Mi mamá hace siempre así, yo te lo había dicho, ¿no?

María buscó una justificación al comportamiento de Cristina, haciendo referencia una vez más a sus múltiples e irrenunciables compromisos de trabajo.

- ¿Sabés que mamá trabaja todo el día? A veces ella está nerviosa por el cansancio, pero te quiere.

- Sí, lo sé. Ahora está siempre ocupada...

Continuó Paula con una pizca de ironía, dejando entender que, incluso cuando su madre pasaba los días en casa, no jugaba nunca con ella. De hecho el trabajo era sólo un pretexto. Cristina había tomado el lugar de su marido desde hacía sólo pocos meses.

Paula todavía tenía que cumplir siete años y además del sufrimiento por la pérdida repentina de su padre, debía tratar con una madre casi ausente. La única certeza, en aquel delicado momento de su vida, era la presencia constante de María, que acompañaba sus días y sus pensamientos. Con ella se sentía segura y lograba tener bajo control los miedos, así como hacía Greta en sus increíbles aventuras. Tenía también la suerte de vivir una

gran pasión, aquella por la música. Tomaba clases de piano dos veces por semana en una vieja sala en la calle *Rodríguez Peña* donde, en otros tiempos, se bailaba el tango. La idea de acercarla a la música desde pequeña, fue de su padre. Estaba convencido que se convertiría en una gran pianista. Él también en cierto modo era considerado el artista de la casa. Apasionado de pintura, en los raros momentos libres, se deleitaba haciendo algunos bocetos sobre tela.

Fue así que Paula, con apenas tres años, comenzó a tomar clases de música con Nora, una maestra especializada en la enseñanza a los niños, que proponía un acercamiento al instrumento completamente singular.

Para Paula ir a las clases significaba ir a “jugar con el piano”. En realidad era mucho más que eso. Durante los encuentros con Nora, no sólo aprendía las bases del lenguaje musical, sino que desarrollaba sus sensaciones auditivas y aprendía a liberar la fantasía.

Era sólo el comienzo, con el paso del tiempo, Nora la iba a ayudar a expresar su innato talento.

Cada martes y jueves María la acompañaba a aquella vieja sala y permanecía allí todo el tiempo sentada a admirarla. Le gustaba mucho asistir a las clases, sobre todo cuando hacían el ejercicio de la escucha, durante el cual Paula, después de haber escuchado una pieza, debía describir las sensaciones que sentía. A la música, Paula respondía con las emociones.

Cada tanto Nora, por el contrario, le solicitaba a Paula que tocara una pequeña composición en base al humor del momento. En aquellos casos transportaba sus propias

emociones en cada nota que tocaba.

María la admiraba encantada mientras ella se ejercitaba al piano. Cuando Paula estaba serena, sus pequeñas manos rozaban delicadamente las teclas produciendo un sonido suave, delicado, hecho de notas que volaban como mariposas. Tocaba con la cabeza alta y la mirada dirigida hacia el frente.

Otras veces, en cambio, tocaba con fuerza el teclado y adoptaba una posición ligeramente curva como si quisiera descargar, con cada nota, sus propias tensiones. La cosa debía funcionar de verdad, porque al final de la clase Paula regresaba a casa de buen humor.

María decía que ese era el poder de la música. También ella de pequeña hubiese querido aprender a tocar un instrumento musical, pero su familia no era pudiente y no disponía de dinero para mandarla a una escuela de música. Su madre era ama de casa, su padre un simple campesino, y con el dinero que juntaban a duras penas lograban llegar a fin de mes.

Paula en cambio había nacido en una familia rica de Buenos Aires y vivía en Recoleta, en una de las zonas más prestigiosas de la ciudad. La casa estaba dispuesta en dos plantas en un edificio señorial y tenía una enorme terraza donde en verano, antes de la muerte de Fernando, solían organizar cenas al aire libre. Entre los invitados de los señores Torres había familias de industriales, oficiales de la marina, banqueros y otros exponentes de la aristocracia *porteña*. Durante aquellas cenas, mientras Paula y los demás niños jugaban, ellos discutían sobre las consecuencias catastróficas de la Guerra de *Malvinas* y

comentaban la subida al poder de [Reynaldo Bignone](#), el nuevo presidente; también se cuestionaban sobre el estado de incertidumbre que estaba golpeando a su clase social.

Punta Mogotes

Mar del Plata, enero 1988

Cuando su madre, pocos días después de que terminaran las clases, le dijo que habrían de pasar otro verano en Mar del Plata, Paula dio un salto de alegría. Dejó de desayunar, se levantó de la mesa y le dio un gran abrazo.

- Gracias mamá. Esta sí que es una hermosa noticia.

Ella permaneció inmóvil, incapaz de reaccionar a tanta espontaneidad.

- Partiremos el sábado, vendrá también María y se quedará con vos todo el tiempo. Comenzá a preparar tus cosas.

- ... ¿se quedará con *nosotras* querrás decir?

- Yo las acompañaré solamente, luego iré los fines de semana. Iremos con el auto de Rafael, el suyo es más grande.

Era por él que Cristina se quedaría en Buenos Aires. Se habían conocido en ocasión de una cena en el *Vilas Club* y por primera vez, después de cinco años de la muerte de su marido, estaba viviendo una nueva historia. Hasta aquel momento había elegido permanecer sola, con altos y bajos, afrontando incluso un largo período de depresión.

Paula regresaba a Mar del Plata por cuarta vez

consecutiva y estaba feliz. Volvería a ver a sus amigos, gozado de una mayor libertad y sobre todo iría a nadar todos los días. Adoraba el mar.

Partieron el primer sábado de enero. Aquel fin de semana se anticipaba un aumento del tráfico en la *ruta 2* hacia el sur. Los argentinos de la provincia de Buenos Aires regresaban a casa después de haber pasado el fin de año en la capital.

El día de la partida, a las siete en punto, Rafael ya estaba abajo de la casa y había acomodado las valijas en el auto. María y Cristina estaban controlando las últimas cosas antes de salir, mientras Paula se había detenido a saludar a Javier, un chico de su misma edad, que vivía en el edificio. Por enésima vez estaban hablando del concierto de Sting en *River Plate*. Desde cuando Javier había ido con su hermano a ver aquel recital no hacía otra cosa que hablar de la *star* inglesa. Paula lo escuchaba interesada, aunque ella en aquel período se estaba acercando a la música rock. A decir verdad le gustaba toda la música y sabía tocar el piano divinamente, pero aquel verano enloquecía por *Who's that girl*, el último éxito de Madonna.

Paula tenía doce años, y era una linda chica. Era alta, delgada, con el cabello largo. Sus compañeras de colegio le habían dado el apodo de "*Bambi*" por su semejanza a un cervatillo. Se referían a su físico delgado y a sus ojos negros increíblemente expresivos.

Entró en el auto, en la mochila había puesto el walkman, el diario íntimo, y el último número *Billiken* y su inseparable *Gordo*, el perrito de trapo con el cual dormía

desde que era pequeña. Estaban listos para partir y ella estaba sumamente ansiosa.

La casa del mar pertenecía a los padres de Cristina, era un chalet señorial con un gran jardín alrededor. Después de la muerte de ellos permaneció cerrada por algunos años, Cristina regresó solo un tiempo después, en compañía de Carmen, para pasar los últimos meses de embarazo. Se encontraba a pocos kilómetros del centro de Mar del Plata, en una perpendicular de la *Avenida Martínez de Hoz*, en la zona de Punta Mogotes, donde se extendía una de las más lindas ensenadas de la costa.

Para llegar al mar bastaba atravesar un sector de césped y bajar la colina hasta la grande playa dorada. Se trataba de un breve y agradable paseo entre las palmeras perennemente agitadas por el viento. A lo lejos, más al sur, el gigantesco faro de *Punta Mogotes* dominaba la costa.

Todas las mañanas Paula bajaba a la playa junto a sus amigas, Marcela y Sol, también ellas de Buenos Aires. María preparaba el almuerzo y luego la acompañaba hasta "*La Vela*", el balneario donde cada año alquilaban la carpa. La ubicación era siempre la misma, cerca de la carpa de los señores Rossetti.

En "*La Vela*" se reencontraban siempre los mismos veraneantes. Formaban una gran familia. Salvatore, el dueño, un viejo pescador de origen italiana emigrado en los años treinta, reservaba a aquella clientela un trato especial. A menudo improvisaba unas gigantescas parrilladas de pescado apenas sacado del mar y ciertas fiestas con baile que duraban hasta tarde noche.

Otras veces, en cambio, los días transcurrían tranquilos. Las señoras tomaban sol y hacían alarde de sus trajes de baño a la moda; los hombres comentaban las empresas del grande Maradona en Italia durante sus interminables partidos de truco. Los jóvenes se reunían en el bar para escuchar música o en la cancha de Beach volley para desafiarse con entusiasmantes torneos.

Paula aquel verano era sumamente cortejada. Se dio cuenta de ello también María, cuando comenzó a notar un ir y venir de jovencitos delante a la sombrilla. Pasaban sólo para mirarla mientras ella estaba allí con sus amigas charlando. Algunas veces, el más audaz del grupo, la invitaba a tomar un helado, pero Paula no entraba en confianza con nadie. Ella tenía sus ojos y sus pensamientos puestos en Enrique, el hijo de Carmen. Un muchacho tímido que a menudo tendía a aislarse de los demás. Su padre, ex oficial de la Marina, le había dado una educación muy rígida.

Paula lo seguía con la mirada, mientras él, armado de su pequeño cuchillo de pesca, se encaminaba hacia las rocas en busca de erizos y cangrejos.

También Enrique se sentía atraído por ella, pero no habría osado declararse. Esperaba poder encontrarla al regresar de la playa... Para él aquel simple saludo, cada vez que sucedía, era una gran emoción.

Hasta que un día Paula decidió tomar la iniciativa. Habló primero con María, revelándole el secreto de aquella atracción que había mantenido escondida hasta con sus amigas más queridas, luego, una tarde, lo siguió en uno de sus paseos a la orilla del mar. Cuando estaban a

una cierta distancia del balneario, se acercó a él y lo tomó del brazo.

- Esto es para vos. Desde hace tiempo quería regalártelo.

Era una caracola, de aquellas con las estrías de colores. En su interior Paula había escrito las iniciales de ambos.

Él permaneció inmóvil, rehén de su timidez. Probó a balbucear algo pero ella no le dio el tiempo, lo tomó de la mano y siguieron paseando.

- Dale vamos, se está haciendo tarde.

Para dos jovencitos como ellos aquel gesto era una declaración de amor. Nunca habría imaginado que una simple promesa habría unido, no sólo sus corazones, sino también sus destinos.

Pasaron el verano juntos, entre la complicidad de María por un lado y el ojo atento del padre de Enrique por el otro.

Para María, ver aquellos jóvenes felices, era una gran emoción y hacía todo lo posible para contentarlos. Como aquella vez en ocasión de la fiesta en la playa, cuando convenció al señor Alberto para hacer que su hijo se quedara hasta pasada la medianoche, o cuando los acompañó en Mar del Plata una noche al Luna Park.

Pero no siempre las cosas salieron tan bien. Una vez María se dio un gran susto.

Era la tarde, el cielo oscuro no anunciaba nada bueno, un viento insidioso soplaba sobre la costa. El guardavidia recomendó cerrar las sombrillas y muchos decidieron abandonar la playa. Paula y Enrique, en cambio, insistieron para hacer el habitual paseo hasta el faro.

- Dale María, te ruego, vamos y volvemos.

Le arrancaron aquel “sí” sin consultar a los padres de Enrique. María había asumido toda la responsabilidad y no podía imaginar aquello que pronto habría sucedido.

Los dos jóvenes ya estaban lejos cuando una lluvia violenta se abatió sobre la costa.

Los bañantes encontraron refugio en el edificio central del balneario, hicieron apenas a tiempo a protegerse del temporal. De golpe las sombrillas, las sillas y las reposeras se levantaron por el aire y el viento las lanzó en el radio de unos cuantos metros de distancia. Hasta el puesto de helados se levantó del piso, inició a rodar sobre sí mismo para ir estrellarse contra las olas del océano. La misma suerte le tocó a las torres de los bañeros.

Todo duró treinta interminables segundos.

Poco después, la playa de *Punta Mogotes* parecía un campo de batalla. Las carpas sin techo, los desechos de chapas y los juguetes de los niños yacían vencidos por la fuerza inaudita del viento.

María y los señores Rossetti vivieron instantes de angustia.

¿Dónde se habían metido sus chicos? ¿Habían logrado encontrar un reparo? ¿O bien el mar se los había tragado?

María y la señora Carmen se precipitaron en dirección al faro, mientras el señor Alberto se quedó en el bar, sentado con ambas manos apoyadas en el bastón. La playa estaba distante y con su pierna lesionada no habría logrado caminar tan lejos. Desde ya veinte años convivía con aquel pequeño defecto físico en el pie derecho que se había provocado accidentalmente en una ejercitación

militar y con la edad los problemas habían aumentado, al punto de no poder prescindir del uso del bastón. Estaba visiblemente preocupado por su hijo y no podía esconder un sentimiento de rabia frente a María, que había autorizado a Enrique de alejarse sin pedir permiso.

Durante el trayecto, las dos mujeres se dieron cuenta que el pasaje del remolino de viento, de aquel lado de la costa, había hecho mucho más daño.

María caminaba cansada, sentía el corazón que le latía fuerte en la garganta. Comenzó a rezar en voz baja. Detrás de ella la señora Carmen llamaba a gritos el nombre de su hijo.

La playa del faro parecía inalcanzable y cuando llegaron, se dieron cuenta que de Paula y Enrique no había rastros. María por un instante pensó lo peor, luego se le ocurrió la idea de llegar hasta el faro, poco distante de allí. Aquella era su última esperanza.

Los encontraron abrazados, escondidos bajo la escalera de acceso. Estaban asustadísimos y muertos de frío, pero a salvo. La idea de buscar allí un reparo seguro fue de Enrique que, después de haber visto el torbellino de aire acercarse, había pensado correctamente en alejarse del mar.

Afortunadamente todo se limitó a un gran susto y los dos noviecitos volvieron a casa de la mano, mientras un sol burlón, entre gigantescas nubes, volvía a iluminar la playa.

En aquel período Paula estaba enamorada, tenía la cabeza en las nubes, soñaba con los ojos abiertos y había perdido el apetito. Vivía aquella historia al presente, sin pensar que Enrique vivía en Mar del Plata y que pronto se habría presentado el problema de la distancia que los separaba. Faltaban pocos días y habría vuelto a Buenos Aires con su madre.

Haber descubierto un sentimiento tan bello era fuente de infinitas preguntas, a las cuales Paula buscaba respuestas en las charlas con María. Como aquella vez en el jardín que le preguntó de improviso:

- ¿Alguna vez estuviste enamorada?

María no se esperaba aquella pregunta y su mente por un instante exploró en los recuerdos de la juventud.

- Por supuesto mi niña, le sucede a todos en algún momento, incluso a los gatos. Pensá que cuando yo era chica tenía dos que estaban siempre juntos. Mi abuela un día me dijo que estaban enamorados.

- ¿Porqué hacés de cuenta que no entendés? ¡No te soporto cuando hacés así!

María esbozó una sonrisa, pero sus ojos escondían un sentimiento de melancolía. Sólo quería evitar el tema para no evocar los recuerdos de una triste historia de amor que la había marcado para siempre.

Paula no estaba satisfecha con semejante respuesta, quería saber si también ella de joven había sentido las mismas emociones.

- Cuando tenías mi edad, ¿tenías un novio?

A ese punto María ya no pudo evitarlo y comenzó a contar acerca de cuando había estado locamente enamorada de un hombre más grande que ella. Le contó acerca de los días que pasaron juntos, de los paseos románticos por los parques de Buenos Aires y de las espléndidas poesías que le dedicaba.

Era el recuerdo de sus años de noviazgo, el período más bello de su vida. Luego, improvisamente se entristeció y se giró hacia otra parte para esconder una lágrima que corría por su mejilla.

El recuerdo de otra mujer que había tomado su lugar y de la promesa de matrimonio no mantenida la hicieron colapsar. Tenía apenas dieciocho años cuando se dio cuenta de haberle regalado su juventud a un hombre que había jugado con sus sentimientos.

Desde entonces María se encerró en sí misma. El dolor por el engaño sufrido la hirió para siempre y decidió quedarse sola.

Por primera vez Paula comprendió el significado de las palabras traición, sufrimiento y soledad.

Aquella tarde decidieron no ir a la playa y siguieron hablando hasta la hora de la cena.

- ¿Me contás algo acerca de mis padres? ¿Ellos se amaban?

Era una pregunta que aparecía a menudo en sus conversaciones. Con su madre no tocaba nunca ciertos temas y era demasiado pequeña para recordar a su padre. El tiempo había ofuscado los recuerdos de su infancia y sólo las historias que le contaba María podían ayudarla.

- Cuando los conocí estaban muy enamorados.

- ¿Y yo cuántos años tenía?

María se puso a reír.

- ¿Años? Habías nacido hacía unos veinte días y en la casa se respiraban aires festivos. Recuerdo la alegría de tu padre.

- ... ¿y de mi mamá? ¿Qué cosa recordás?

- Ella también estaba feliz solo que lo manifestaba en modo diverso. Sabés como es ella, ¿no?

Paula preguntaba las cosas impulsivamente, sin darle siquiera el tiempo a María de responder.

- ¿Yo de pequeña era linda como ahora?

María se dio vuelta y la encontró en pose. Tenía la mirada seductora como una diva de Hollywood.

Sabía que era graciosa y le dieron ganas de reír, se contuvo mordiéndose los labios. María, divertida, decidió seguirle el juego.

- Sí tesoro. Siempre fuiste así de atractiva.

Se pusieron a reír. Durante toda la tarde María la imitó en aquella pose sexy.

A la mañana siguiente cuando salió de su habitación, encontró a Paula ya despierta. Estaba en el ático tratando de bajar de la estantería una vieja valija.

Se había despertado con el pensamiento de revolver entre los objetos de familia. En aquella casa su madre había llevado a término su embarazo y debía haber seguramente algo de su pasado.

- ¿Qué buscas allí arriba? ¿No ves que son todas cosas viejas?

- Quiero ver que hay aquí adentro. ¿Me das una mano?

Paula bajo del ático arrastrando una vieja valija de

cuero rígida con los cierres de apertura automática. En su interior encontró un vestido doblado en una bolsa. Era un modelo amplio, con los dibujos en fantasía que estaban de moda en los años setenta. En una bolsita había un par de escaarpines rosa y algunas prendas de vestir para recién nacido, una larga cinta de raso, un pequeño almohadón y otras chucherías.

Paula estaba excitada, tomaba las cosas de la valija, luego las volvía a guardar.

Se preguntó si ese era el vestido que su madre había usado durante el embarazo y aquellos eran los escaarpines que habían cubierto sus piecitos de recién nacida.

Había una agendita telefónica de bolsillo, unos libros, y algunos discos.

En un sobre de papel había algunas polaroid. María agarro una.

- Mirá, esta es tu madre, ¿la reconocés? Y esta es Carmen, su amiga de la infancia. Seguramente la sacaron pocos días antes de dar a luz.

- ¡Mostrame!

Paula miró aquella foto con atención. Ambas estaban sonrientes, su madre tenía puesto el vestido que había encontrado en la valija. Estaba ligeramente de perfil y la panza se veía bien. Carmen le apoyaba una mano arriba, como queriendo indicar la dimensión de la misma.

En las demás fotos su madre estaba sola. Se veía que habían sido sacadas todas el mismo día, la postura era idéntica y siempre en el jardín.

Paula le dio una mirada veloz a las fotos, esperaba encontrar una de su padre. Luego, una vez más, detuvo su

atención en aquella donde estaba también Carmen.

- ¡Esta debe haberla sacado mi papá!

- Imposible Paula, en aquellos días tu padre estaba todavía en el exterior por trabajo. Vos tenías apuro por salir de la panza de mamá y él no hizo a tiempo de regresar para asistir a tu nacimiento prematuro.

- ¿Y quién se la sacó?

- No lo se, pero ahora pongamos todo en su lugar y te preparas para ir a la playa, Enrique te estará esperando desde hace rato.

La amiga del alma

A los trece años Paula fue inscripta en el colegio de música “Juan Pedro Esnaola”, uno de los más prestigiosos de Buenos Aires. La idea fue de Nora, que un día, al finalizar la clase, habló con la señora Cristina del tema. Paula había aprendido mucho de ella y ahora estaba lista para ampliar sus horizontes musicales. Sobre todo había aprendido a tocar con pasión, algo que le habría quedado para siempre, más allá de la técnica.

En el transcurso de cinco años obtendría el diploma de profesora. En el fondo ese era el deseo de su padre y por ello Cristina decidió inscribirla sin dudarle.

Comenzó a asistir al primer año con gran entusiasmo. Aquel colegio le daba la posibilidad no sólo de cultivar su pasión por la música, sino también de conocer jóvenes que tenían sus mismos intereses. Como Laura, con la cual enseguida entró en simpatía. Se la encontró sentada cerca suyo el primer día de clases y desde ese momento no se separaron nunca más.

Ella también vivía en Recoleta y a menudo pasaban las tardes estudiando juntas. Aquellos encuentros eran una ocasión para confiarse sus respectivos secretos.

Paula le contaba de Enrique y de cómo la distancia estaba transformando sus sentimientos. Las fuertes emociones que habían vivido en los románticos paseos

hasta el faro dejaban lugar a un afecto diverso.

De aquel magnífico verano habían quedado sólo los recuerdos que Paula había escrito en su diario íntimo y ya no bastaba volver a leer aquellas palabras para creer que tenía un novio. Se lo decía también Laura, mucho más realista que ella.

- ¿Pero cómo podes pensar de amarlo si no lo ves nunca?

- ¿Qué podés saber vos? ¡Lo amo y basta!

Le respondió Paula, esperando con aquella frase de cerrar el tema.

- Pero si no te acordas ni siquiera como es.

Laura no estaba tan equivocada. Paula y Enrique ahora se veían solo en las raras ocasiones de encuentro de sus padres y cuando sucedía, estaban tan avergonzados que tardaban un rato en romper el hielo. Estaban creciendo y cada vez se descubrían distintos. Incluso un día Enrique se presentó ante su puerta y ella hizo un esfuerzo para reconocerlo. No se veían desde hacía tres meses, estaba más delgado, tenía los cabellos largos y usaba un arito. Se lo ponía a escondidas, cuando estaba en compañía de sus amigos, luego en su casa se lo sacaba. Si lo veía el padre hubiese sido un problema.

Laura en cambio le contaba del enamoramiento que sentía por Alfredo, el profesor de violín, al menos quince años más grande que ella. Hablaba con aire desenvuelto, para mostrarse más emancipada ante los ojos de su amiga.

Le reveló también un secreto.

- ¿Te acordás aquella vez cuando me desmayé durante

la clase?

- ¡Claro que me acuerdo! Nos hiciste morir de miedo a todos. Recuerdo que el profesor te alzó, te recostó sobre el escritorio y nos pidió de abrir las ventanas para hacer entrar un poco de aire fresco.

Laura escuchaba atentamente, luego no pudo lograr contener una carcajada.

- ¿Por qué te reís? Te aseguro que no había nada para reír. ¡No te reponías! Abriste los ojos después de algunos minutos, solo cuando el profesor te pasó un pañuelo mojado sobre la frente.

- ¡Me río porque era toda una farsa!

Paula se quedó sin palabras y tardó un poco en entender que Laura había ideado hasta un desmayo por el gusto de hacerse socorrer por el profesor, que no sabía en absoluto que era un engaño.

Llevó las manos delante de los ojos y comenzó a sacudir la cabeza en expresión de incredulidad. Estaba aturdida por el secreto que le había revelado. Se miraron y recordando aquella escena estallaron a reír a carcajadas; a Paula le corrían por los ojos lágrimas de risa.

- ¡Increíble! ¡Nos embromaste a todos, sos única de verdad!

Laura era así. Sabía hacerse la actriz y era valiente, por eso le gustaba tanto a Paula. Tenía un espíritu libre y lo demostraba en toda ocasión, incluso cuando tocaba. A menudo le sucedía de recibir algún reproche del profesor, porque no se uniformaba a las reglas de comportamiento de una perfecta violinista. Asumía una postura y un estilo propio.

En el aula, durante las clases, a menudo intervenía en modo flagrante, pero su exuberancia no era comprendida por todos los profesores. Debía decir siempre lo que pensaba, sobre todo cuando se tocaban algunos temas.

Como aquella vez, cuando la profesora de historia, para explicar el liberalismo, citó al Presidente apenas electo.

- ¿Alguien me sabe decir como se llama el nuevo Presidente?

Preguntó a la clase mientras paseaba entre los bancos. Algunas alumnas levantaron la mano, pero Laura fue la más rápida y respondió, sin siquiera esperar la invitación a tomar la palabra.

- ¡Menem, se llama Carlos Menem, y esperemos que no se comporte como los anteriores!

Toda la clase se puso a reír, aunque ninguna de sus compañeras entendió realmente a que cosa se estaba refiriendo. La profesora tardó un rato para hacer volver el orden, pero fue inútil. Laura intervino de nuevo.

- ¿De qué se ríen? Digo de verdad, *¡la Argentina está en ruina!*

Pronunció aquella frase sin darse cuenta de haber hablado en rima.

De nuevo se desató el caos.

- Señorita Laura, si cree que puede transformar mi clase en un circo, se equivoca. ¡Salga afuera inmediatamente!

Salió del aula con la cabeza alta, sin pestañear, entre la miradas de admiración de sus compañeras que jamás habrían tenido el coraje de hablar así abiertamente a la profesora.

Laura había sido castigada por la enésima vez sin haber usado ni un lenguaje vulgar ni un tono excesivo. Sólo había expresado su opinión, como la habían acostumbrado a hacer desde pequeña. Seguramente aquel comentario sobre el nuevo presidente lo había escuchado de sus padres, en su casa no se hablaba de otra cosa. Era hija de un matrimonio de periodistas comprometidos en la defensa de los derechos civiles y políticos en Argentina. Se habían refugiado en México durante el período de la dictadura y en 1984 habían regresado a Buenos Aires.

Laura se quedó en el pasillo hasta el final de la hora de historia, y cuando sonó el timbre, Paula corrió hacia ella para consolarla.

- Lamento que te haya sacado afuera, esta vez no habías hecho nada.

- Es verdad, salvo la rima.

Dijo ella con una sonrisa autoirónica.

- ¿Pero cómo te salen ciertas bromas? ¿Las pensás de noche? Tratá de no hacerte echar más del aula, no quiero quedarme sola en el banco.

Laura la abrazó.

- ¡Está bien, lo intentaré!

- No tenés que intentarlo, ilo tenés lograr!

En las palabras de Paula estaba todo su cariño, todo su afecto hacia ella. Los castigos impuestos a su amiga a ella le causaban mucha pena.

- ¿Cómo es posible que no entiendas que a veces conviene estar callada?

- ¡No! Desde chica mi madre me acostumbró a no tenerme las cosas adentro.

- ... ¿Y vale la pena?

- ¿Pero que preguntas hacés? ¡Si crees que tenés razón, siempre vale la pena decir lo que pensás!

Por primera vez Paula escuchaba decir estas cosas. Al contrario de su amiga, ella no tenía una relación tan abierta con su madre y, en las raras ocasiones de diálogo, terminaba siempre renunciando a expresar su pensamiento.

Se dió cuenta también Laura, cuando una tarde estaba con ella en el auto en compañía de Cristina.

En las cercanías de Plaza Congreso encontraron la calle interrumpida al tránsito, en aquel momento estaba pasando una imponente manifestación y la policía estaba desviando el tráfico.

Una gran cantidad de personas con banderas, tambores y silbatos alzaban slogan de protesta contra el programa iniciado por el gobierno para la privatización de algunas empresas. Eran casi todos obreros, que temían perder el puesto de trabajo.

Quedaron bloqueadas en el auto por casi veinte minutos, hasta que pasó toda la manifestación. Paula y Laura miraban hacia afuera de la ventanilla y escuchaban divertidas las canciones de los manifestantes. Cristina, en cambio, estaba molesta por aquel embotellamiento y no veía la hora de avanzar. De improviso, comenzó a tocar la bocina varias veces, arremetiendo contra los obreros.

- ¡Nos faltaban sólo estos ahora!

Dijo con desprecio mientras sacaba el paquete de cigarrillos de la cartera.

- Mamá, ¿qué te pasa? Basta de tocar bocina. ¡No están

haciendo nada!

- ¡Efectivamente! ¡Deberían ir a trabajar en lugar de molestar con estas payasadas!

- Tendrán ellos también sus motivos para protestar, ¿no?

- ¡Callate Paula, no digas tonterías! ¡Son vagos y basta!

Cristina respondió con un tono agresivo; Paula decidió no responder y siguió mirando hacia afuera.

Fue Laura que le hizo entender el motivo de aquella protesta indicándole una pancarta enorme que sobresalía entre la multitud.

- Lees allí, ¡ahí está el porqué hacen la manifestación!

“¡Las fábricas argentinas no se tocan... que se vayas todos...!”

Cristina mientras tanto la estaba observando desde el espejo retrovisor.

- Bien, ¡tenemos una sindicalista acá! ¡No sabía de tu interés por la política!

- No señora, sólo soy curiosa.

- Deberías pensar menos a estas cosas y dedicarte más al estudio.

Laura y Paula se intercambiaron una mirada cómplice antes de levantar los ojos al cielo.

Una llamada esperanzadora

Abril 1992

A pesar de que el teléfono sonó por un largo rato, Paula no se preocupó por responder. En aquel momento estaba charlando con Laura en su habitación e hizo de cuenta de no haberlo escuchado. María estaba afuera en el balcón tendiendo la ropa.

Las dos chicas, cómodamente recostadas sobre la cama, ojeaban por enésima vez la edición especial de la revista del instituto, dedicado al primer concierto en un teatro, delante de un público de verdad.

Habían pasado dos años desde aquella velada inolvidable. La sala estaba repleta de personas y además de los familiares de los prometedores músicos, estaba el director, los docentes del instituto y algunos periodistas.

- Mirá esta que linda. ¡Parecen dos tortolitos!

Dijo Paula, indicando a su amiga en una foto junto al profesor. La habían sacado sobre el escenario justo después de la exhibición. Laura estaba radiante, con una mano sostenía fuerte el violín mientras que con la otra mostraba la placa que había retirado en ese momento. Parecía una concertista famosa.

- Dale, ahora me lo podés confesar. ¿Estabas contenta por haber tocado perfectamente la pieza o por su mano

apoyada en tu hombro?

Ella no reaccionó al chiste. Su silencio dejaba intuir la vergüenza que sentía al recordar aquel enamoramiento. Ahora ya era agua pasada.

- ¡Que tonta que sos! Y vos, entonces, ¿qué me decís de ésta?

Le puso la revista delante de los ojos. En otra fotografía Paula estaba sentada al piano mientras Enrique le entregaba un ramo de flores.

- ¡No te atrevas a cargar a Enrique!

Se pusieron a reír. Luego comentaron las fotos de todos los compañeros del curso.

Finalmente Paula cerró la revista para guardarla en el cajón, pero no hizo a tiempo. Laura se la sacó de las manos y se detuvo a mirar la tapa.

- Que lindo recuerdo. Yo no la tengo más.

- ¿Por qué?, ¿Qué la hiciste?

- Se me perdió durante la mudanza. La había puesto en la caja de los libros, pero nunca la volví a encontrar. ¡Una lástima!

- No te preocupes, yo te la prestaré todas las veces que quieras.

Era casi la hora de cenar y Cristina regresaría al rato. Laura estaba lista para irse y como siempre, Paula la acompañaría hasta el portón de la casa. Desde que se había mudado podían encontrarse fácilmente todas las veces que querían. Ahora ambas vivían en la *Avenida Las Heras*, a cuatro cuadras de distancia.

Estaban listas para salir cuando el teléfono sonó nuevamente.

- ¡Paula, Paulaaa, respondé vos, por favor!

María tenía las manos ocupadas, estaba preparando la pizza y el tono de su pedido no dejaba alternativas. Paula levantó el tubo protestando.

- Hable!?!...Hable!?!

No hubo ninguna respuesta, aunque se sentía claramente que había alguien del otro lado.

- ¡Mirá que sé que estás ahí! Te escucho muy bien, siento tu respiración.

Dijo Paula con tono seguro.

- Y visto que la broma no te salió, ¿podrías decirme quién sos?

Pasaron algunos instantes, luego Paula, cansada de esperar, cortó la comunicación.

No hizo a tiempo de alejarse que entró otra llamada telefónica. Volvió atrás.

- Hola?! ¿Quién habla?

Estaba molesta por aquella pérdida de tiempo. Laura, en cambio, apoyada a la puerta de entrada, la miraba divertida.

Una vez más hubo un silencio, luego, de improvviso, una pregunta.

- ¿La familia Torres?

- Sí, ¿pero quién habla?

Era una voz masculina, ronca, con una leve falta de aliento.

- ...Hable!?! Hable!?!

Tuuuuuuuu...

Se oyó sólo la señal que había caído la comunicación.

- ¡Basta! ¡No respondo más!

Dijo con tono molesto dirigiéndose a María que mientras tanto se había acercado para preguntar quién era.

- No lo sé. ¡Seguramente uno que nos quiere hacer perder tiempo!

Las jóvenes salieron de la casa, María regresó a la cocina.

Algunos minutos más tarde respondió ella a la enésima llamada telefónica. Levantó el tubo pensando que podía ser Cristina o Rafael. Aquella noche debía de venir también él a cenar.

Pocas palabras, pronunciadas lentamente le provocaron un escalofrío que recorrió su espalda.

- *“El padre de la chica está vivo. ¡Créame, no es una broma, está vivo!”*

María no llegó a preguntar quién era, que cortaron.

Se quedó con el tubo del teléfono en la mano, estaba aturdida. Se apoyó a la pared para no caer y permaneció así unos instantes antes de tomar conciencia de aquello que había apenas escuchado. Inmediatamente, pensó que era una broma de mal gusto y a las consecuencias que habría provocado aquella llamada si hubiese respondido Paula.

Solamente una mente perversa habría podido bromear con la desgracia del señor Fernando. Y además, ¿a quién estaría dirigida la llamada? A ella o a la señora Cristina, que a esa hora ya debía de estar en casa.

Volvió a la cocina perturbada y con dificultad siguió preparando las pizzas. Pero era imposible no pensar en aquellas palabras. Como una cinta que se repetía en

automático se las sentía en la mente y no lograba detenerlas.

El ruido imprevisto de la puerta de entrada la hizo regresar por un instante a la realidad. Era Paula que estaba entrando junto a su madre.

- Hola María, ¿entonces, está todo listo para esta noche? Rafael está por llegar.

María estaba visiblemente agitada y habría querido hablar de inmediato con Cristina, pero no era el momento oportuno para hacerlo. Lo hizo más tarde, cuando Paula se fue a dormir y se quedaron en la cocina junto a Rafael. Tardó un rato en encontrar las palabras, luego se hizo coraje, y le contó lo que había sucedido.

Al escuchar el contenido de la llamada telefónica Cristina tuvo una extraña reacción. Al inicio sus ojos se iluminaron y pronunció algunas palabras en voz baja, que sólo María logró escuchar.

- Fernando... ¿entonces estás vivo!

Se sentó con los codos apoyados sobre la mesa y las manos sobre el rostro. Estaba emocionada y en sus ojos brillantes se entreveía una luz de esperanza. Permaneció en aquella posición algunos instantes, pensando en la triste historia de su marido desaparecido improvisamente en aquel misterioso accidente de implicancias nunca aclaradas.

Pero pocos segundos después, Cristina cambió de expresión. La esperanza, hizo lugar al miedo. Estaba asustada, preocupada. De repente, de aquellas palabras, ya no parecía tomar la esperanza o la expectativa de poder volver a abrazar a Fernando, sino algo de

inquietante que emergía prepotentemente de su pasado.

Encendió nerviosamente un cigarrillo y le pidió a María por tercera vez de repetirle aquello que había escuchado.

- ¿Qué voz tenía?

- Ya se lo dije Cristina. Tenía una voz ronca, levemente agitada.

- ¿Era joven?

- ¡No! Parecía una persona de una cierta edad.

- ¿Y vos no le dijiste nada?

- No pude hacer a tiempo. Pronunció aquellas palabras y me cortó la comunicación.

Cristina fue al comedor y regresó con una botella de whisky, luego tomó un vaso del mueble.

- No me digas nada Rafael, me tomo solo uno.

No tocaba los licores desde hacía tres años y para una persona como ella, incluso una sola gota, habría sido fatal para retomar el vicio. Él intentó hacerla resistir, pero fue inútil; Cristina se lo bebió todo de un trago. Luego, se encendió otro cigarrillo y siguió hablando de la llamada.

- Debe haber sido una broma, el mundo está lleno de imbéciles!

Trataba de minimizar las cosas, pero se veía que estaba tratando de autoconvencerse. No soportaba la idea de ser el blanco de quién, en modo anónimo, se estaba entrometiendo en su casa, en su vida.

- Tiene razón – dijo María – para mí también es una broma, pero tengo la impresión que es alguien que conoce bien a la familia Torres.

- ¿Y quién no conoce a los Torres? ¿Te olvidaste que Fernando era conocido en toda Buenos Aires?

Lo dijo con orgullo, pero al mismo tiempo con una pizca de rabia. Para una como ella, que siempre había vivido a la sombra de un marido poderoso, no debía ser fácil seguir viviendo sin aquella figura a su lado.

- Sólo quería decir que la persona al teléfono sabía de la existencia de ambas. Llamó varias veces y habría podido hablar con Paula pero no lo hizo. Prefirió esperar que respondiera yo. ¿Le parece solo una coincidencia?

Cristina no respondió, terminó de beber el segundo vaso de whisky y por primera vez, le contó a Rafael aquella terrible historia.

- Fernando y Oscar, su socio, habían pasado el día en Victoria, en uno de los encuentros organizados por el *Club de los industriales* y estaban volviendo a Buenos Aires. Llovía, era de noche, muy tarde. La calle estaba mojada y la visibilidad no era de las mejores. Fue un golpe de sueño o un segundo de distracción que hizo derrapar el automóvil haciéndolo salir de la calle. En el momento del accidente, estaban pasando sobre uno de los puentes de la ruta en dirección a Rosario. El auto traspasó el guardrail y se precipitaron sobre el barranco, estrellándose sobre la ribera del río.

Recorriendo aquellos recuerdos Cristina comenzó a llorar, Rafael trató de consolarla.

- ¡No es necesario que sigas! Debe ser muy triste para vos.

- ¡Lo peor debe llegar todavía! El impacto fue violentísimo y durante toda la noche nadie se dio cuenta del accidente. Sólo el día después, un campesino vio el automóvil y pidió ayuda. El auto estaba destruido, faltaba

toda la parte anterior y cuando lo levantaron con la grúa, adentro estaba vacío. Sus cuerpos no estaban.

- ¿Habían sido expulsados afuera?

Preguntó él.

Cristina miró por la ventana con la mirada dirigida hacia el cementerio de *Recoleta*. Suspiró, luego repitió una vez más aquella frase.

- ... ¡sus cuerpos no estaban!... Fuera del auto, a cien metros del lugar del impacto, encontraron solo uno. Era el de Oscar.

- ¿Y Fernando?

Cristina se secó los ojos.

- ¡Nunca más lo encontraron! Desapareció, se esfumó en la nada. ¡Como si se hubiese volatilizado!

Rafael se quedó boquiabierto.

La zona del accidente era impenetrable. A causa de una densa vegetación era difícil acceder a la zona y en aquel punto la fuerte corriente arrastraba todo a su paso. Para llegar allí los bomberos bajaron desde el puente usando cuerdas.

La búsqueda del cuerpo de Fernando duró por lo menos dos semanas. Los auxilios trabajaron día y noche sin interrupción, y de Rosario llegaron incluso algunos buzos para buscarlo en las aguas del río. Un grupo de voluntarios rastrearon una vasta área, sin obtener ningún resultado. Encontraron su maletín, el sombrero y su billetera, pero del cuerpo ninguna señal.

¿Dónde fue a parar Fernando? ¿Había sido arrastrado por la corriente del río? ¿O bien había salido ileso del auto y estaba todavía vivo en alguna parte?

Se preguntó sorprendido Rafael sin saber que decir ante la terrible historia.

También María volvió atrás con la mente a aquella tarde de verano. Se encontraba en la playa con Paula y eran las tres cuando recibió la terrible noticia. El tiempo de preparar las valijas y subieron en el primer ómnibus para Buenos Aires.

El día era caluroso y sofocante, pero mirando aquella niña, desconocedora de lo que había sucedido, a María se le helaba la sangre.

Paula, mientras tanto, se había dormido. Había apoyado la cabeza sobre las piernas y se había encogido sobre el asiento. Se quedó así, en aquella posición, apretando contra sí a *Gordo*, que sostenía de la cola.

María miraba hacia afuera de la ventanilla. Sus pensamientos corrían más rápido que el ómnibus y volaban más allá del horizonte, anticipando las tierras incommensurables.

Habría querido que aquel viaje durase lo máximo posible, para postergar el momento del dolor. Pero cuando vio el cartel de *Chascomús* comprendió que en poco tiempo llegarían a la estación de Buenos Aires y que pronto la vida de Paula cambiaría.

Entraron a casa y encontraron a Cristina muy alterada, estaba sentada sobre el sillón en compañía de Carmen y Alberto. Apenas vio a su hija le fue su encuentro y la abrazó.

Paula percibió toda la desesperación de su madre. Hablaba en voz baja, tenía los ojos brillosos y le temblaban las manos.

Por instinto llamó a su padre, buscándolo por todas las habitaciones de la casa. Pero aquel silencio, le hizo comprender todo, sin que nadie le explicara. La única persona que se sintió en deber de hacerlo fue justamente María cuando la vio presa de la desesperación.

- Papá partió hacia un largo viaje y no dijo cuando regresará.

Cristina ni siquiera intentó explicarle, encerrada en su dolor, día tras día, estaba delegando sus responsabilidades de madre.

Quién sabe si Paula comprendió el significado de aquellas palabras. María volvía a repetir las cada vez que se hablaba de su padre y por las noches trataba de tranquilizarla haciéndola entrar en el fantástico mundo de las fábulas que le contaba antes de ir a dormir.

En aquel período Cristina comenzó a beber y Paula debió acostumbrarse a una mamá imprevisible, capaz de alternar momentos de aparente normalidad con verdaderas crisis histéricas.

Una mujer de repente...

Pasaron varios días desde aquella llamada telefónica misteriosa y la casa Torres retomó los ritmos habituales. Para Cristina la cuestión estaba cerrada y le había pedido a María no hablar más del tema. Ella, en cambio, no lograba olvidar las palabras que habría escuchado y su temor era que aquel hombre todavía estuviese vivo.

Paula ya había crecido y, no obstante todo, el tiempo le había devuelto la serenidad. Ahora llevaba una vida ordenada, llena de intereses y de amistades, sin abandonar nunca el piano, desde siempre su más grande pasión. Ya casi no preguntaba más por su padre, pero una cosa por el estilo seguramente habría encendido en ella la esperanza de reencontrarlo.

Un sábado de fines de abril Laura pasó a buscarla por la casa para ir al cumpleaños de un compañero de colegio que vivía de la otra parte de *Avenida del Libertador*. En Plaza Francia tenían que encontrar al resto del grupo, pero se había hecho tarde y cuando llegaron cerca de la feria de artesanías, se dieron cuenta que no había nadie esperándolas. Para hacer más rápido, decidieron atravesar la plaza pasando por el césped. Comenzaron a correr agarrándose de la mano, sin descuido de la lluvia. Ya casi habían llegado al final de los jardines, cuando Paula de improviso se cayó. Patinó un par de metros con el

trасero sobre el césped mojado, como hacen los niños cuando se lanzan con las bolsas de plástico sobre la nieve.

Mirando la escena Laura de puso a reír. Sólo cuando se acercó para socorrerla se dio cuenta de la situación.

- ¿Te hiciste mal?

Paula estaba tan agitada que no logró decir ni siquiera una palabra. Tuvo solo la fuerza de sacarse un poco de pasto de la cara, y haciendo un gran esfuerzo intentaba levantarse.

- No se qué me sucedió. ¡Por unos instantes no veía más nada!

Dijo refregándose los ojos.

- ¿Qué tipo de broma es ésta? ¿Te parece el momento de jugar?

En su corazón Laura esperaba que fuese sólo una broma, pero no era así. Paula estaba llorando, las lágrimas corrían por su rostro mezclándose con las gotas de lluvia.

De una corrida Laura la acompañó a su casa y le contó a Cristina lo que había sucedido.

A la mañana siguiente Paula fue acompañada a la clínica para hacerse un control con el doctor Torelli, uno de los oculistas más famosos de Buenos Aires. Fue Rafael quien insistió para hacerle hacer un control. Cristina estaba convencida que su hija había exagerado las cosas.

- Te habrá entrado algo en el ojo mientras corrías. Es por eso que dejaste de ver. Sos igual a tu padre, te impresionás por cualquier cosa.

Antes de revisarla, el doctor le pidió que le contara lo que había sucedido.

- Cuando veías las sombras, ¿sentías una sensación de

picación en los ojos? ¿Te dolía la cabeza?

- No, doctor. Ningún dolor.

- ¿Por cuánto tiempo perdiste la visión?

- Algunos segundos, luego me caí. Las sombras desaparecieron de repente.

Hablaron un buen rato, él sabía tratar a los jóvenes y Paula se sintió cómoda. Fue sometida a un control exhaustivo y el doctor no encontró ningún tipo de anomalía. El examen físico en los ojos no había descubierto ninguna causa orgánica: la presión, la retina, el fondo de ojos y todo el resto estaba en perfecto estado. Terminada la visita, Paula salió del consultorio. Cristina permaneció adentro esperando el resultado.

El doctor consideró el episodio como una perturbación visual aislada, de naturaleza desconocida, probablemente atribuida a las variaciones del flujo sanguíneo que muchas veces sucede en la adolescencia.

- ¿Qué significa?

Preguntó Cristina.

-Señora Torres, casos como estos no son fáciles de diagnosticar. A nivel orgánico, los ojos de Paula están sanos. Podría tratarse de variaciones de aportación de sangre al cerebro que en general se manifiestan durante períodos de estrés psicofísico.

Cristina no le dio importancia a aquellas palabras. Le bastaba saber que a nivel estructural no tenía nada. El doctor prosiguió con su diagnóstico.

- Hay personas más predispuestas genéticamente a estos fenómenos respecto a otras. Episodios como éste de Paula pueden estar asociados también a cefalea y en

general se manifiestan pocas veces en la vida.

- Entendí doctor. ¿Y qué debemos hacer?

- Yo diría de comenzar con un tratamiento de un mes a base de vitaminas y aplicar un colirio suave.

- Por ahora está bien así. Veremos como sigue en los próximos días, y si se presentan otros episodios de este estilo, haremos más controles.

- Le había dicho a Paula que no debía preocuparse, que era una tontería.

El doctor dejó de escribir la receta y con un tono más serio repitió aquello que había acabado de explicar.

- ¡No subestime la cosa señora! Paula sufrió una pérdida de visión sin un motivo aparente. No obstante sus ojos resulten sanos, no se olvide que por algunos segundos ella perdió la visión. El problema podría no ser oftalmológico, pero prefiero dejar en paz a la muchacha y esperar. En todo caso, yo le indicaré a quién derivarla.

Cristina sabía bien a que cosa se estaba refiriendo. Entre las posibles causas de aquel episodio podía haber también problemas de origen nervioso. En aquel caso para ayudarla hubiese sido necesario profundizar los aspectos psicológicos y la relación entre ellas dos. Cristina jamás se hubiese sometido a ningún tipo de examen.

Por consejo del doctor Paula se quedó en casa durante una semana. Encontrarse en compañía de María de la mañana a la noche fue como revivir los momentos de su infancia, cuando pasaban los días en simbiosis. Afortunadamente en aquellos días no hubo otros episodios de ceguera. Paula había quedado sorprendida por aquello que había vivido y el pensamiento que las sombras

pudiesen aparecer otra vez, la aterrizzaba. Había probado en carne propia la experiencia de ser ciega de verdad, no como un juego, como hacía de pequeña cuando imitaba a *Greta Luz*.

Salió de su casa después de cuatro días. María le pidió que la acompañara a hacer las compras al supermercado de la calle Uriburu. Aprovechando la ocasión, llegarían hasta el negocio de música donde Paula iba a menudo a comprar sus compact disk.

Bajó las escaleras ella primera y esperó en el patio como hacía habitualmente. A pocos metros del portón estaba una mujer con una revista en la mano. Tenía el aspecto de quien estaba esperando a alguien. Paula estaba distraída acariciando a *Pepito*, el perro del portero y, sólo cuando cruzaron las miradas, se percató de que aquella mujer la estaba observando con insistencia.

No vivía en su edificio, Paula nunca la había visto antes. Era una mujer alta, delgada, de mediana edad pero con aspecto juvenil. Vestía un traje sastre de color oscuro y un gabán beige.

Mientras tanto llegó María y se encaminaron. La mujer hizo algunos pasos en dirección opuesta a la de ellas, fingiendo de mirar para otra parte.

- ¿Ves a aquella mujer?

Dijo Paula indicándola con un gesto con la cabeza.

- Sí.

- ¿La conocés?

- No me parece. ¿Sucedió algo?

- Desde que bajé, no me sacó los ojos de encima.

- ¿Y entonces? ¿Qué le ves de raro? Le recordarás a

alguien.

Le respondió María tomándola del brazo. Ella comenzó a caminar más lento y se dio vuelta a mirarla de nuevo, estaba haciendo de cuenta que miraba la revista.

- Dale Paula que se nos hace tarde. ¡Es solo una impresión tuya!

Ocuparon casi toda la mañana mirando los negocios de *Recoleta* y al regreso la encontraron todavía allí.

- ¿Me crees ahora?

Por un instante María también tuvo la sensación de que aquella persona estaba esperando a Paula. Luego quitó de su mente aquel pensamiento absurdo.

¿Qué podía querer de ella esa desconocida?

Cuando se asomaron por el balcón la mujer misteriosa ya no estaba. María dio un suspiro de alivio.

Desde aquel momento Paula no logró sacarse de la cabeza el pensamiento de estar siendo espiada y cada vez que entraba o salía de la casa miraba a su alrededor. Encontró de nuevo a aquella señora algunos días más tarde en la parada del colectivo, delante del colegio. Tardó un poco en reconocerla, había cambiado de peinado y llevaba un par de anteojos oscuros.

Hubiese querido hablarle, pero no hizo a tiempo. La mujer subió al transporte lleno de gente, confundándose entre los pasajeros. Paula le dio un vistazo unos segundos mientras se secaba los ojos con un pañuelo. El colectivo partió dejando detrás de sí una nube de humo.

- No veo nada de extraño. ¡Tal vez te confundió con otra persona!

Le dijo Laura encogiendo los hombros.

- ¿Y entonces porqué no me lo dice? ¿Te parece normal que me la encuentre en todos lados? ¡Está volviéndose una obsesión!

- ¿Hablaste del tema con tu mamá?

- ¡Imaginate! Ya sé cual sería su respuesta.

- ¿Y a María, se lo dijiste?

- Ella piensa como vos. ¡Son iguales ustedes dos!

Se encaminaron hacia casa sin decirse una palabra. Paula todavía estaba pensando en aquella mujer, cuando a Laura se le ocurrió una idea.

- Mi mamá hace una torta de manzanas excelente, ¿qué te parece si venís el sábado a mi casa?

El consultorio del doctor Torelli llamó a la casa Torres la mañana del once de mayo. Era temprano, Paula estaba preparando la mochila para ir al colegio y Cristina estaba casi lista para salir. Respondió ella al teléfono.

La enfermera le comunicó la decisión del doctor de querer someter a ella y a su hija a un ulterior control clínico.

Cristina se quedó perpleja. El día de la consulta médica el doctor le había previsto la eventualidad de hacer otros análisis sólo en caso de nuevos episodios de ceguera.

- Mi hija está bien. ¿Cómo es que ha tomado esta decisión?

Preguntó Cristina con tono preocupado.

- Quédese tranquila señora Torres, se trata sólo de una curiosidad del doctor. Con este tipo de examen se excluyen patologías ligadas a los factores hereditarios. Si quiere hablar directamente con el doctor Torelli puede llamar mañana. Para la extracción de sangre, en cambio, puede pasar por la clínica cuando quiera.

Cristina colgó el teléfono molesta. María la escuchó murmurar.

- ¡Que idiotas! ¡No saben ni siquiera ellos que deben hacer!

El día después se dirigió a la clínica junto a Paula esperando que con aquella extracción de sangre pudieran concluir el asunto.

Por una vez Cristina puso a un lado sus compromisos de trabajo, había decidido pasar un día con su hija. Aquella circunstancia se transformó en la oportunidad para abrir un diálogo nunca antes iniciado.

Tomaron el desayuno cerca de Plaza Italia en una confitería conocida en todo el barrio por sus medialunas. Conversaron un buen rato. Cristina le preguntó por el colegio, por las clases de piano y por sus amigos. Le preguntó incluso si estaba enamorada.

- ¡Mamá! ¿Pero cómo se te ocurre?

- Es una cosa normal a los dieciséis años. ¿No me digas que no hay nadie que te está cortejando...?

Ella se quedó sorprendida, no estaba acostumbrada a tocar ciertos temas con su madre.

Mientras tanto, había acumulado palabras y emociones que habría querido contarle muchas veces, pero luego terminaba renunciando siempre. Las escribía en las

páginas del diario íntimo, por la noche, resguardada de todos, para no guardárselas adentro. Aquella mañana, en cambio, Paula le confió a su madre secretos que nunca había revelado.

Se había hecho tarde y decidieron regresar a casa. Era casi la una y se encontraron sumergidas en el tráfico enloquecedor de Buenos Aires. Atravesaron *Palermo* con sus grandes espacios verdes, donde el smog de los colectivos, por un instante se dispersa. Luego recorrieron toda la *Avenida Alcorta*.

- Hoy es un día especial. Me sentí muy bien. Gracias mamá.

Le apoyó la cabeza sobre el hombro y permaneció así por el resto del viaje.

- Lo haremos todas las veces que quieras.

Respondió Cristina acariciándole la cabeza. Paula se apretó más todavía a ella, buscaba las caricias como un gato cuando ronronea. En la respuesta de su madre había sentido un sabor distinto, la sensación de querer poner un “punto y aparte” en la historia de la relación entre ellas. Esto la hacía feliz.

Cuando llegaron a casa vieron a María delante de la rampa del garaje. También ella estaba llegando en aquel momento. Estaba inmersa en sus pensamientos y no notó la presencia de ellas, Cristina la hizo saltar con un bocinazo tocado de improviso. Se dio vuelta y las vio reírse.

Ella, en cambio, permaneció impassible. Tenía una expresión preocupada.

- ¿Qué sucedió?

Le preguntó Cristina.

- La vi otra vez.

- ¿A quién?

María aludía a la mujer misteriosa que había encontrado junto a Paula algunos días atrás. Cuando había bajado para hacer las compras la había encontrado a pocos metros del portón.

Al escuchar las palabras de María, Paula tuvo la enésima confirmación de estar siendo espiada. Cristina seguía sin entender.

- ¿Qué es esta historia? ¿A quién viste? ¿Pero de qué estás hablando?

Dijo levantando el tono de la voz. Cuando María le explicó a que se estaba refiriendo no lo tomó bien y volvió a ser la misma de siempre, nerviosa e imprevisible.

Una vez más trató de desdramatizar las preocupaciones de María, pero se veía que lo hacía para tranquilizar a su hija.

En realidad Cristina estaba molesta y se sentía perseguida por eventos aparentemente sin sentido. Tal vez eran sólo coincidencias, pero tenían el poder de crearle un estado de agitación. O quizás había algo más que mantenía oculto hasta para sí misma porque estaba ligado a algo demasiado incómodo y complicado de resolver. De cualquier mano actuaba delante de su hija mostrándose desenvuelta.

Fue a su habitación y tomó el teléfono, comenzó a marcar el número de Rafael, pero se detuvo en la cuarta cifra y colgó. En aquel momento, él todavía estaba en la oficina y no le habría prestado atención.

Sólo entonces decidió llamar a Carmen, la única que

podía comprender su agitación. Si todavía no lo había hecho era por miedo a que su vieja amiga le pudiese confirmar los temores que la importunaban desde hacía un tiempo.

Cristina marcó el número, pero no sintió la señal de llamada, solo un silbido breve y luego silencio, como si la línea estuviese aislada. Probó varias veces, pero sin ningún resultado. Más tarde obtuvo la confirmación de la operadora de *Telefónica* que la línea a nombre de la familia Rossetti había sido desactivada.

El mundo encima

A las dos y media de la mañana Paula se despertó de sobresalto y encendió la luz: tenía los latidos del corazón acelerados y la respiración jadeante. Vio a *Gordo* a los pies de la cama y sólo así comprendió que se había despertado de una horrible pesadilla. Se levantó de busto y se quedó así algunos instantes. Su carrera alocada había terminado, aunque en un halo de misterio.

Se secó la frente empapada de transpiración y bebió un sorbo de agua del vaso que tenía sobre la mesita de luz. Luego, se acostó nuevamente, intentó volverse a dormir, pero aquellas imágenes ya habían quedado impresas delante de sus ojos.

También de pequeña le sucedía tener pesadillas por la noche y cada vez terminaba metiéndose en la cama de María que dormía en la habitación enfrente a la suya. Prefería acurrucarse junto a ella en lugar de despertar a su madre. Cristina era incapaz de tranquilizarla y la mayor parte de las veces terminaba poniéndose nerviosa porque le interrumpía el sueño. Ahora Paula había crecido y ya no se pasaba más a la cama de la vieja niñera. Cada vez que le sucedía de despertarse en el corazón de la noche, trataba de seguir el consejo de María.

- Para ahuyentar de la mente los miedos de una pesadilla pensá en la última persona que te hizo reír.

Así le decía siempre.

Aquella noche Paula volvió mentalmente a pocas horas antes cuando Laura al teléfono le había hecho un chiste sobre la profesora. Logró distraerse solo por pocos instantes, luego las escenas de aquel sueño volvieron a ocupar sus pensamientos.

Era de noche, se había hecho tarde y Paula estaba regresando a casa para la cena. Caminaba por una calle que nunca había visto antes. Creía estar en una ciudad europea como Paris, Madrid o Roma. Sólo cuando prestó atención a los colores amarillo y negro de los taxis y al cartel "Parrilla al carbón" de un restaurante, se dio cuenta de encontrarse en Buenos Aires. Muchas veces en los sueños uno piensa de estar en un lugar pero luego descubrimos de encontrarnos en otro. Quizás porqué le parecía de estar en Europa. Paula nunca había salido de la Argentina y aquellas ciudades al máximo las había visto en algunas ilustraciones en el libro de geografía. ¿Cómo podían parecerle familiares lugares tan lejanos? Tal vez porque en el fondo quien vive en Buenos Aires es como si viviese contemporáneamente en todas las capitales europeas.

Caminando, de repente se encontró delante de un desconocido, era un hombre no tan joven, pero de un lindo aspecto, delgado y con los cabellos peinados para atrás como se usaban tiempo atrás. Paula notó sus ojos de color verde intenso y la boca, contorneada de delgados bigotes. Vestía un abrigo, del cual sobresalía un jersey claro. Ella le esbozó una sonrisa, luego siguió caminando en la dirección opuesta. Aquel hombre tenía

algo extrañamente familiar.

Paula se dio vuelta y lo vio confundirse entre el ir y venir de transeúntes. Cuanto más se alejaba de él, más tenía la sensación de estar perdiendo algo y de tener que alcanzarlo. Comenzó a correr haciendo slalom entre la multitud y los puestos ubicados en la vereda. Quería mirarlo de cerca, tal vez preguntarle si se habían visto antes en alguna parte. Estaba curiosa de conocer su nombre y de dónde venía.

Mientras tanto el hombre se había detenido, debía ir hacia la otra parte de la plaza y estaba esperando el verde del semáforo para cruzar la calle. Paula lo alcanzó, dudó un instante, luego se hizo coraje y le dio un golpeteo en el hombro. Él se dio vuelta, su rostro estaba cubierto de cicatrices.

Paula dio un grito de terror.

Debió insistir mucho con su madre para lograr sacarle el permiso de dormir una noche afuera, Laura la había invitado a pasar un domingo en su casa. Al día siguiente las habría acompañado Felipe, su padre, al colegio.

Cristina no soportaba que su hija estuviese demasiado con esa chica y con su familia. Desde el momento que supo quienes eran los padres, los detestaba.

- ¡Es gente de cuarta! Es una vergüenza que los hayan hecho volver a entrar a la Argentina.

Los señores Sangallo tenían una visión del mundo y de la vida diferente a la suya, y para su bien Paula debía

estar alejada de ellos.

No era la primera vez que Cristina insistía con argumentos del estilo. Y lo hacía dejando entrever significados que Paula no siempre lograba comprender. No todavía.

Contrariamente a como la pensaba su madre, ella sentía una gran simpatía hacia los padres de Laura y cuando iba a la casa de ellos se sentía realmente muy cómoda.

- Si tanto querés ir a lo de tu amiga sindicalista, idale, andá! Nos vemos mañana a la salida del colegio. La llamaba así desde el día del episodio de la manifestación en *Plaza Congreso*.

Paula no respondió al chiste, había logrado su objetivo y estaba feliz. Fue a su habitación a buscar el bolso con el pijama y bajó rápidamente las escaleras dejando atrás los comentarios inoportunos de su madre.

Aquella tarde en la casa de Laura estaba también el matrimonio La Rocca, amigos de vieja data de sus padres. Estaban los cuatro en la cocina, sentados alrededor de la mesa, fumaban y conversaban de política. Paula se asomó para saludar.

- ¡Miren quién está aquí!

Dijo Marcela, la mamá de Laura, acariciándole el rostro.

- Cada día estás más linda.

Luego le dio un beso en la frente y se zambulló nuevamente en la conversación. Paula era como de la casa y con ella no era necesario hacer tanta ceremonia.

Estaban comentando la enésima noticia de la puesta en libertad de un torturador.

- Es una ley de mierda. ¡Una vergüenza jurídica!

Felipe dio una trompada tan fuerte sobre la mesa que temblaron los vasos.

- ... ien línea con el *Punto Final!*

Agregó Salvo.

- ¡Claro! “*Emanadas para pacificar al país*”

Usó las mismas palabras que había pronunciado Alfonsín en una conferencia de prensa algunos años antes y de solo repetirlas hizo una mueca de disgusto que le quedó impresa sobre el rostro por algunos segundos.

Luego intervino Clara, la mujer de Salvo.

- Y si alguno no se había beneficiado antes, se ocupó Menem dos años atrás. Gracias a él todas las cuentas fueron saldadas. ¡Increíble!

El matrimonio La Rocca y los padres de Laura se conocían desde la época en que militaban juntos en la izquierda juvenil de la universidad. Ellos también formaban parte de quién había logrado escapar del país en el período de la dictadura. En los tiempos del *golpe* él ya era un afirmado director de teatro; su mujer, en cambio, hacía poco que se había diplomado en Biología, trabajaba en la universidad como investigadora.

Laura salió de la cocina llevando consigo un paquete de popcorn y algunos saladitos.

- Perdonen la interrupción, nosotras los saludamos, nos vamos a la habitación a mirar una película.

Para la ocasión las dos jóvenes habían alquilado la película *Thelma y Louise*.

- ¿De qué cosa están hablando tus padres para enfurecerse de esa manera?

- De la *obediencia debida*, del indulto de Menem... algo

por el estilo.

- *¿Obediencia debida?*

- Sí, ¿no me digas que no sabés que es?

Paula no respondió.

¿Qué podía saber ella de la obediencia debida? En su casa nunca se hablaba de política y cuando el gobierno de Alfonsín aprobó aquella ley sobre la impunidad, ella tenía apenas once años.

Laura se dio cuenta de su vergüenza, e hizo como si nada y le explicó el significado de esas dos palabras, mientras introducía la película en la videograbadora.

- Es una ley que puso en libertad a un montón de torturadores y asesinos del período de la dictadura.

- ¿Puestos en libertad? ¿Culpables y luego liberados, me estás diciendo esto?

- Claro, aquellos criminales tendrían que pudrirse en prisión y en cambio... la sacaron barata.

Paula abrió grandes los ojos.

- ¿Entendiste ahora? Excepto aquellos pocos arrestos de los máximos coroneles y generales que impartían las órdenes, muchos militares culpables de aquellos delitos ya no fueron considerados responsables de los horrores que habían cometido.

Laura hablaba de política y de la dictadura en modo desenvuelto; ella, en cambio, no sabía ni siquiera a cuáles atrocidades se estaba refiriendo. Le parecía imposible que personas juzgadas culpables por hecho tan graves, de repente estuvieran libres. Su innato sentido de justicia comenzaba a rebullirle dentro.

- ¿Y dónde están ahora?

- ¿Y quién sabe? Se mimetizaron entre la gente común. Podrían incluso ser tus vecinos de casa o cualquiera que te cruzás por la calle.

- ¡Es absurdo!

- ¡Para no hablar también de aquello que hizo nuestro Presidente!

Paula parecía muy interesada, pero la película estaba por iniciar y no quería perderse ni un minuto de aquella noche que habían programado desde hacía tanto tiempo.

El día después, en el colegio había sonado el timbre recientemente cuando el Director la hizo llamar para que se presente en su oficina. Generalmente convocaba a los estudiantes que tenían problemas de rendimiento o aquellos que eran demasiado indisciplinados.

- ¡Verás que se habrán equivocado! Estás entre las mejores de la clase y siempre te comportaste bien.

Le dijo Laura, mientras la acompañaba al final del pasillo.

- Lo único negativo que tenés, es estar sentada en mi mismo banco. Será por esto que te llaman.

Trató de tranquilizarla con una broma, ella respondió con una sonrisa, pero se veía que estaba preocupada por aquella llamada inesperada. Subió las escaleras excavando en la mente una posible respuesta.

Entró en la sala, el director la estaba esperando junto a otras dos personas.

- Vení Paula, debo comunicarte una cosa importante.

Le mostró una hoja.

- Esta es una orden judicial de la doctora Victoria Duarte, juez del Tribunal de menores. Me ha encargado personalmente de notificarte el aviso de presentación ante el tribunal y de hacerte acompañar ante ella hoy mismo.

- ¿Un juez? ¿Y qué quiere de mí un juez?

- No lo sé, lo único que me ha dicho es que desea hablarte lo antes posible. Te llevarán ante ella los señores María Hernández y Luis Herrera.

- ¿Le avisaron a mi madre?

- No te preocupes, se encargará directamente la doctora Duarte. Pero antes quiere hablar contigo.

Paula sintió el instinto de ponerse de pie, de querer interrumpir aquella conversación, pero el director la detuvo con la mirada.

- Escuchame Paula, es lo mejor que podemos hacer.

Paula estaba confundida y las pocas palabras que logró pronunciar resultaron no tener nada de fuerza frente a tanta firmeza. Trató varias veces de pedir llamar a su casa, pero recibió siempre la misma respuesta.

Comprendió que no tenía alternativas y con la cabeza baja aceptó hacerse acompañar.

- ¿Es por mi padre? ¿Encontraron su cuerpo?

Le preguntó a la señora Hernández mientras subían al auto.

- No lo sabemos Paula. Unos minutos más y te van a explicar todo.

Emplearon poco tiempo en llegar y cuando entraron al despacho, la juez estaba allí esperándola.

Era una señora de aspecto diminuto, tenía los cabellos cortos sostenidos con una hebilla y usaba anteojos. Vestía un traje sastre gris, una camisa de seda rosa y un foulard alrededor del cuello sobre el cual sobresalía una fíbula de oro con forma de vaquita de san antonio.

- ¿Qué sucedió? ¿Por qué me hicieron venir aquí? ¿Y por qué no le avisaron a mi madre?

- Quedate tranquila, te explicaré todo. Soy Victoria Duarte, juez de menores.

Le dijo tendiéndole la mano.

Presentó a los señores Hernández y Herrera como psicólogos del tribunal, luego la hizo acomodar, tomó algunas hojas del archivo sobre el escritorio y las controló rápidamente.

Siguió un largo silencio. El único ruido era el del reloj de pared que marcaba el tiempo de la angustiante espera. Un par de segundos, que para Paula duraron una eternidad.

- Lo que estoy por decir podría parecerle absurdo pero te aseguro que estoy indagando desde hace tiempo sobre tu caso y no hay ningún error. Se trata de la verdad.

- ¿Encontraron a mi padre?...

Preguntó Paula, convencida de que ese podía ser el motivo de su presencia allí.

- Sé que Fernando Torres tuvo un horrible accidente en el verano del '82 y que su cuerpo nunca ha sido encontrado, pero no es este el motivo por el cual te he citado.

La respuesta de la juez la hizo entender que estaba al corriente de los detalles de su vida, más de lo que ella misma conocía.

- Tu verdadero nombre no es Paula Torres. Este te lo han puesto los señores Fernando Torres y Cristina Olmi, pero no es tu nombre real. Te llamás Mirta Guevall y naciste el 24 de noviembre del 1976.

Las palabras de la juez irrumpieron en el silencio de la sala. No obstante fueron pronunciadas lentamente, con un tono de voz tranquilo, llegaron a la cabeza de Paula pesadas y ruidosas como una roca.

Ella permaneció inmóvil, sin decir una palabra y solo cuando la psicóloga le rozó una mano para sacudirla del torpor en el cual había colapsado, se levantó de repente.

- ¿Qué historia es ésta? ¡No comprendo! ¿Dónde está mi madre? ¡Quiero ver a mi madre!

Hablaba con la falta de aliento de un corredor de maratón al final de carrera. Sus piernas comenzaron a temblar y fue obligada a sentarse de nuevo.

- La señora Cristina Olmi será informada hoy mismo. Lo sé que no creés ni una palabra de lo que te estoy diciendo, pero dejame terminar. Estoy segura que entenderás.

Paula estaba aturdida, tenía la sensación de caer en el vacío y por algunos instantes perdió el sentido de la realidad. Miró hacia abajo y vio las figuras geométricas dibujadas sobre la alfombra cambiar de forma. Parecían alargarse para luego achicarse de nuevo, como en un juego acuático.

De repente una fuerte sensación de náusea le causó una arcada de vómito que no logró contener. La psicóloga lo notó y corrió a ayudarla, le sostuvo la frente, luego la acompañó al balcón a tomar un poco de aire.

Regresó después de algunos minutos, la juez corrió una silla y se sentó frente a ella, le tomó las manos y continuó con el mismo tono de antes.

- No debés tener miedo de la verdad. Las personas con las que creciste, aquellos que vos llamás mamá y papá, no son tus verdaderos padres. Los verdaderos, nunca los conociste, fueron secuestrados en el período de la dictadura militar y encerrados en un centro clandestino de detención. Tu padre se llama Julián Guevall y es uno de los pocos sobrevivientes. Tu madre, en cambio, resulta hasta el momento *desaparecida*, su nombre es Alejandra Nariani.

- ¡No es posible! ¡Mi madre se llama Cristina Olmi!

- Lo siento, debés creerme, pero las cosas no son así. Tenemos la prueba contundente; el examen de tu ADN coincide con el de tu padre y de tus abuelos maternos. No hay dudas, el test fue hecho en dos laboratorios y ambos han dado el mismo resultado que fue comunicado también a tu padre. Lamentablemente sus problemas de salud no le permitieron estar hoy aquí con nosotros, pero esperamos que se reponga pronto.

Julián Guevall vivía en Francia desde el año 1981, desde cuando sus torturadores lo liberaron inexplicablemente después cuatro años de dura detención. Era uno de aquellos que la estrategia del horror había devuelto a las calles de Buenos Aires sin un motivo preciso. Decidieron hacerlo sin previo aviso, lo sacaron de su celda encapuchado y después de haberlo paseado en auto un tiempo indescifrable lo tiraron en una calle de *La Boca*, cercana al estadio. Quizás se dieron cuenta que él

no había tenido nada que ver con la política o quizás, simplemente, era uno de aquellos liberados al azar para que contara al resto de la gente lo que sucedía ahí adentro.

En aquel momento golpearon a la puerta, era la secretaria. Le hizo una seña a la juez para indicar que la persona que estaba esperando había llegado.

- Hájala pasar a la sala de espera.

La doctora Duarte continuó con su explicación.

- Lo que estás viviendo en este momento le sucedió también a otros chicos jóvenes como vos que después de tantos años han descubierto la verdad. Tu caso se llama *sustracción y apropiación de menores* porque fuiste dada en adopción a otras personas sin la voluntad y el consentimiento de tus verdaderos padres.

- ¡Quiero ver a mi madre!

- La vas a ver pronto, te lo prometo. Pero no hoy.

Esa misma mañana, a las diez en punto, el secretario judicial del Tribunal de Menores de Buenos Aires tocaba el timbre del número 1254 de *Avenida Las Heras*. Lo había enviado la juez para entregar un aviso a la señora Cristina Olmi. Con él estaba también el oficial Pérez de la Policía Federal.

Cristina había salido hacía una hora y la comunicación fue retirada por María que intuyó que se trataba de algo importante: el sobre estaba marcado con un gran sello rectangular del Tribunal y estaba cerrado en sus extremos con dos sellos de cera. Desde que lo tomó en sus manos no dejó de mirarlo un sólo instante, pasó por el

pasillo girándolo varias veces, como si aquel movimiento la hubiese podido ayudar a comprender el contenido del sobre. Incluso lo puso a contraluz para tratar de leer en su interior, pero no lo logró.

María trataba de darse alguna explicación. Primero la llamada anónima, luego la presencia de una mujer misteriosa debajo de la casa, por último la carta del tribunal. Tenía el presentimiento que las cosas podían estar ligadas entre sí en un único misterio.

Llamó a la oficina de Cristina, pero la secretaria le dijo que estaba en reunión.

- Dígale que me llame, ¡es urgente!

María esperó sentada al lado del teléfono. Pasaron diez minutos, quizás quince.

- ¿Una comunicación del tribunal? ¡Ábrila!

Dijo Cristina.

- ... *se invita a la señora Cristina Olmi a presentarse en el día de la fecha ante...*

Seguían las indicaciones de la sede y del horario de la citación.

Se trataba de pocas líneas de un formulario preimpreso en el cual no se especificaba ninguna aclaración sobre el motivo de la convocatoria.

- ¿Qué más? ¿Eso es todo?

- Sí. No hay nada más.

Al principio Cristina no se mostró alarmada. Pensó que podía ser una citación del tribunal por una vieja cuestión legal referida a la empresa. Una causa iniciada con respecto a una empresa uruguaya por incumplimientos contractuales. Pero luego le apareció una sospecha cuando

se dio cuenta que el aviso había sido enviado a su casa y no a la dirección de la oficina.

- ¿Quién firma la carta?

Preguntó Cristina.

- Doctora Victoria Duarte, Juez del Tribunal de Menores.

Se hizo una pausa de algunos segundos. Le bastó el nombre de la juez y la sección del tribunal para comprender qué se trataba de una cosa completamente distinta.

- Hola?! Hola, Cristina?! ¿Todo en orden?

- ¿Dónde está Paula?

- En el colegio. ¿Dónde quiere que esté a esta hora?

Le respondió María sorprendida por aquella pregunta.

Cristina colgó el teléfono sin siquiera saludar y llamó a Rafael, dejándole un mensaje en el contestador telefónico.

- *Apenas escuches el mensaje vení a buscarme al colegio de Paula, después te explico.*

La Juez Duarte

En las dos horas que Paula pasó hablando con la juez, tuvo la sensación que hubiesen sucedido demasiadas cosas, se sentía arrastrar en un torbellino a una velocidad cada vez más rápida, hasta perder completamente el control de los pensamientos. Habría querido detener el tiempo para reflexionar, pero no podía, las noticias aparecían una detrás de otra sin detenerse.

- Ahora quisiera que tú conozcas a una persona.

La doctora Duarte se levantó y abrió la puerta de vidrio de la sala de espera contigua a la oficina.

- Entre, adelante.

Atravesó el umbral de la puerta una señora de unos sesenta años. Al verla, Paula abrió grandes los ojos. Se trataba de la misma persona que había encontrado con María y que había vuelto a ver al día siguiente a la salida del colegio.

La mujer avanzó lentamente, estaba emocionada. Llevó las manos a la cara para contener un llanto improviso, pero no lo logró. Eran lágrimas de felicidad.

- Mirta...

La llamó con su verdadero nombre, aquel que los padres habían elegido para ella incluso antes que naciera. No dijo nada más, la voz estrangulada por el llanto no se lo permitió. Verla así de cerca era una emoción demasiado

grande, la psicóloga se levantó y fue a su encuentro para prestarle apoyo; la doctora Duarte, en cambio, se acercó a Paula.

- Ella es Sara, tu abuela. Es la madre de tu mamá.

Siguió un silencio incómodo.

- ¡Les ruego, basta con esta historia! Mi abuela murió.

- ¡Así te hicieron creer, pero no es la verdad! Ella es tu abuela y te está buscando desde el día que te llevaron.

El psicólogo, que hasta aquel momento estaba intentando tomar apuntes, le sugirió a la juez de dejarlas a solas. Aquel encuentro era la premisa fundamental, así como el inicio de una nueva vida para ambas.

En todos aquellos años su abuela no había dejado ni un momento de buscarla y ahora que la había encontrado, moría de ganas de contarle tantas cosas. Por consejo de la juez decidió proceder con cautela. Aquella joven debía enfrentarse con la recuperación de su identidad y eso era posible solo a través de un largo recorrido, gradual, sin saltar etapas. Era necesario tener cuidado de no aumentar el vacío que sentía a su alrededor y ayudarla a soportar la sensación de pérdida que estaba viviendo.

- ¿Querés comer? Preparé una cosa para vos.

Sacó de la cartera algunas tortas fritas y las apoyó sobre la mesa. Paula no respondió. Sólo extendió un brazo para tomar un vaso de agua, luego se encerró de nuevo en su silencio.

- Han pasado dieciséis años de aquella mañana de diciembre y hoy finalmente el Señor escuchó mis plegarias. Tenemos tantas cosas que contarnos, pero quedate tranquila, hablaremos solo cuando tengas ganas.

Tomó de bolsillo del saco algunas fotos atadas con un elástico y las puso sobre la mesa.

- Comenzaremos por estas para reconstruir nuestra vida.

- ¡Están todos locos! ¿Y vos también que me estuviste espiando por una historia tan absurda?

- Lo hice porque no pude resistirme. Cuando supe que estabas viva, quería verte a toda costa, saber dónde vivías y qué vida llevabas. Me lo habían dicho que no era fácil pasar desapercibida, pero fue más fuerte que yo y te seguí para espiarte.

Paula agachó la cabeza y se durmió así, apoyada sobre el escritorio con los brazos cruzados, agotada por el cansancio. Solo entonces su abuela le acarició tiernamente sus largos rizos negros.

Rafael estacionó el automóvil delante del portón del colegio y bajó corriendo. Pocos minutos antes había escuchado el mensaje de Cristina con un tono agitado y pensando en un posible malestar de Paula, se precipitó a la cita.

Cuando la vio sola, comprendió que no era ese el motivo. Le hizo una seña desde afuera del portón; Cristina percibió su presencia pero no respondió, tenía la mente en otro lado. Se detuvo, encendió un cigarrillo y continuó a paso rápido. Estaba visiblemente tensa.

- ¿Algún problema?

Le preguntó Rafael

- ¡Vinieron a buscar a Paula!

- ¿Quién?

- Dos personas del Tribunal de Menores con un mandato de la Juez.

- ¿Un juez? ¿Y qué pretende de Paula un juez?

Cristina entró al auto y cerró la puerta violentamente.

Él permaneció afuera esperando la respuesta.

- No lo sé. Me quiere ver también a mí. Dale, vamos, hablaré con el abogado.

- ¡Habrán encontrado el cuerpo de Fernando!

- No digas estupideces. ¡Fernando no tiene nada que ver!

Respondió molesta Cristina sin siquiera darle el tiempo de terminar la frase. La de Rafael era solamente una hipótesis, la misma que había hecho Paula cuando supo que la juez quería hablar con ella. Para ellos dos, que no sabían nada de nada, el descubrimiento del cuerpo de Fernando parecía la única explicación posible.

- Me equivoqué en hacerte venir, esta es una historia solo mía y la tengo que resolver sola. ¡Llévame a casa!

Tiempo atrás Rafael habría hecho de todo para no sentirse extraño en las vicisitudes de su novia. Pero aquella vez ni siquiera lo intentó. La relación entre ellos ya estaba en crisis desde hacía algunos meses, estaba llegando a su fin, y la respuesta de Cristina marcó el punto final. Apenas puso los pies en el suelo, Rafael se marchó sin siquiera darse vuelta dejando a su paso la marca de las cubiertas sobre el asfalto y una nube de humo negro.

Ella se quedó sola para afrontar el más terrible de sus

secretos, ya consciente de la idea de haber sido desenmascarada. Era solo cuestión de tiempo. Como un púgil arrinconado estaba recibiendo los últimos golpes antes de caer sobre la alfombra vencida.

Subió a su casa, agarró un poco de hielo del freezer y se sirvió un vaso de whisky, luego se bebió otro vaso. Se dejó caer sobre la cama y comenzó a observar la araña del techo. Permaneció en aquella posición algunos minutos moviendo solamente los ojos, como en un juego, mientras el efecto del alcohol le daba la impresión de sentirse más lejana de la cita con la juez.

Luego se levantó de repente, tomó el teléfono y marcó un número que sabía de memoria. Desde la otra parte la voz grabada de un contestador automático.

“el número seleccionado no se encuentra activo”.

Cristina lanzó el aparato del teléfono contra la pared y gritó tan fuerte que hizo que María de la otra habitación la oyera y fuera corriendo.

Ya había entrado en el pánico total.

La cita con la juez Duarte era el último round de un encuentro marcado, y ahora que se encontraba arrinconada contra la pared, buscaba el sostén de alguien que la ayudara a defenderse.

Recogió el teléfono del piso y llamó al abogado Carlos Fanelli. Hablaron un buen rato y se pusieron de acuerdo para ir al tribunal a primera hora de la tarde. Luego, para tener más noticias de Paula, llamó a la oficina de la juez, pero la secretaria la despachó rápidamente invitándola a presentarse personalmente.

La doctora Duarte era una mujer sin vueltas. Tierna y

comprehensiva con los jóvenes, pero tenaz y determinada en sus pericias judiciales. A ella le tocaban los casos más delicados del tribunal y, desde ya algunos años, se ocupaba de las causas sobre adopciones ilegales de los hijos de *desaparecidos*. El caso de Mirta, así como el de otros siete niños dados en adopción ilegalmente o incluso vendidos, era considerado uno de los delitos más graves. No se trataba de casos aislados, sino de una estrategia realizada por un organización compuesta por militares, cada uno con tareas bien precisas. También estaban involucrados algunos civiles, que en aquella época trabajaban en el hospital de Mar del Plata, para la falsificación de certificados de nacimiento. Una cadena de montaje que funcionaba perfectamente que era capaz de sacarle a las propias madres sus recién nacidos para entregarlos bajo pedido a las familias complacientes al régimen.

El archivo de Mirta Guevall, a la vista sobre el escritorio de la juez, comprendía la reconstrucción de su historia a partir de la primera denuncia de reconocimiento del responsable de la organización hasta la prueba contundente del ADN.

Las investigaciones fueron realizadas teniendo en cuenta también los pequeños indicios y recogiendo los testimonios de quien, en modo directo o indirecto, habría podido agregar elementos importantes al caso. Un rol fundamental en la actividad de investigación lo desarrollaron las *abuelas*.

Aquella tarde la doctora Duarte se preparó para recibir a Cristina Olmi y a su abogado. Paula todavía estaba

durmiendo con la cabeza apoyada sobre el escritorio cuando los hizo acomodar en el despacho contiguo. El encuentro fue breve, pero suficiente para ilustrar de modo inequívoco la situación.

La juez les mostró a ambos un certificado de nacimiento emitido por el hospital militar de Mar del Plata, con el cual se certificaba que la señora Cristina Olmi, en fecha seis de diciembre de 1976 había dado a la luz una niña de nombre Paula. Algunos días después, junto a Fernando Torres, su marido, inscribió a la niña en el Registro Civil de Mar del Plata.

- No entiendo que encuentra de extraño en esto. ¡Mi marido estaba afuera del país por motivos de trabajo!

El certificado, aparentemente en regla y acompañado de los datos sobre el peso, la altura y las características de la recién nacida al momento del nacimiento, había sido completado gracias al consentimiento de una empleada del hospital, autora del hecho que confesó haber falsificado el documento a pedido de una tercera persona que en aquella época era muy influyente.

- Le ruego señora, no empeore la situación. La niña que usted declaró haber dado a luz, ya había nacido. Este es el certificado verdadero.

Se lo puso a la vista. Cristina ni siquiera lo miró y le hizo una seña a su abogado de darle una ojeada. Una mirada rápida y él lo dejó sobre la mesa con un gesto decidido como hacen los jugadores de póker cuando tiran las cartas seguros de tener en la mano la jugada ganadora.

- ¿Cómo puede afirmar que esta... Mirta Guevall tiene un vínculo con la hija de los señores Torres? Este es sólo

un pedazo de papel, sin significado que podría pertenecer a cualquier persona.

La intervención del abogado llevó a la doctora Duarte a no extenderse demasiado en los detalles de las investigaciones e ir directamente al grano.

- Abogado Fanelli, si hoy los he convocado aquí es porque estoy completamente segura de lo que digo. El análisis de ADN de la joven concuerda con el de su padre y el de los abuelos maternos. No hay dudas: se trata de Mirta Guevall.

En la sala se hizo un momento de rotundo silencio.

- ¿Cuál ADN? ¿Pero de qué está hablando? ¡Mi hija no hizo ningún análisis!

Intervino bruscamente Cristina. No hizo a tiempo a pronunciar aquellas palabras que con la mente volvió al momento de la extracción de sangre hecha algunas semanas antes en el consultorio del Doctor Torelli. La juez estaba en perfecto conocimiento de todo.

- ¡La joven no es su hija! Esta es la prueba contundente.

Le puso ante su vista los resultados. El abogado Fanelli se quedó sin palabras. Él no sabía nada de aquel análisis.

- ¿Dónde está Paula Torres ahora?

- Se llama Mirta, Mirta Guevall y nació en Buenos Aires el 24 de noviembre de 1976. Está en un lugar seguro y desde este momento está sometida a la tutela de la justicia. Hoy mismo será dada en tenencia temporánea a los señores Nariani, los abuelos maternos.

- ¿Temporánea? ¿Qué significa?

- Significa que pronto será devuelta a su padre.

A Cristina se le transformó la cara. La noticia que el

padre de la joven estuviese vivo complicaba la cuestión. Probó a mentir una vez más.

- El padre de Paula tuvo un accidente y...

La juez la interrumpió.

- Señora Olmi le ruego... la situación es muy delicada. Mañana por la tarde acompañaré personalmente a la muchacha a su casa para una visita y para retirar sus efectos personales.

Cristina y su abogado salieron del tribunal. Subieron al auto, ella estaba cegada de rabia.

- ¡Hija de puta! ¡Maldita hija de puta!

- ¿Qué es esta historia del análisis de sangre? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

- ¡La visita al oculista! ¡Se pusieron de acuerdo, que bastardos!

El doctor Torelli, desde siempre sensible a la cuestión de los hijos de *desaparecidos*, había jugado un rol fundamental. Con el pretexto de un posterior control clínico había realizado las extracciones de sangre a ambas y las había enviado al hospital Durand para el análisis del ADN.

Sin su complicidad, difícilmente la juez habría obtenido la prueba del test genético. Para la ley nadie tenía la facultad de imponerlo.

La juez regresó al despacho y encontró a Paula con una foto en la mano, era una de aquellas que Sara había

apoyado sobre la mesa. La estaba mirando de reojo, tratando de descubrir si entre ella y aquella joven mujer sonriente, puesta de perfil, había alguna semejanza. En ese entonces Alejandra tenía veintidós años, estaba en la plenitud de su belleza. A pesar de que los colores de la foto estuviesen amarillentos por el tiempo, sus largos cabellos oscuros resaltaban sobre la camisa anaranjada.

- Aquel día estaba realmente feliz, había recibido recientemente una magnífica noticia y había corrido a casa para contárnosla. Tu abuelo Domenico se volvió loco de alegría y para festejar organizamos un asado invitando a toda la familia.

Paula escuchó en silencio sin sacar los ojos de la foto, luego, con un hilo de voz, hizo una pregunta inesperada.

- ¿Y cuál era la noticia?

- Se enteró que estaba embarazada.

Que raras bromas le hizo su mente. No obstante Alejandra le parecía una perfecta desconocida, fantaseó con ser ella aquella niña, fuente de felicidad para una entera familia. Fue una zambullida en la imaginación que duró un milésimo de segundo, como un pestañeo, luego le volvió la angustia de encontrarse todavía encerrada en aquella sala con las mismas personas de antes y la vida destrozada.

En otra foto Alejandra estaba sentada con una recién nacida en brazos.

- Aquí está, ésta sos vos el día que llegaste a casa del hospital. Tenías las mejillas regordetas y la nariz ligeramente hacia arriba, como la tenés ahora.

Sara le mostró también el dorso de la foto:

Bastó aquel gesto para hacerle comprender que no podía haber nacido en diciembre como siempre le habían hecho creer.

Volviendo a ver aquellas fotos, en la mente de Sara volvieron a aparecer agradables recuerdos. Su familia en aquel período todavía era feliz, desconociendo que formaban parte de una larga lista de gente predestinada al sufrimiento.

-Tu padre para la ocasión había llenado el dormitorio de globos de colores y en el portón de entrada había colgado un gran moño rosa para anunciar tu nacimiento. Arriba había escrito: “*Bienvenida Mirta. Que Dios te bendiga*”.

La juez, mientras tanto, le había encargado a la doctora Hernández de comenzar con la terapia de apoyo. La psicóloga iría a visitar a la joven todos los días a la casa de sus abuelos, en el barrio de *Palermo*.

Se había hecho tarde y antes de dejarla ir, la doctora Duarte la abrazó tiernamente.

- Quedate tranquila Mirta, haré todo lo posible para ayudarte. Mañana te acompañaré a lo de Cristina Olmi para una visita. Ahora andá, tu abuela se ocupará de cuidarte.

Ella no opuso resistencia, estaba sin fuerzas y de todos modos hubiese sido inútil. Aceptó la idea de pasar la noche con aquella desconocida, pensando que sólo así habría podido volver a ver a su madre.

Por la tarde un viento fresco se estaba levantando sobre Buenos Aires y en el transcurso de poco tiempo la temperatura bajó considerablemente.

Apenas estuvieron afuera del tribunal se encontraron entre la multitud de transeúntes de la calle *Lavalle*.

- Vamos Mirta. ¡Te mostraré mi bólido! Yo soy una hábil conductora, ¿sabés?

El automóvil estaba estacionado a tres cuadras de distancia. Sara pasó la cartera sobre el otro hombro, tomó a su nieta del brazo y juntas se encaminaron con paso ligero. Instintivamente ella se puso rígida, pero no tuvo el coraje de alejarla.

Estaban esperando para atravesar la calle y por un segundo Paula sintió la tentación de escapar. Habría podido correr en la dirección opuesta, subir rápidamente al primer colectivo o bajar por las escaleras hasta el subte. La fuga hubiese sido fácil y Sara no habría alcanzado a detenerla. ¿Pero huir para ir adonde? ¿A la casa de Cristina? Que sería el primer lugar donde la habrían ido a buscar.

Se encontraban en el auto, mientras la ciudad, como una señora maquillada, estaba lista para afrontar otra noche. Las luces de los restaurantes, de las confiterías y de los carteles de neón de las viejas milongas iluminaban por partes las gigantescas sombras de los edificios.

Paula, con la mirada dirigida al cielo, buscaba una estrella entre los montones de nubes oscuras. Sara, ansiosa de llegar a casa, contaba las cuadras para doblar en *Scalabrini Ortiz*,

- Ya casi llegamos, en pocos minutos verás a tu abuelo.

Ella encogió los hombros.

- Si supieras cuántas veces dio gracias al Señor cuando supo que estabas viva.

Era una historia triste aquella de Sara y Domenico. Sus dos hijos *desaparecidos*, fueron secuestrados en la misma semana. A Horacio, el más chico, se lo llevaron del lugar de trabajo bajo los ojos de su padre. Los militares irrumpieron en el taller armados y enmascarados, destruyeron las máquinas de impresión, incendiaron todos los libros y lo arrastraron hasta afuera encapuchado y esposado, dentro de un furgón de color oscuro.

Aquel fue el último testimonio de su existencia.

El secuestro de Horacio marcó también la crisis económica de la familia Nariani. La casa editorial "*El botón*", famosa en toda Buenos Aires, fue obligada por el régimen a cerrar su actividad.

En los años siguientes Domenico aprendió a negociar con la vida para no morir, acostumbrándose día tras día a no pensar. Después de todo se podía considerar afortunado respecto a tantos otros padres, con la misma desgracia que él, también ellos testigos oculares del secuestro de sus propios hijos. A ellos les fue peor. Habían muerto, muertos de tristeza, tragados por la oscuridad y por la soledad. Y en aquellos años era fácil morir de tristeza en Buenos Aires.

El ruido de las gomas del auto sobre la grava de la callecita de entrada llamó la atención de Domenico. Dejó de tomar mate y se precipitó hacia afuera. Avanzó algunos metros con la mano delante de los ojos para repararse de la luz de los faros. Paula bajó del auto y cerró la puerta. Estaba oscuro y a pesar de que Domenico se esforzaba por verle la cara, no lo logró. Entonces decidió ir a su

encuentro sin imaginar que se iba a encontrar delante una señorita alta casi como él. Mantenía nítido el recuerdo de cuando la vio la primera vez en el hospital. Alejandra se la puso en los brazos recién nacida.

“Mirta, él es tu abuelo Domenico”.

Dijo delante de todos. Él, rígido como un trozo de madera la acunó hasta el primer llorisqueo, luego se apresuró a devolvérsela a Alejandra, bajo la mirada divertida de los parientes.

Habían pasado demasiados años desde aquel primer abrazo y Domenico trató de encontrar dentro de él un poco de coraje para hacerlo nuevamente. Tomó aliento, le sonrió apenas y con la misma torpeza la estrechó contra sí dulcemente.

Paula se dejó abrazar. A pesar de que para ella era un desconocido, aquel señor, con aire distinguido, con los cabellos canosos y la frente amplia, tenía los ojos sinceros.

Castillos de arena

Lo primero que hizo Laura cuando salió del colegio fue precipitarse a la casa de los Torres para saber que le había sucedido a su amiga. Tocó el timbre con insistencia haciéndose notar por el encargado del edificio que salió de su puesto para llamarle la atención varias veces.

Laura continuó tocando insistentemente el timbre del departamento 32, quedándose con la oreja apoyada al portero eléctrico esperando una respuesta.

- ¡Se trata de una cosa importante!

- Ya te dije que la señora Cristina entró a su casa hace pocos minutos. Si no responde significa que está descansando y no quiere que la molesten.

- No es posible. ¡Nunca duerme por la tarde! ¡Y además estoy buscando a Paula!

- ¿Paula? La última vez que la vi fue el sábado por la tarde.

Sólo entonces Laura dejó de tocar el timbre y se alejó con aire resignado. El tiempo de recorrer unos cincuenta metros por la vereda y sintió que la llamaban.

María se había precipitado a la calle después de haberla visto desde el balcón. Se abrazaron, conscientes de estar viviendo la misma angustia y con la necesidad de compartir cada mínimo detalle para entender realmente que le había sucedido a Paula.

María, que había bajado a escondidas dejando a Cristina en su habitación, le contó acerca de la carta del tribunal, del presentimiento que tenía respecto a Fernando y de las reacciones exageradas de Cristina en las últimas horas. Hablaron casi diez minutos.

- ¡Yo sé lo mismo que vos! Cristina no habla y no quiere ver a nadie. Pasa las horas encerrada en su habitación en compañía de su botella de whisky.

Aquellas palabras comenzaron a dar vueltas en la cabeza de Laura como moscardones enloquecidos. Se sentía impotente ante el hecho de que su amiga había desaparecido en la nada.

Las únicas personas que podían ayudarla eran sus padres, quizás ellos habrían sabido resolver aquel misterio. Corrió a su casa y para no olvidar el nombre que le había comentado María, siguió repitiéndolo en su mente: *Duarte...Duarte... juez Duarte....*

Subió corriendo las escaleras y cuando llegó al descanso sintió que el corazón le batía tan fuerte que debió apoyarse a la pared para recobrar el aliento.

Entró a su casa hablando con voz agitada.

- Tomó el maletín con los libros y fue a la oficina del director. Yo la acompañé hasta el pasillo, luego no la volví a ver!

Sus padres trataron en vano de tranquilizarla, mientras ella, como un río en crecida, seguía contando lo que había escuchado recientemente por medio de María.

Al sentir el nombre de la juez, los padres de Laura se intercambiaron una mirada. Conocían bien a la doctora Duarte y bastó aquel detalle para hacer suponer que

Paula podía estar involucrada en una causa de niños desaparecidos.

Con una excusa Felipe se alejó y llamó a Pedro Piras, el abogado que colaboraba con el diario. Él tenía muchos contactos en los tribunales y una hora después aproximadamente, logró darles importantes informaciones.

- Indagaron acerca de la muchacha y de la señora. La cosa es seria: isustracción y apropiación de menores!

- ¡Mierda!

- Parece que están involucradas varias personas. Dame un par de días de tiempo y podré saber algo más.

- Gracias Pedro. Manteneme informado, siento un gran afecto por esta jovencita.

- Ah me olvidaba, su verdadero nombre es Mirta Guevall. Mientras tanto intentá a llamar a las *abuelas*.

Pedro había sugerido dirigirse a las *abuelas* porque allí, en la sede de Avenida Corrientes, se señalaban los casos sospechosos de niños desaparecidos. Era la actividad principal de ellas desde los tiempos de la dictadura. Trabajaban sin descanso, con un ritmo frenético, en busca de la verdad sobre múltiples historias de los *desaparecidos* y de sus hijos. Con las informaciones recopiladas durante años habían realizado archivos fotográficos, bases de datos y listados que podían ser consultadas por cualquier persona.

Marcela y Felipe se quedaron despiertos hasta la noche tarde, comentando la noticia. A pesar de haber escuchado tantas tristes historias sobre la dictadura, aquella de Paula los tocaba de modo particular. La chica de los

cabellos rizados entraba y salía de la casa de la familia casi todos los días, para ellos era como una segunda hija.

- ¡Pobre chica!

Dijo Marcela.

- Es verdad. Replantearse todo a los dieciséis años no es fácil.

- ¿Viste alguna vez a sus padres?

- No. Laura me habló de ellos una vez. ¡Él murió hace algunos años en un accidente y ella parece ser una de esas tipas insoportables, nariz parada!

- ¡Era de esperarse! Mañana iré a la sede de *abuelas*. Quiero saber si fue entregada a alguien de su familia.

Marcela fumaba nerviosamente tratando de imaginar donde podía estar Paula en aquel momento y qué podía estar sintiendo. Por un lado, trataba de racionalizar su sufrimiento alegando que era un recorrido inevitable para reapropiarse de su identidad robada. Por el otro, la rabia tomaba la delantera.

- ¡No lo puedo creer! A distancia de años todavía pagamos las consecuencias...

- ... coletazos del monstruo. Y tendremos todavía por tanto tiempo.

Agregó Felipe.

Si bien la jornada había acabado, Paula tardó bastante en dormirse. Tenía tantos pensamientos en la cabeza y en esa cama demasiado dura faltaba *Gordo* para hacerle compañía.

Pobre chica, ¿cómo podía encontrar paz en aquella realidad que no le pertenecía? A pesar de las palabras reconfortantes de la juez se sentía catapultada hacia una nueva vida sin que nadie le hubiese dado el tiempo para poder calmar el agobio que sentía adentro.

La habitación de los abuelos estaba al lado de la suya. Ellos también se quedaron despiertos hasta tarde. Paula sintió la voz de Sara mientras recitaba el *Avemaría* e instintivamente rezó con ella; lloraba y rezaba, sin saber con quién agarrársela para desahogar la rabia que tenía adentro.

En definitiva, la decisión de la tenencia había sido de la juez Duarte, ellos sólo trataban de hacerla sentir cómoda y desde que había entrado a aquella casa, no habían hecho más que colmarla de atenciones. Sara para la ocasión, preparó una cena especial. Domenico le dejó un libro sobre la mesita de luz con una dedicatoria en la primera página. Le habían comprado un pijama, una salida de baño y todo lo necesario para dormir allí.

La casa de Sara y Domenico estaba dispuesta sobre dos plantas, las habitaciones se encontraban en el piso de arriba, debajo había un gran comedor y la cocina. Allí habían crecido sus hijos, aunque en el pasado, la disposición de las habitaciones era distinta. Sara fue quien decidió reestructurarla, durante años aquella casa había sido descuidada así como tantas otras cosas de sus vidas.

A la mañana siguiente Paula encontró a Sara en la cocina que ya estaba preparando el desayuno. Sobre la mesa había puesto todo lo imaginable: fetas de pan recién tostado, manteca, mermelada de arándanos, algunas

medialunas y un exprimido de naranja.

- Buen día querida, ¿dormiste bien?

Le dijo mientras se precipitaba a cerrar la perilla del gas antes que el café comenzara a salir de la cafetera.

Ella respondió con un movimiento de cabeza. Miró el reloj colgado sobre la pared, eran las ocho y cuarenta.

- ¡Voy a llegar tarde al colegio!

- Quedate tranquila Mirta. Las ausencias de estos días están justificadas, el director ya fue avisado. Tomá el desayuno con calma.

El tema del colegio era uno de los tantos asuntos que Sara debería afrontar, pero esperaba el momento oportuno para hacerlo. Aquel día Paula ya tenía demasiadas cosas en que pensar.

Tomaron el desayuno sentadas en la mesa cerca de la ventana, desde allí podían ver una parte de la calle hasta la casa de los vecinos. Era un día de sol, pero el aire, a juzgar por la escarcha sobre el césped, debía ser bastante frío. Poco después vieron llegar a Domenico. Llevaba un saco de lana pesado, un par de pantalones de patas anchas y jersey bordó sobre la camisa. Tenía dos densos bigotes que le daban un aspecto de tranquilizadora virilidad.

- Aquí llegó. Treinta y cinco minutos exactos, ni uno más ni uno menos.

Dijo Sara esbozando una sonrisa.

Paula se quedó mirándolo, como si aquel señor elegante y taciturno le recordara a alguien.

Domenico entró a la casa, refregándose las manos para hacer circular nuevamente la sangre en las yemas de los dedos endurecidos por el frío. Se acercó a Paula y le puso

una mano sobre el hombro para transmitirle tranquilidad. Ella apreció el gesto y recibió todo su afecto.

- ¡Hoy es un día importante!... ¡Alejandra estará feliz!

Sacó el Clarín del abrigo, tomó la pipa del cajón del tabaco y se sentó en el sofá.

Cuando Paula cruzó el umbral de la puerta de casa, a la primera persona que encontró fue a María, que le abrió la puerta llorando.

- ¡Mi niña! ¿¡A dónde te llevaron?!

Ella no respondió, pero dio un suspiro de alivio. Finalmente estaba en su casa.

- ¿Dónde está mamá?

Preguntó asomándose al comedor.

- Esperá Paula...

- ¿Adónde?

Preguntó de nuevo, levantando la voz.

- Está encerrada en su habitación desde esta mañana, ni siquiera salió para almorzar.

María no hizo a tiempo a agregar nada más, Paula entró y la vio, sentada, con la cabeza apoyada en el escritorio.

- ¡Mamá!

Cristina se giró con un gesto rápido, como si aquel nombre, con el cual se había hecho llamar toda la vida, de repente se hubiese transformado en un peso para su conciencia.

Estaba irreconocible. Tenía los cabellos despeinados,

una coloración pálida y los ojos rojos, manchados por el maquillaje del día anterior ya esfumado como el de un clown transpirado al final de su espectáculo. Paula fue a su encuentro y la abrazó. Lo hizo conteniendo la respiración para no dejarse sofocar por el aliento impregnado de whisky y cigarrillos.

Cristina había bebido demasiado también aquella vez.

- ¡Paula, tesoro! Te permitieron ver a tu madre. ¿Le agradeciste a la señora Duarte?

Dijo con tono antipático, sin darse cuenta de estar arrastrando las palabras.

Se levantó y abrió la ventana para cambiar el aire en la habitación llena de humo e ira. Luego trató de guardar compostura y con un gesto automático de las manos se arregló sus largos cabellos en una cola recogida. Entró al baño y se mojó la frente con agua fría, Paula seguía observando cada movimiento suyo.

- Mamá, ¿qué es esta historia? ¿Me decís qué sucedió?

Cristina se acercó y le hizo una caricia.

- Quieren alejarte de mí haciéndote creer que no sos hija mía.

- ¿Pero qué significa? ¿Quién quiere esto? ¿Y por qué?

- Preguntáselo a ellos.

- ¿Pero si es todo falso porqué no me dejan regresar a casa?

- Por culpa de esa desgraciada que te está esperando acá abajo.

Volviendo a pensar en eso Cristina tuvo un ataque de ira. Se asomó por la ventana y miró en dirección del automóvil de la juez estacionada delante del portón.

- ¡Andate a la mierda! ¡Andate de aquí! ¡Dejanos en paz, juez de mierda!

Los insultos resonaron en el patio haciendo asomar a los vecinos curiosos. Paula trató de calmarla, y le pidió ayuda a María. La escena duró poco. Cristina colapsó sobre el sofá con la mente entumecida y se encendió otro cigarrillo.

- Quieren alejarte de mí y para hacerlo se inventaron ese ridículo examen de sangre.

- La juez dice que el *test* no se puede equivocar.

- ¡Es una cosa absurda, es una humillación! Te cambiaron el nombre y ahora quieren llevarte a vivir a casa de extraños.

El rostro de Cristina se volvió inexpresivo, sus ojos de hielo. Paula jamás la había visto en aquellas condiciones y por un segundo sintió miedo. Habría querido hacerle otras preguntas, pero no lo hizo, dejándola seguir con ese monólogo delirante.

- ¡En otros tiempos, alguien la habría hecho callar!

Se refería a los hombres que gobernaban en los años de la *guerra sucia* y a su “coraje” de someter el poder de los tribunales. Hombres poderosos que sabían “limpiar” la Argentina de jueces incómodos como la doctora Duarte y que habrían resuelto la cuestión con un simple “...*no se preocupe Señora Torres, deje que nosotros lo solucionamos*”.

Paula dejó a su madre en la habitación y se fue a la cocina con María.

- ¿Por qué todos me dicen que no es mi madre? ¿Y quienes son los señores Nariani? ¿De verdad son mis abuelos?

- No lo sé Paula. Seguramente se habrán equivocado, verás que pronto te dejarán regresar.

La visita a lo de Cristina duró aproximadamente tres horas; luego Paula llenó una valija con todas sus cosas, incluida la desilusión que sentía encima y se fue. Y pensar que deseaba tanto hablar con su madre para poner fin a la pesadilla que duraba ya dos días. Estaba convencida que al menos ella habría podido aclarar el porqué de tanta confusión. En cambio, aquella tarde no obtuvo nada, sino una mayor alteración y una sensación de impotencia, alimentada por las maldiciones y las respuestas imprecisas de una mujer borracha.

No obstante todo, bajó de las escaleras con el remordimiento de no haberle dedicado suficientes cuidados. Cuando por un instante se puso en su lugar, sintió una gran pena en verla tan sola, sin un marido y ahora privada de su única hija. Pensó en volver atrás, en abrazarla, pero era demasiado el resentimiento que sentía frente a ella y cambió de idea.

La doctora Duarte la estaba esperando en compañía de Pérez. Cuando Paula la vio desde el otro lado de la calle dudó un instante antes de cruzar. Luego, como movida por un impulso irrefrenable, se encaminó con paso rápido en dirección opuesta a la suya. Pensando a un tentativo de fuga, el oficial de policía abrió de golpe la puerta del auto para lanzarse a la persecución, pero Duarte les hizo una seña de detenerse. Estaba convencida que Paula tenía otra cosa en mente. Bajó del auto y la siguió a la distancia por cuatro cuadras a lo largo de la calle *Las Heras* hasta el número 1196. Luego la vio tocar el portero eléctrico.

Después de algunos segundos Laura salió del portón. Se abrazaron y comenzaron a reír entre las lágrimas, estaban felices y tristes al mismo tiempo. Paula intentó contarle lo que había sucedido, con palabras entrecortadas, la respiración jadeante y los ojos perdidos en el miedo.

- No sé lo que está sucediendo... mi madre no es más mi madre y desde ayer descubrí que tengo abuelos. Me pusieron a custodia de ellos y a mi casa puedo ir sólo si voy acompañada.

Movió los ojos para indicar a la doctora Duarte que estaba a pocos metros de distancia.

- Les pedí a mis padres que investiguen.

Dijo Laura. Pronunció aquellas palabras sabiendo que eran inútiles, pero eran las únicas que le vinieron a la mente para tratar de tranquilizarla. Luego le preguntó por el juez.

- María me mencionó la carta del tribunal. ¿Qué te preguntaron?

- ¡Están locos! ¡Me quieren convencer que mi nombre es Mirta y que mi verdadero padre todavía está vivo!

- ¡Es absurdo! Debe haber un error.

- No lo sé... dicen que me estaban buscando desde hace años.

Silencio. Los ojos de Laura se llenaron de preocupación y de repente se dio cuenta que en aquellas palabras no había nada de absurdo, mas que el hecho que se referían a su mejor amiga. Había escuchado algunas historias sobre los hijos de los *desaparecidos*, eran todas tristemente absurdas, y sin embargo reales.

El interruptor de su imaginación se encendió y en su

mente partieron las secuencias de imágenes de un film visto demasiadas veces. Ya no tenía dudas.

- ¿Te hablaron de los *desaparecidos*?

- ¡Sí!

La anciana señora tardó una eternidad para llegar a la puerta de entrada, con esa complicada enfermedad en las piernas le costaba cada vez más trabajo caminar. Eran las siete y treinta y a esa hora estaba solo ella en el gran departamento.

Como cada mañana estaba iniciando a hacer el enorme trabajo de la asociación: ordenaba los archivos sobre los escritorios, acomodaba las listas, introducía las fotos en los archivadores, transcribía los mensajes del contestador telefónico y controlaba los fax que habían llegado durante la noche.

Abrió la puerta, pidiendo disculpas por haberla hecho esperar tanto.

- Buen día Inés, tengo una cita con Dolores.

- Hola Marcela, entrá por favor. Dolores llegará en cualquier momento.

Inés le abrió camino.

- ¿Otras investigaciones?

- ¡Sí!

Marcela entró en la pequeña sala de espera y la mujer se ausentó nuevamente. Regresó poco después con una bandeja y dos tazas de café con leche.

- Prefiero tomar el café en compañía y pensé que te gustaría tomar una taza. Es rico, te lo aseguro, aquí tomamos todo el día café y ya nos volvimos expertas.

Sonrió, como quien no está acostumbrado a hacerlo desde hace tiempo.

No era la primera vez que Marcela iba a la sede de las *abuelas de Plaza de Mayo*. En otras ocasiones también había pedido información sobre casos similares al de Paula. Dolores, además de representar uno de los pilares fundamentales de la asociación, era una conocida suya desde hace tiempo. Como todas las *abuelas* llevaba en su corazón la triste historia de una hija desaparecida en la nada y un nieto que nunca pudo conocer, nacido en un centro clandestino de detención. Desde hacía quince años no había dejado nunca de buscarlo, esperando un día de lograr devolverle la identidad que le habían ocultado quién sabe dónde.

A su hija Susana, en cambio, dejó de buscarla desde el año 1985, cuando dos investigadores del *Equipo Argentino de Antropología Forense* encontraron sus huesos en una fosa común de un cementerio de la provincia de Buenos Aires.

Susana y Marcela eran muy amigas. Habían asistido juntas a la universidad y ambas militaron en la *Juventud Universitaria Peronista*, un grupo de estudiantes que teorizaban un mundo sin injusticias. Cuando la *Junta militar* subió al poder, todos fueron perseguidos y algunos de ellos dejaron la Argentina. Susana en cambio decidió quedarse. Amaba mucho a su país y confiaba en que podía vivir bien ahí. Se equivocaba. Su nombre ya estaba incluido en la lista de personas consideradas peligrosas, indistintamente etiquetadas como “subversivas”. Para ellos, el general Videla y sus colaboradores habían

reservado un trato especial, llevado a cabo con guantes, sin arrestos de masas, fusilamientos o ejecuciones públicas clamorosas como aquellas que habían caracterizado, algunos meses antes, a la *Triple A*. Susana fue secuestrada con un embarazo de siete meses, una noche de fines de diciembre de 1978 y de ella nunca se supo más nada.

Las paredes de la salita de espera estaban tapizadas con fotos de jóvenes entre los veinte y los veinticinco años. Todas personas desaparecidas, "*tragadas por el monstruo*" diría Felipe.

Marcela comenzó a miraras una por una. Se detuvo delante de la foto de un joven delgado con anteojos. Estaba sonriente, feliz por hacerse inmortalizar delante del obelisco. Vestía una campera de jeans arriba de un pantalón acampanado y llevaba los cabellos largos como sugería la moda de aquellos años. Abajo estaba escrito *Roberto Clarini - 20 años, estudiante*. En otra foto una chica gordita con los cabellos enrulados, claros, *Carmen Salla - 25 años, periodista*. Luego había algunas fotos que retrataban parejas de esposos con sus niños recién nacidos en brazos.

A Marcela se le humedecieron los ojos cediendo también esta vez a la conmoción y a la rabia. Para no llorar se levantó, dejó la cartera y el sobretodo sobre la silla y se acercó a la ventana que asomaba sobre la *Avenida Corrientes*, permanentemente transitada.

Por un instante logró distraerse y alejar el miedo revivido al mirar las fotos. Pero aquella sensación de liberación duró poco, los recuerdos prevalecieron: el exilio,

los pasaportes falsos obtenidos a último momento y la corrida desesperada con Felipe al aeropuerto...

La remembranza de su pasado fue interrumpida solo más tarde por las voces que provenían del pasillo. Habían llegado otras *abuelas* y estaban comentando con satisfacción el hallazgo de otro *nieto*. Un evento para festejar, para contarle al mundo entero.

Se trataba del segundo niño devuelto a los propios familiares desde el inicio del año.

Dolores, mientras tanto, tardaba en llegar.

Piezas de un engaño

Pasaron algunos días y Paula volvió a asistir a clases. La doctora Duarte le escribió una carta al director del colegio para que siguiera con atención la reinserción de la jovencita. La situación era delicada y requería el esfuerzo tanto de los docentes como de los compañeros de clase. Por sugerencia de la Juez se le había planteado la posibilidad de cambiar de instituto pero ella prefirió seguir en el *Esnaola* para no separarse de su mejor amiga. Por este motivo y para garantizarle mayor discreción, ambas fueron cambiadas a otra sección. Junto al nombre de Laura, apareció el de Mirta Guevall en la lista de los alumnos del Tercero C.

Mientras tanto Cristina convivía con sus crisis de nervios que intentaba calmar recurriendo a fuertes tranquilizantes. Ya se sentía irremediabilmente arrastrada por el vendaval que se había desencadenado en aquellas horas.

También en el último encuentro Paula había intentado pedirle explicaciones, pero la respuesta fue siempre la misma.

- Es un complot contra mí, la pagarán caro estos asquerosos, quedate tranquila. ¡Pronto volverás a vivir en esta casa!

Su madre se estaba volviendo la persona menos apta

para hacerle descubrir la verdad y ella, cada vez, regresaba a la casa de los abuelos con las mismas dudas sin resolver. Cristina se empeñaba contra la juez Duarte sin darse cuenta que ni ella, ni su amigo abogado habrían podido modificar la decisión del tribunal.

Una mañana en el colegio, durante el recreo, fue Laura quien le reveló algo interesante.

- Hay un testigo, una mujer. Que se dirigió a la asociación *abuelas* un año atrás aproximadamente y así se hizo la denuncia.

- ¿Qué decís? ¿Qué testigo?

- Una sobreviviente de la ESMA.

- ¿ESMA?

- Sí, el cuartel militar que está al final de la *Avenida Libertador*, donde torturaban a la personas.

- ¿Y qué tiene que ver esta mujer conmigo?

- ¿Sos tonta? ¡Conoció a tu madre!

Paula sintió un escalofrío por la espalda como si una araña le estuviese caminando debajo de la camisa. Las palabras de Laura no dejaban lugar a duda: desde el inicio estaba convencida que Alejandra era la verdadera madre de Paula y que Cristina Olmi era solamente la autora de un diabólico engaño.

- ¿Quién te dijo estas cosas?

- Mis padres. Mi madre estuvo varias veces en la sede de *abuelas* y mi padre habló con su amigo Pedro.

- ¿Y quién sería esta testigo? ¿Cómo se llama?

- Patricia Serrano. Reconoció al torturador, el mismo que torturó a tu mamá. Eran compañeras de celda... antes que...

- ¿Antes que?...

- ... ¡que se la llevaran!

- ¡Es extraño todo esto!

- ¿Qué hay de extraño? ¡La juez te hizo ver los resultados del examen de sangre, tu abuela te mostró las fotos, ahora apareció también una testigo y vos seguís sin creer! Patricia Serrano declaró en los tribunales que conoció a Alejandra Nariani junto a una recién nacida. ¡Y esa eras vos! ¿Lo entendés? ...Eras vos. Cuando la llevaron al sótano tenías pocos días de vida.

En los ojos de Paula surgió un lento dolor, acompañado de un tímido tentativo de defensa para aquella mujer que todavía consideraba su madre.

- ¡Mi madre es Cristina Olmi! Me dio a luz el seis de diciembre del '76. Vi sus fotos de cuando estaba embarazada.

- ¿Estás segura que lo estaba realmente?

El timbre marcó el final de aquella conversación, pero no el torbellino de pensamientos que agobiaron a Paula por el resto de la jornada.

“¡Que pregunta idiota! Claro que estaba embarazada, la vi con mis propios ojos” pensó.

Se acordaba de algunas fotografías que vio en el altillo de la casa del mar.

“...tenía una panza enorme. María me dijo que faltaban pocos días para el parto”.

Solo entonces Paula aplacó su ansiedad.

También Laura volvió a pensar en lo que había dicho de Cristina. Habló de ello con sus padres por la noche durante la cena.

- Tal vez estuviste demasiado dura.

Dijo Marcela.

- Mamá, hay tantas cosas que Paula debería saber pero nadie se las dice. Yo soy su mejor amiga y sería una hipócrita si me quedo callada. Es justo que ella sepa, que se de cuenta que fue engañada todos estos años.

El racionamiento de Laura era lógico. Cristina no era la madre de Paula y las fotos debían ser una vergonzosa farsa. Otras mujeres habían fingido estar embarazadas para después salir inobservadas de las clínicas con sus niños apenas robados y sacados en el moisés.

- Sabrá todo no te preocupes, se ocupará su abuela de encontrar las palabras justas. Dolores me dijo que es una persona extraordinaria.

- Lo que no logro entender es cómo puede llamarla mamá todavía y negar la evidencia.

- Es obvio que la considera su madre, la llamó así durante toda la vida y ahora necesita tiempo para aceptar...

Laura permaneció en silencio.

El 23 de junio Sara estaba particularmente eufórica. Finalmente había recibido la linda noticia que esperaba desde hacía días y no veía la hora de comunicársela a su nieta. Cuando la distinguió delante al colegio tocó tres veces la bocina haciéndole señas de apurarse para subir al auto.

- Debo decirte una cosa muy importante, pero no aquí. Conozco una confitería que hace unos postres deliciosos, ¿qué te parece si vamos?

- ¿Y el turno con la doctora Hernández?

- Faltarás a la sesión. No te preocupes, le dije que nos íbamos a demorar en el centro.

Entraron a una vieja confitería en las cercanías de Plaza Congreso, un bar de estilo francés que Sara conocía muy bien. Allí, en el pasado, solía encontrarse con Domenico y para ella regresar allí significaba saborear una vez más la misma sensación de bienestar.

En aquel horario la confitería no estaba muy llena. Se sentaron en una mesa al fondo de la sala y pidieron un té. Paula pidió un *alfajor* de chocolate, *Havanna*, su marca preferida.

- ¿...entonces? ¿Qué era eso tan importante?

- Tengo noticias de tu padre.

- ¿Mi padre?

- Sí, hablé por teléfono con él esta mañana, está fuera de peligro, pronto le darán el alta.

- Ya es la segunda vez en un mes que me das esta noticia.

- No es su culpa si los médicos del hospital decidieron retenerlo haciéndole postergar la partida. Desde cuando supo que te encontramos está muriendo de ganas de regresar a Buenos Aires. Ya reservó el vuelo.

- ¿...cuándo llega?

- El sábado.

Paula no respondió. Hizo un rápido cálculo de los días para darse cuenta que faltaban solo cuatro. Muy pocos.

¿Cómo afrontaría la situación? ¿Qué reacción tendría? ¿Y él, cómo se comportaría frente a su hija después de tantos años de exilio? ¿La abrazaría? ¿Lloraría?

De solo pensarlo el corazón comenzó a latirle fuerte y la respiración se volvió más agitada. Trató de ocultar su inexplicable agitación. A fin de cuentas para ella Julián Guevall era solamente otro desconocido.

“Aunque él fuese mi padre, para mí es sólo un nombre sin rostro” respondió a su abuela la última vez que hablaron del tema.

Pero aquel encuentro era una importante ocasión para descubrir la verdad sobre su propio origen. Se trataba de un evento cargado de emoción, con un resultado imprevisible del cual ya no podía alejarse. Sara, por su parte, se alegró por la linda noticia y estaba segura que, en el encuentro entre ellos, un simple abrazo habría ayudado a entender más que mil palabras. Confiaba en el reconocimiento genético, en las señales innatas entre personas que tienen la misma sangre y en la semejanza física entre ellos. Tenían una mirada idéntica y esto, para ella, era suficiente para poderse reconocer...

- ¿Cuándo supo de mí?

Preguntó Paula.

- El día del resultado del test. Lo llamé al hospital Cochin de París. Logré a duras penas decirle que te habíamos encontrado y estallamos a llorar de felicidad. Julián gritó tu nombre tan fuerte que acudieron todas las enfermeras.

Mientras Sara revivía aquel momento le brillaban los ojos de la alegría. Paula, en cambio, no lograba sacarse de

la mente el pensamiento de cómo sería el encuentro entre ellos. Trataba de imaginar lo cambiado que podía estar de como lo recordaba en las fotos y se preguntaba que carácter podía tener.

También para Julián encontrarla después de dieciséis años no debía de ser fácil. La última vez que la vio fue la mañana del secuestro.

- ¿Si de verdad es mi padre por qué escapó? ¿Por qué me dejó?

- Creía que estabas muerta. Julián no se escapó de vos, sino de la Argentina. Odiaba demasiado este país e irse de aquí era su único modo para sobrevivir. Había sufrido cuatro años de torturas, de todo tipo y créeme, no debe haber sido fácil salir vivo de allí...

Sara dejó de contar. Un par de lágrimas comenzaron a correrle por el rostro. Sus pensamientos se dirigieron a Alejandra y Horacio que habían sufrido las torturas hasta el final.

- Abuela, no hagas así.

Dijo Paula en voz baja rozándole una mano.

Ella hizo un largo suspiro fingiendo no haber escuchado, pero adentro suyo, la emoción la estaba sacudiendo como una bandera al viento. Era la primera vez que se sentía llamar de ese modo.

Aquella tarde hablaron mucho, reconstruyendo tantas cosas de la vida de Julián. Sara recorrió con el pensamiento sus recuerdos, mientras Paula escuchaba casi desconcertada.

Le contó de cuando lo recibió en su casa una vez liberado, de las dificultades en retomar una vida normal y

de todos los miedos que llevaba consigo. La dificultad de comer, respirar, los fantasmas nocturnos y el terror del agua, aquella que se juntaba en un balde o en una bañera porque le revivía los numerosos *submarinos* a los cuales había sido sometido. Tenía aproximadamente treinta años y se encontró solo, sin una familia, una casa y un trabajo. Un hombre al cual le habían destruido la dignidad, mortificándole el alma día tras día y masacrándole el cuerpo ya insensible al dolor por las constantes golpizas sufridas.

Julián era ante todo un padre desesperado que siguió buscando a su hija incluso después de la triste llamada telefónica que recibió Sara el 18 de enero del '81. La voz anónima de una sobreviviente le informó que la hija de la detenida 314, la identificación de Alejandra Nariani en la ESMA, había muerto por enfermedad en el sótano.

Exilió porque tenía miedo. Todos los sobrevivientes tenían miedo. Lo confesó en una nota que dejó una mañana en el buzón de correos: *“Nunca habría elegido irme de aquí, pero estoy forzado a hacerlo. Siento que ya no pertenezco más a esta tierra”*.

- Tu padre se fue a Francia, dejando a la Argentina todavía bajo la dictadura. Desde aquel día regresó dos veces, la primera en el '84, algunos meses después del comienzo de la democracia, la segunda en el '87 cuando dejó la muestra de sangre en el hospital Durand.

Se había hecho tarde, y la confitería comenzó a llenarse de gente.

- ¿Querés otro alfajor? ¿Por qué no probas el blanco?

Paula ni siquiera respondió. Estaba pensando en las

últimas palabras de su abuela, en la historia de un hombre solo que huía, humillado por el miedo, para ir quién sabe dónde.

Sara le hizo una seña al muchacho de la barra para que le lleve la cuenta.

Ahora Paula se había puesto en la cabeza una cosa, había pensado toda la noche en una solución y a la mañana siguiente, en el giro de pocas horas, organizó todo. Habló primero con su abuela, luego le pidió a Laura si la acompañaba y por último, durante el recreo, llamó a María por teléfono.

- Sí, entendiste bien. Agarrá las llaves de la casa del mar y a las seis en punto bajá y esperá en la puerta. Inventate una excusa con mi madre, que pasará Laura a buscar las llaves.

- ¿Estás segura de estar haciendo lo correcto?

- ¡Sí! No te preocupes, vas a ver que no se dará cuenta de nada. Pasado mañana las pondrás en su lugar.

Algo irrenunciable se había puesto en marcha en la mente de Paula para empujarla a tomar una iniciativa, arriesgada al menos, en la cual además de Laura y María, había arrastrado también a su abuela. Irían y regresarían con su auto en el mismo día.

Desde cuando Laura le había hecho aquella pregunta de modo inesperado acerca de la veracidad del embarazo de

Cristina, Paula estaba obsesionada por la duda y había decidido indagar. Iría a mirar con mayor atención las fotos de su madre con la panza y revolvería mejor aquella valija escondida en el altillo. Quería descubrir algo más sobre su vida antes de la llegada de Julián Guevall.

Sara se quedó sorprendida por el insólito plan, pero igualmente aceptó acompañarla. Era el primer pedido de ayuda que Paula hacía para descubrir la verdad sobre su pasado y ofrecerle su apoyo significaba darle confianza, compartir su ansiedad, sus temores y hacerle entender que no estaba sola, sobre todo después de aquella tarde que pasaron juntas en la confitería.

Salieron muy temprano y tardaron cuatro horas en llegar a Mar del Plata. A pesar de que era invierno y la zona poco habitada, Sara estacionó a una cuadra de distancia para no llamar la atención. Prefirió esperar afuera y no entrar en la casa donde habían hecho crecer de modo impropio a su nieta. Hacía frío, el aire de la costa soplaba sobre las casas que en su mayor parte estaban deshabitadas en aquel período. Si no hubiese sido por el leve movimiento de los Palos borrachos, la *Avenida Martínez de Hoz* parecía inmortalada en una postal.

Las dos chicas se encaminaron a paso veloz; Sara las siguió con la mirada, hasta el portón, luego permaneció dentro del auto en compañía de sus pensamientos.

En el interior de la casa había olor a encierro, las persianas estaban completamente bajas y los muebles estaban cubiertos por sábanas que María había puesto para protegerlos del polvo. No parecía la casa luminosa y colorida de un tiempo, se respiraba un aire triste, de

abandono.

Paula arrastró la enorme valija desde altillo y la depositó en el piso en el centro de la habitación. La observaba con aire preocupado, luego giró la mirada hacia Laura como para obtener su aprobación para abrirla. Ella respondió haciendo un gesto con la cabeza y eso bastó para demostrar su amistad incondicional y su apoyo para seguir adelante. Solo entonces Paula encontró el coraje de “buscarse” entre los indicios confusos del pasado de su madre. Abrió la valija con un gesto incierto de las manos y advirtió en todo el cuerpo el ruido metálico de los cierres bastante oxidados.

Se lanzó con la mirada entre las chucherías, buscando la prueba contundente que habría alejado cualquier sospecha sobre el embarazo de su madre. Sacó la bolsa con el vestido, la bolsita con los escaarpines rosa, las ropas de recién nacido y algunos libros. Debajo, escondido en un rinconcito reconoció el sobre de papel con las polaroid. Sacó una y antes de mostrársela a Laura, la miró rápidamente para asegurarse que era de verdad su madre. Finalmente dio un suspiro de alivio.

- ¿La reconocés? Salvo el peinado, no cambió mucho. ¿Me creés ahora?

Laura tomó la foto en sus manos, la observó pero no respondió. Se acercó a la valija como atraída por otra cosa completamente distinta.

Paula se alejó y comenzó a dar vueltas por las habitaciones, convencida de haber puesto en las manos de su amiga una prueba irrefutable y de haber encontrado así la respuesta a la duda que la asilaba. Pasaron algunos

minutos, hasta que Laura la llamó en voz alta.

Cuando se dio vuelta se encontró delante de una escena desconcertante: su amiga estaba sentada sobre el reposabrazos del sillón, en una posición idéntica a aquella que tenía Cristina en la foto. Tenía puesto su mismo vestido, con los diseños en fantasía y tenía la misma panza enorme. También ella parecía al final del período de gestación.

Verla en aquel estado la hizo consciente del macabro descubrimiento.

- ¡Nooooo!

Paula se llevó las manos a la cara. Ya estaba todo claro.

- ¡Calmate!

- ¡No es posible!

- Pero es así.

Laura se levantó el vestido para mostrarle el almohadón que tenía atado a la cintura con una cinta de raso.

- ¡Así es como se presentó tu madre al hospital en el noveno mes de embarazo!

El vestido, las fotos, el parto, era toda una farsa tramada en los más mínimos detalles. La presencia de Carmen y de alguien más que había sacado las fotos, confirmaba el triste y oscuro escenario expuesto por la juez: una organización que robaba niños en la cual Cristina Olmi era una de las tantas destinatarias del botín.

- ¡Y no termina aquí! Mirá que otras cosas encontré.

Laura sacó una tarjeta sujeta a una foto y leyó el contenido en voz alta:

Ana Martínez
tel. 491-1060 6 de diciembre – 9:00 hs.
Hospital Militar

La fotografía estaba rasgada a la mitad y retrataba a una recién nacida. Se veían solo los brazos de quien la sostenía, el bordado en los puños de la camisa dejaba intuir que se trataba de una mujer.

- ¡Mierda! ¡Mostrame... esa soy yo!

Dijo Paula tomándola en sus manos.

- ¿Estás segura?

- ¡Claro! Es una de las fotos que vi en el despacho de la juez.

Hubo una pausa de silencio. Al descubrir la enésima prueba del engaño Paula sintió una profunda preocupación.

- Lo lamento tanto.

Le dijo Laura, abrazándola después de haberse sacado el innoble disfraz.

Llevaron la valija al altillo jurando no volver jamás a poner un pie en aquella casa y salieron inmediatamente.

Cuando entró al auto Paula temblaba como una hoja y al verla en aquel estado Sara se arrepintió de no haberla acompañado. Tiró la foto sobre el tablero del auto, apoyó la cabeza sobre el hombro de su abuela y finalmente desahogó su angustia con un llanto de liberación.

- Soy una estúpida, ¿cómo hice para no darme cuenta en todos estos años?

- ¿Cómo habrías hecho? ¡Ningún hijo tendría una duda por el estilo!

Sara le secó las lágrimas con la mano, luego miró la foto sin asombrarse demasiado.

En la fase de investigación Dolores le había explicado que, en algunos casos, quien robaba los niños, ofrecía también la posibilidad de elegir incluso el sexo. Era un privilegio que se concedía a las familias más poderosas dispuestas a pagar un precio extra.

- Alejandra tenía una copia de esa foto en la billetera, le gustaba tanto y se había hecho imprimir una a propósito. Alguien debe habérsela sacado el día de su secuestro y se la entregaron a Cristina para mostrarle como era, o quizás para asegurarle la entrega.

- ¿Y la otra parte de la foto donde quedó?

- Se habrá perdido en el *sótano* o en el *pañol* de la ESMA.

Eran las tres de la tarde y decidieron partir para Buenos Aires dejando atrás una llovizna ligera, casi quieta, era como una atmósfera irreal. La misma que Paula percibió cuando vio la casa de Enrique por la ventanilla, antes de tomar la autopista.

Le costó reconocerla. Estaba abandonada, la puerta y las ventanas estaban cerradas y el jardín parecía descuidado desde hacía bastante tiempo. Por un segundo recordó los paseos al faro durante aquellas vacaciones despreocupadas, pero luego la incredulidad y el dolor por aquello que había descubierto recientemente prevaleció.

Sus pensamientos ahora estaban dirigidos a la decisión de dilucidar las zonas sombrías de su pasado.

¿Cómo había podido vivir todos aquellos años en semejante engaño? ¿Y por qué tanta maldad?

Laura dormía recostada sobre el asiento posterior, ella tenía la cabeza apoyada en la ventanilla y miraba con ojos vacíos el mar al horizonte tratando de recordar los momentos vividos con Cristina. Eran escasos y menos aún aquellos serenos. Además de los miles reproches y las continuas escenas que le hacía sin motivo, de ella recordaba bastante poco. Si no hubiese sido por la compañía de María y por las fábulas de *Greta Luz* que le contaba a la noche antes de dormirse, no habría tenido modo de vivir su mundo de niña.

Durante aquel viaje de regreso, por primera vez, Paula tuvo la certeza de no ser hija de Cristina Olmi.

L'espoir fait vivre

Faltaba una hora para finalizar el turno noche y Denise, la enfermera más joven del sector de cirugía, ya estaba lista para darle el cambio a su colega. Así procedía desde hacía un mes aproximadamente y en el hospital corría la voz que aquella disponibilidad suya se debía al temor de que no la volvieran a contratar. Trabajaba en el *Cochin* con un contrato de duración determinada que la administración del personal debía renovarle antes de finalizado el verano.

Doré, la jefa de sala, que la conocía en profundidad, sabía bien cuál era el verdadero motivo.

La joven enfermera se había encariñado terriblemente con el paciente de la cama número 9 y hacía de todo para dedicarle la mayor cantidad de tiempo posible.

Los médicos habían decidido darle de alta el 25 de junio, un jueves.

- ¡Hoy tu profesor argentino nos despide!

Le dijo Doré al encontrarla en la enfermería de la sección. Ella no respondió, se prendió el último botón de la bata, acomodó la cartera en el armario y comenzó a preparar el carrito de las visitas. El doctor llegaría de un momento a otro.

- Sí, nos deja. Regresa a Buenos Aires.

- ¿Cómo es posible? ¿Se cansó de París?

- No es por eso. El señor Guevall adora París, pero algo más importante lo está esperando.

- ¿Estás diciendo de verdad? ¡París es París! ¿Qué hay en Buenos Aires tan importante que no se pueda encontrar también aquí?

- ¡Su hija!

Doré no respondió, no hizo a tiempo. Una vaharada de calor le incendió las mejillas.

- No sabía que tenía una hija allá.

- Es una historia complicada...

Denise se había enterado de eso durante aquellos treintiseis días de asistencia al paciente. Un tiempo más que suficiente para instaurar un relación de confianza, en la cual fue él mismo quien le contó de Alejandra, de su desaparición y de Mirta, que creyeron muerta todos esos años y luego fue encontrada milagrosamente, justo cuando él estaba tan lejos. Ella estaba de turno cuando Julián recibió la maravillosa noticia desde Buenos Aires.

- Recuerdo el día de la operación, estaba tan pálido cuando salió de la sala operatoria.

- ¡Cierto! Se salvó de milagro, corrió tanto peligro con aquella peritonitis. De todos modos también es mérito tuyo si se recuperó en tan poco tiempo. Fuiste muy capaz, lo asististe con profesionalidad.

A pesar de tener poca experiencia, por ser tan joven, Denise sabía tratar con los enfermos. Además de seguirlos desde el punto de vista clínico, era muy escrupulosa y atenta a la condición psicológica de los mismos. La suya era una vocación como la de su abuela, enfermera en los tiempos de la gran guerra. Con ella había aprendido la

importancia de saber escuchar la emoción de los enfermos para atenuar sus sufrimientos y para no hacerlos sentir jamás abandonados. Y Julián en París estaba terriblemente solo.

- Hice lo que pude para ayudarlo a no sufrir la soledad.

- ¿Soledad? ¡Pero si siempre había alguien en su habitación! Todos aquellos jóvenes de la universidad, la vecina de casa y también aquel amigo suyo.

- No me refiero a ese tipo de soledad. Sé que en el horario de visita era un ir y venir de estudiantes, pero sentirse solo es una condición interior y no depende del número de personas que tenés alrededor.

Denise conocía el sufrimiento de Julián al encontrarse sin una familia, abandonado y huérfano de su propia patria.

Era la hora de la inyección y se encaminó por el pasillo. Lo recorrió hasta el final, su habitación era una de las últimas, la más apartada y daba sobre la *rue du Faubourg Saint-Jacques*, frente a la facultad de medicina. La calle estaba iluminada por las luces difusas de la noche y casi todos los pacientes todavía estaban durmiendo. El viejito de la cama cinco roncaba plácidamente.

Denise entró sin hacer ruido, preparó la jeringa y esperó que Julián saliera del baño. Aquella era la última inyección que le aplicaban después de haberle pinchado por más de un mes el trasero como un colador.

Se presentó recién afeitado con los bigotes cortos y un aspecto más juvenil.

- Buen día señor Guevall. ¡Esta es la última de verdad! Recuéstese que ya estamos atrasados.

- No se preocupe Denise, hoy yo también tengo prisa.
Sonrió de la emoción pensando en su niña.

- Estoy feliz por usted. ¿Ya compró el pasaje aéreo?
Sí, partiré el sábado.

Mientras tanto Julián se había bajado el pantalón del pijama ofreciendo tímidamente un espacio apenas suficiente para introducir la aguja. Sintió la sensación fresca del algodón empapado de alcohol y cerró los ojos, como un niño, pensando de atenuar así el dolor.

Una fracción de segundo. Denise no hizo a tiempo de decirle que había terminado que él la anticipó con un movimiento rápido levantándose los pantalones hasta la mitad de la espalda.

Daba ternura verlo tan incómodo. A pesar de la sensibilidad y la absoluta discreción de Denise, Julián no logró superar la incomodidad de encontrarse desnudo frente a aquella joven enfermera que, por haberlo asistido un mes entero, conocía cada centímetro de su cuerpo.

Cada vez que Denise tenía que medicarle la herida de la operación o aplicarle la inyección habitual, él no podía sostener la mirada por la vergüenza.

Era culpa de los recuerdos de las humillaciones sufridas cuando, junto a otros detenidos, los desnudaban sistemáticamente y los entregaban como comida a los torturadores despiadados, capaces de cubrir con sus risas vulgares cualquier súplica.

Con algunos miedos que nunca pudo alejar completamente, Julián Guevall estaba a punto de regresar definitivamente a Buenos Aires, que recordaba como la ciudad invisible, donde la angustia de la muerte se

asomaba en cada esquina.

- Había perdido casi completamente la esperanza de poder volver a abrazar a mi hija.

Le dijo conmovido a Denise mientras ponía las últimas cosas en la valija.

- Profesor, la esperanza nunca muere, la llevamos dentro. Y aunque a veces parezca un engaño nos sirve para seguir adelante.

- Santas palabras Denise, santas palabras.

Mientras tanto entró el doctor con la jefa de sala para realizar el último control. Ricardo, su amigo, ya estaba afuera esperando para acompañarlo a casa.

Julián saludó a Denise y se encaminó rápidamente hacia la salida del sector. Antes de traspasar la puerta se dio vuelta por última vez.

- ¡Gracias Denise!

Dijo a viva voz.

El malestar que había sentido Paula en la casa de Mar del Plata le había hecho tomar coraje para seguir adelante y descubrir la verdad. Aquel viernes renunció a la visita de Cristina para encontrarse con Patricia Serrano, la ex compañera de celda de su madre. El testimonio de la mujer que había vivido con Alejandra hasta el momento de su *desaparición* la ayudaría a saber algo más sobre los últimos días de prisión.

En realidad Paula conocía bastante acerca de la Escuela de Mecánica de la Armada. Sara le había contado aquello que sucedía allí adentro y como funcionaba el mecanismo perverso puesto en marcha por los militares para “trasladar”, en modo sistemático a los subversivos.

Patricia Serrano era una de las víctimas de la represión que, con sus dolorosos testimonios hechos después de la dictadura, provocaron un shock en toda la Argentina. A distancia de tantos años el reconocimiento casual del torturador de la *capucha* era su gran aporte para desenmascarar a los responsables de aquellos horrendos crímenes.

Paula encontró el número de teléfono de Patricia en una agendita de bolsillo en la cartera de su abuela y la llamó sin decir nada a nadie.

- Soy... Mirta, Mirta Guevall. Quisiera hablarle.

Por primera vez Paula se presentó con su verdadero nombre. Aunque lo utilizó para hacerse reconocer por Patricia lo pronunció en modo instintivo, natural como si lo sintiera suyo de verdad. Patricia no se sorprendió demasiado, parecía que estuviese esperando su llamada telefónica de un momento a otro y decidió encontrarse con ella. Se vieron a la salida del colegio y hablaron todo el tiempo sentadas en el auto.

A pesar de que era doloroso evocar una vez más aquellos recuerdos, aceptó hacerlo con una fuerza extraordinaria para no dejar dudas de ningún tipo a aquella chica que estaba finalmente aclarando sus orígenes.

- ¡Dios mío, que bella sos! Siempre traté de imaginarme

como eras.

La abrazó conmovida, era la primera vez que le veía el rostro. Hasta entonces solo la había escuchado llorar durante aquellos pocos minutos que le permitieron a Alejandra la posibilidad de tenerla en brazos.

El suyo, era un llanto despavorido, como aquel de todos los niños que se encontraban allí, en el infierno, obligados desde pequeños a sentir el horror de los gritos de sus propios padres torturados y a respirar el olor ácido del desinfectante mezclado con el vómito que provenía del *sótano*.

- Hábleme de ella, le ruego.

Patricia no sabía por donde comenzar, hablar de su madre significaba hablar de las torturas, de los sufrimientos que se respiraban en aquel edificio de tres pisos y de los traslados que organizaban una vez por semana.

- Cuando trajeron a tu madre a la ESMA yo ya estaba ahí desde hacía unos días, no sabría decir cuantos. Es imposible mantener la cuenta del tiempo cuando permanecés encapuchado de la mañana a la noche.

- ¿Y yo dónde estaba? Mi abuela me contó que nos secuestraron juntas en un furgón negro.

- Junto a los demás niños. Al final del interrogatorio le permitieron estar contigo algunos minutos, luego te arrebataron de los brazos de ella enseguida con un gesto cruel, el peor que se le pueda hacer a una madre.

Patricia cerró los ojos como para borrar de la mente la imagen de aquel momento que logró a entrever a escondidas por debajo de la venda. Sus manos apretaron

con fuerza el volante del auto, hizo un suspiro y continuó a recordar.

- Eran dos, la insultaban y reían como cerdos. Te apoyaron sobre su seno pero ella ni siquiera tuvo la fuerza para poder abrazarte, solo logro acariciarte la mano.

- Supliqué que la dejen en paz, pero no hice a tiempo de decir una palabra que me lincharon a patadas y golpes.

“¡Vamos... la perrita es nuestra!”

Dijo uno de los dos mientras siguieron riendo hasta el final del pasillo. Entonces en ese momento Alejandra me dijo tu nombre.

- Se llama Mirta Guevall, ayudame te suplico...

- Le di coraje. Aquella fue la primera vez que la vi. La habían interrogado recientemente en el consultorio del sótano.

- ¿Interrogado o torturado?

Patricia dudó un instante antes de responder, no quería pronunciar aquella palabra, ni tocar demasiado el tema de las violaciones sufridas. Hizo solo una seña con la cabeza, sin agregar nada más y a Paula le bastó aquella respuesta para entender. Pero todavía había mucho más para contar sobre los detalles de como había quedado su madre cuando la tiraron sobre el colchón casi sin conocimiento, estuprada a turnos por los dos guardias y torturada con la *picana* eléctrica en los pezones y en la vagina.

Su mente limpia nunca habría podido imaginar tanta crueldad. Eran los espeluznantes métodos de tormento efectuados en la ESMA que Patricia había tenido el coraje de informar en la declaración a la juez Duarte.

A Alejandra y a otras mujeres secuestradas junto a sus

propios hijos, les robaron los niños como botín de guerra. La misma suerte les tocaba a las jóvenes que en el momento del secuestro estaban embarazadas. Ellas eran mantenidas con vida hasta el día del parto y luego las tiraban a las aguas del océano.

Paula bajó del auto y se alejó algunos metros. Necesitaba respirar profundamente para eliminar la opresión que sentía en la boca del estómago. Patricia se encendió un cigarrillo y la alcanzó. Comenzaron a caminar por el pequeño jardín de la Plaza Antonio Malaver.

- Lamento haberte provocado todo esto. Vamos, te acompaño a tu casa.

Paula estaba desconcertada. La idea de ser una niña negada a su propia madre la aterrorizaba y al mismo tiempo le daba la fuerza para afrontar cualquier otro tema.

- ¿Qué sintió cuando lo volvió a ver?

- ¿A quién volví a ver?

- Al torturador. ¿Cómo hizo para reconocerlo después de tantos años?

Patricia tiró el cigarrillo al piso haciéndolo rodar con el pie hasta la rejilla de la alcantarilla.

- Ciertos ojos nunca se olvidan. Lo miré a la cara solo una vez cuando nos sacaron la venda y eso me bastó para encontrarlo en mis recurrentes pesadillas.

- ¿Es verdad que lo reconoció por la foto de una revista?

- Sí. Y cuando lo vi casi vomito del miedo.

- ¿Y luego?

- Me presenté ante las *abuelas* y en la comisaría para

presentar la denuncia. Entre las declaraciones de los sobrevivientes de la ESMA su nombre aparecía varias veces.

- ¿Cómo se llama?

- *El Rengo*. Así se lo conocía por su extraño modo de andar.

Paula no se conformó con aquella respuesta, quería conocer el nombre verdadero del torturador de su madre y no el sobrenombre que le habían puesto. Patricia, que tenía todavía en la mente el ruido irregular de sus pasos, no escuchó su pedido y se alejó inmersa en sus propios pensamientos para tomar algo de la cartera que había dejado en el auto.

Volvió con una revista enrollada debajo del brazo y continuó a contar como si tuviese temor de hojearla una vez más.

- Era el más despiadado, todos le temían. Se encargaba personalmente de los detenidos que no querían colaborar. Era un experto en hacerlos cantar. Una vez escuché a los guardias apostar que conseguiría hacer hablar a un *montonero* en las primeras dos horas de interrogatorio.

- ¿Torturó también a mi madre?

- Sí.

- ¿Cuántas veces?

- Dos...creo.

Patricia hizo de cuenta que no recordaba. También esta vez logró evitar decirle que su madre fue martirizada todo el tiempo, hasta que un día su número apareció en una lista junto al de otras treinta y cinco personas y se la llevaron encapuchada con las cadenas en los pies. Estaba

en fila en un pasillo estrecho y poco iluminado que conducía hasta la enfermería donde la “vacunaron”. Aquella fue la última vez que la vi y no supe más nada de ella.

Cuando Patricia le mostró donde había visto la foto del *Rengo*, Paula abrió grandes los ojos. Reconoció la tapa de *Siete notas*, la revista del Instituto.

- ¿Qué hace con esa revista?

Preguntó sorprendida al verla en sus manos.

- ¿La conocés?

- Claro. Es la revista de mi colegio y ese es el número dedicado al concierto del primer año.

Se la sacó de las manos y comenzó a hojearla hasta llegar a las páginas de las fotos-recuerdo de la velada.

- Aquí puede ver, esta soy yo.

Dijo señalando una foto que la retrataba sentada al piano. No se reconocía bien, tenía el cabello corto y parecía más delgada.

Patricia no sabía que estaba también ella entre aquellas fotos y por un segundo la idea de verla cerca de aquel ser repugnante que había torturado a su madre le provocó un impulso de rabia. Mareada continuó a mostrarle lo que le había prometido.

- También *el Rengo* está en esta página.

- ¿Dónde? ¡Muéstrémelo!

Patricia indicó la foto sin siquiera mirarla. En el encuadre de la sala del teatro aparecía, en la primera fila, la figura de un hombre robusto, calvo, con mirada sombría y un bastón de madera apoyado en el reposabrazos del asiento.

- ¡Este es él!

Paula sintió una fuerte congoja y se quedó sin aliento por unos instantes. No podía ser real. Aquel hombre que ella conocía tan bien no podía estar manchado por ese tipo de atrocidades.

- ¿Está segura? ¿Es él? ¡Mírelo bien!

Preguntó Paula con tono agitado.

- No tengo dudas. Cómo podría olvidarlo después de lo que me hizo.

- Pero es Alberto Rossetti, el papá de Enrique.

- ¡Para mí es solo *el Rengo!*

Para festejar la partida de su amigo más querido, Ricardo pensó en organizar una cena de despedida en su restaurante junto a todas aquellas personas que habían tenido la suerte de conocerlo. Estaban sus amigos de la asociación Argentina, algunos estudiantes de la universidad y la señora Chantal, afectuosa y atenta vecina de casa.

Para él fue una gran sorpresa. Cuando Ricardo lo llamó por teléfono, pidiéndole con una excusa que pasara por el restaurante, no imaginaba de encontrar detrás de la persiana medio baja el enorme banquete preparado en su honor con toda aquella gente que lo esperaba.

El hallazgo de su hija era un evento importante. A pesar de sentirse triste por la idea de la despedida, Ricardo no

podía más que compartir su gran alegría.

- Al menos vos tuviste la oportunidad de dejar de lado el oficio de sobreviviente y recomenzar a vivir con un objetivo por el cual vale la pena continuar.

Dijo la mañana que lo acompañó a su casa desde el hospital.

Julián y Ricardo compartían un gran departamento abuhardillado en un viejo edificio de *Avenue Emile Zola* en la zona central de París. Vivían juntos desde cuando se conocieron en la asociación, poco después de llegar a Francia.

Julián todavía no enseñaba y para llegar a fin de mes, decidió trabajar junto a Ricardo como ayudante. Él, en cambio, ya era un experto *asador* y en el transcurso de algunos años, para la delicia de los franceses, abrió su propio restaurante, *parrilla al carbón y especialidades argentinas*.

Entre los miembros de la asociación de los exiliados estaban también aquellos que, como ellos, habían sobrevivido a los campos de reclusión. Tenían en común una vida difícil en un país extranjero y los recuerdos tristes de algún hermano o pariente desaparecido para llorar a la noche antes de dormir.

Le sucedía lo mismo a Ricardo. El recuerdo dramático de la hermana, que se llevaron los militares en el restaurante de familia, no cesaba de atormentar sus noches. Él también era el ejemplo de una de las más grandes paradojas de la dictadura. Jamás se había interesado por la política, pasaba los días asando carne a la parrilla y cortejando a toda mujer que se le cruzaba. Una

vez le confesó a Julián que ni siquiera sabía quienes eran los *montoneros* o los guerrilleros del ERP.

El día que lo secuestraron se encontraba casualmente en la casa de su vecina, una estudiante universitaria demasiado exuberante, que los militares habían venido a llevarse. Se lo llevaron también a él, desconocedor de lo que estaba sucediendo.

Cuando lo torturaron los únicos nombres que pudieron sacarle fueron los de dos prostitutas que, claramente, con el terrorismo tenían poco que ver. Hasta creyó que había sido secuestrado por haber seducido, algunos meses antes, a la mujer de un sargento del ejército. Lo admitió entre una inmersión y la otra del *submarino*, provocando las risas entre los mismos torturadores.

A pesar de haber declarado su completa ajenidad a los hechos en todos los interrogatorios, los militares tardaron 21 meses para creer en sus palabras. Lo abandonaron, aturdido por la golpiza, a comienzos del 1981 delante de la estación de *Retiro*.

Aquella cena era el saludo de Julián a sus amigos y la despedida a París, a sus mercaditos, a los locales de música jazz, a las noches estrelladas y a la torre Eiffel.

A final de la noche Julián y Ricardo, se encontraron solos delante de una botella de Margaux del '88 recordando el pasado de ambos e imaginando el futuro.

Comenzó a amanecer cuando Ricardo apagó las luces del restaurante y bajó completamente la persiana.

- *Professeur Julián...* si no nos apuramos perderás el avión.

Dos horas después Julián abandonó París.

La promesa del *Rengo*

Paula regresó a casa con casi dos horas de atraso y encontró a su abuela notablemente preocupada. Estaba sentada cerca del teléfono, con el número de la doctora Duarte en sus manos. Si no hubiese vuelto dentro de cinco minutos habría llamado a la juez para decirle que su nieta no había regresado de la casa de Cristina.

La ansiedad de Sara se debía al comportamiento imprevisible de aquella mujer y el solo pensamiento que pudiese hacer alguna acción desconsiderada la hacía estar mal. No confiaba para nada en ella y cada vez que Paula iba a visitarla, temblaba del temor que le pudiese suceder algo.

- Perdoname abuela, tenía algo que hacer.

- ¡Nos hiciste llevar un gran susto! ¡Podías avisar que te ibas a quedar toda la tarde en lo de la señora Cristina!

- No estuve en la casa de ella. Me encontré con Patricia Serrano.

Se hizo una pausa de silencio. Una expresión de asombro apareció en el rostro de Sara.

- ¿Patricia Serrano?

- Sí. Nos encontramos delante del colegio.

- ... ¿y cómo hiciste para localizarla?

- Encontré el número en tu cartera.

Sara no la retó por haber hurgado entre sus cosas. Si

Paula había llegado a tanto, significaba que los tiempos estaban ya maduros para querer aclarar los aspectos oscuros de su vida pasada y para dejar de vivir en la mentira.

La cena estaba lista desde hacía rato y Sara comenzó a servir la sopa en los platos. Domenico dejó de fumar la pipa y se sentó a la mesa. Paula no tenía apetito, estaba turbada por las noticias que había recibido en la tarde. Y ahora deseaba hablar de ello con su abuela.

- ¿Vos lo sabías?

- ¿Qué cosa?

- De Alberto Rossetti

- Sí.

- ¿Y por qué no me lo dijiste?

Preguntó casi irritada.

Sara apoyó la sopera sobre la mesa y se acercó a ella para calmar su impetuosidad.

- Porque siempre te dejé decidir a vos cuales temas tocar. ¿No fue así cuando me pediste que te hable de tu padre? ¿O cuando quisiste saber lo que sucedía en la ESMA?

Paula no respondió, su abuela tenía razón.

- Sucede que no me parece posible que Alberto Rossetti...

- Te parecerá absurdo pero es así, créeme. Alberto Rossetti fue reconocido como *el Rengo* por varios testigos.

- Sí, pero... parece una persona normal.

- ¡Es justamente éste el punto! Recordá que los torturadores del pasado, actualmente son personas insospechables y llevan una vida aparentemente normal.

Intervino también Domenico en la conversación, movido por un impulso incontrolable. Él había seguido los procesos y había mirado a la cara a muchos de ellos. Sabía que andaban libres por la ciudad, mimetizándose entre la gente.

El Rengo era uno de ellos. El insospechable señor anciano, bien vestido, en compañía de su inseparable bastón, en el pasado había sido el Capitán de una *task force* de la Marina que operaba entre la base de Mar del Plata y la ESMA.

- Es un sádico, sin corazón. Uno que sentía placer en participar en las sesiones de tortura. Elegía él mismo quién se debía quedar o desaparecer. Así les decía a sus víctimas.

Paula estaba perturbada.

- ¿Y ahora dónde está?

Dijo en voz baja. Domenico hizo una mueca.

- Es lo que se preguntan los familiares de las víctimas, la juez Duarte y todos aquellos que piden justicia.

Ella no tomó al vuelo lo que había dicho Domenico. Fue su abuela quién le reveló el último misterio del *Rengo*.

- Alberto Rossetti desapareció hace un par de meses. Parece que se escapó a Paraguay.

- ¿A Paraguay?

- Evidentemente todavía goza de los contactos influyentes de alguien que pudo garantizarle una protección.

La imagen de la casa abandonada, la línea del teléfono cortada eran los signos evidentes de la fuga repentina de la familia Rossetti, avisada en la fase preliminar de las

investigaciones. *El Rengo* había anticipado a la juez Duarte que llevó adelante el proceso en ausencia del principal responsable de la organización criminal. Fue condenado en contumacia y, en caso de que la policía hubiese confirmado su presencia en Paraguay, la juez habría solicitado inmediatamente la extradición.

Paula sacudió la cabeza y por un instante cerró los ojos como para mirar mejor dentro de los recuerdos de cuando lo veía sentado en el bar del balneario de “Punta Mogotes”. Recordó las palabras que le solía decir, agitando en broma su bastón.

- ¡No defraudes a tu madre!

Él había usado, algunos años antes, aquel bastón realmente, y sin piedad sobre el cuerpo de su madre, la verdadera.

La visita a lo de Cristina se postergó al día después, el sábado 27 de junio. Paula sintió que esta vez sería más breve que de costumbre. Salió de casa mientras sus abuelos estaban organizando los últimos preparativos para la llegada de Julián, que mientras tanto estaba en vuelo desde París. El avión aterrizaría en el aeropuerto Pistarini a las 13:30.

Cuando Paula entró al patio del edificio, Pepito corrió a su encuentro moviendo la cola de alegría. Lo acarició como siempre, luego se detuvo a saludar al portero que estaba

ocupado en repartir el correo de los condóminos. Sintió una sensación de nostalgia y permaneció allí algunos minutos, saboreando, como si fuese la última vez, aquel lugar que para ella era tan familiar.

Decidió subir por las escaleras a pie y pisar todas las alfombritas que se encontraban en el descanso de cada piso como cuando lo hacía jugando de pequeña. Repitió en su mente los apellidos del timbre de cada casa e hizo una pequeña marca sobre la puerta de la señora Vásquez para vengarse de los retos recibidos cuando jugaba en el jardín.

María abrió la puerta incluso antes de que ella tocara el timbre y le hizo una seña de no hacer ruido, Cristina todavía estaba durmiendo. Ya se había vuelto esclava de los tranquilizantes y su organismo no respetaba más el ritmo regular del sueño. Por la noche se dormía con las pastillas y al despertarse le costaba mucho trabajo levantarse. Desde hacía unos días había dejado también de ir a la oficina.

A diferencia de las otras veces, María percibió en las palabras de Paula una fuerza nunca vista antes. Se dio cuenta hablando con ella, en la cocina, mientras tomaban una taza de café con leche. Ya era consciente de su nueva identidad y bastaba mirarla a los ojos para darse cuenta de ello.

- ¿Entendiste María lo importante que fue para mí poder ir de nuevo a revisar aquella valija? Tengo que agradecerte por haberme ayudado.

- ¿Descubriste algo?

- Sí. Recién ahora estoy viviendo con mi verdadera familia. Pensá, en pocas horas voy a conocer también a mi

padre.

Los ojos de María se llenaron de lágrimas, sin que ella misma estuviese convencida del verdadero motivo. ¿Estaba llorando de alegría por saber que vería a su padre o eran lágrimas de amargura por el vacío que había dejado en aquella casa?

Se abrazaron y con aquel gesto, más importante que cualquier palabra, pudieron compartir sus propias emociones.

- ¿Estás bien con ellos?

- Sí. Son atentos conmigo y me tranquilizan. ¿Por qué no venís a visitarme alguna vez? Quisiera que vos los conozcas, les hablé mucho de vos.

- Seguramente iré, tengo ganas de conocerlos.

- Aunque en un cierto modo ya lo hiciste. Mi abuela es aquella señora que hemos visto varias veces en la puerta de casa y... ¿te acordás la voz misteriosa al teléfono tiempo atrás?

María volvió a pensar por un instante a esa llamada telefónica, a la agitación de aquella tarde y a la expresión en la cara de Cristina.

- Claro que recuerdo, Cristina estaba aterrorizada.

- Era mi abuelo en un momento de debilidad, quería hacerme saber que mi padre estaba vivo. Ellos mismos te van a contar como sucedieron las cosas.

Mientras tanto llegó Cristina y la saludó de mala gana. Estaba enojada porque no había tenido noticias suyas últimamente.

Al verla, Paula se preguntó cómo podía vivir en ese estado, haciendo pasar los días uno tras otro sin admitir el

engaño. No se convencía, por su saña, en querer confesar, si lo hubiese hecho quizás ella la hubiera visto con otros ojos.

- ¿Por qué no la terminás y me admitís que no fuiste vos quién me trajo al mundo?

- ¿Estás loca? ¡Te hicieron un lavaje de cerebro y cada vez que venís a visitarme estás peor!

- Lo sé perfectamente como actuaste tu parte. Tal vez estabas distraída disfrutando el regalo que te acababan de entregar y te olvidaste de hacer desaparecer las piezas del engaño.

La frase de Paula la hizo enloquecer y comenzó a gritar. María se alejó dejándolas a solas también esta vez.

- ¡Basta! No te permito hablarme en este tono. ¡Terminala!

Paula estaba decidida en querer obtener su confesión y no se dejó intimidar.

- ¡Me voy a detener solo cuando me digas la verdad!

- Ya te dije como sucedieron las cosas. No te metas también vos, estoy cansada de esta historia. Si le querés creer a esa loca hace como quieras.

- Estás cambiando de tema. La juez no tiene nada que ver. Acá estamos vos y yo ahora y quiero saber la verdad.

Cristina, nerviosa, se encendió un cigarrillo. Era un intento para perder tiempo y buscar una respuesta a la pregunta precisa de Paula. El humo de la primera bocanada le hizo lagrimear los ojos que se secó con la palma de la mano.

- ¡No te permito que vengas a mi casa a hablarme de este modo! No tengo nada más que agregar.

- ... ¿y ésta? ¿Qué me decís de ésta?

Paula tomó coraje y le puso ante sus ojos la foto que había encontrado en la valija. Tenía los latidos del corazón acelerados y le temblaban las piernas por la emoción. Luego, la acosó con otra pregunta.

- ¿Te había gustado lo suficiente? ¿O querías ver otras para elegir la mejor?

Cristina reconoció la foto rasgada y comprendió que había sido desenmascarada por completo. Ni siquiera la juez había sido capaz de obtener detalles semejantes.

- ¡Dame esa foto!

Dijo tratando de arrancársela de las manos. Instintivamente Paula tiró para atrás el brazo evitando que ella se la arrebase.

- ¿De dónde la sacaste?

- Es un souvenir de la ESMA.

- ¡Dame esa foto, hija de puta!

Cristina arremetió contra Paula como una furia y le lanzó una bofetada violentísima descargando toda la rabia que tenía adentro. La empujó tirándola del cabello hasta hacerla caer al suelo.

Acudió María y sólo entonces Cristina soltó la presa desplomándose sobre la mesa. Paula se hallaba en un rincón de la cocina con un charco de sangre que le salía de la boca.

La cachetada recibida por un instante la colocó en la realidad de los años vividos en aquella casa y de repente sintió un fuerte deseo de escapar de allí, de abrir la puerta y no regresar más. El dolor que sintió se había transformado en hastío, alimentado por todas aquellas

sospechas nunca aclaradas.

- No importa, le voy a preguntar al *Rengo*. Él se va a acordar seguramente.

Silencio.

Al escuchar ese nombre Cristina cambió de actitud, como si de repente se hubiese rendido. Su mirada de hielo cayó en el recuerdo de aquella tarde cuando Alberto, de regreso de Buenos Aires, pasó a hacerle una visita. El chofer lo esperó en el auto y él entró unos pocos minutos, el tiempo necesario para darle la noticia.

- *¡Listo Cristina! ¡Es cuestión de días, estate preparada!*

Así le dijo, poniéndole entre las manos la foto de la última niña que había llegado al sótano.

Cristina parecía estar en estado de catalepsia.

- Paula...

La llamó con un tono de voz diferente. Ella hizo un gesto de bronca como para sacarse de encima aquel nombre.

- ¡Me llamo Mirta Guevall!

Gritó con todas sus fuerzas, provocando un eco en la cabeza de Cristina, como si hubiese gritado en medio del cañón de una montaña.

De ese modo no canceló los recuerdos de su pasado, nunca habría podido hacerlo, pero logró desprenderse de ese nombre que ya no le pertenecía.

En aquel momento Cristina salió del letargo que se había apoderado de ella y decidió afrontar por primera vez la cuestión.

- No podíamos tener hijos y decidimos adoptarte, para ello nos ayudó Alberto. Esto es lo que sucedió.

Mirta quería ver hasta que punto habría llegado.

- ¿Por qué nunca me hablaste del tema?

- Habíamos decidido no decirte nada hasta que fueras mayor de edad. ¿Qué sentido tenía decírtelo antes? ¡No sabes lo que tuvimos que hacer para tenerte!

- Yo sé lo que le hicieron a mi madre y a otras inocentes como ella.

- ¿Inocentes? ¿Y las llamas inocentes? ¡Era una banda de terroristas! No es tu culpa si ella también estaba metida hasta el cuello. Se estaba combatiendo una guerra para limpiar al país de los comunistas y tu madre era una de ellos.

- ¿Pero de qué guerra estás hablando? No había ningún ejército a quién combatir, eran todos jóvenes.

- ¡Sos una ingrata! Este es el agradecimiento por haberte salvado. ¡Debimos dejarte donde estabas, en medio a los subversivos!

Cristina hablaba con la misma convicción de quien había vestido el uniforme en aquellos años. Conocía bien lo que sucedía en la ESMA, lo escuchaba a través de lo que contaba el *Rengo*, durante las cenas en la terraza y compartía la estrategia llevada a cabo por los militares para contrastar aquella que ellos mismos llamaban la “guerra sucia”, no convencional. A menudo se las agarraba con Fernando para sostener las teorías de su amigo capitán sobre como acabar con un enemigo peligroso infiltrado en el país. Fernando no la pensaba exactamente como ellos, a pesar de que pertenecía a la clase dominante, consideraba desmedida la acción represiva de los militares.

Mirta se puso de pie para tratar de responder a la enésima provocación, pero lo evitó. Cristina le pareció un ser repulsivo.

- Y no te creas que le entregaban los niños a cualquiera. Fuiste afortunada de habernos encontrado a nosotros, personas confiables, que nunca te hicimos faltar nada. ¿Hubieses preferido vivir como una pobrecita?

Mirta ya no la escuchaba más, sentía repugnancia. Tomó el abrigo, la mochila y salió de la cocina.

- ¡Me dan asco! Hicieron todo esto para satisfacer vuestro egoísmo de tener un hijo a cualquier costo. Deberían avergonzarse. Y esto vale también para él que ya no está.

Sus ojos cayeron sobre la foto de Fernando, que estaba bien a la vista sobre el mueble del pasillo.

- ¡Fernando no tiene nada que ver!

Respondió Cristina.

Sus palabras llegaron directas como proyectiles. Podían decir todo y nada y en la mente de Mirta se desencadenaron miles de pensamientos. Se dio vuelta, sorprendida, preguntándose si aquel era uno de sus miserables intentos para retenerla todavía. Ella le fue al encuentro, tomó la foto de Fernando entre sus manos y se apoyó a la pared. La apretó contra sí con los ojos cerrados, como para abrazarlo. Se dejó caer al piso, deslizándose con la espalda apoyada a la pared.

- ¡Él no estaba! Organicé todo yo.

- ¿Qué significa?

- Debía partir por un largo viaje de trabajo y le hice creer que estaba embarazada. ¡Siempre creyó que vos

eras su hija!

Cristina habló sin dejar de mirar la fotografía de Fernando, como si aquellas palabras pudiesen llegar hasta él. Mirta no respondió, dio media vuelta y se fue dejándola así, bajo la mirada incrédula de María.

Entró al auto perturbada, apoyó la cabeza sobre el asiento y permaneció inmóvil, esperando un gesto de su abuela que la trajese nuevamente a la realidad. Sara la besó sobre la cabeza y con un pañuelo le limpió la mancha de sangre sobre el mentón.

No dijeron ni una palabra hasta llegar a casa. Sólo cuando entraron al jardín Mirta pronunció en voz baja el nombre de su abuelo. Lo vio en el fondo del garaje intentando arreglar una vieja bicicleta.

En aquel momento sintió la sensación de estar al seguro, de sentirse protegida. Era el efecto tranquilizador de la vida que fluía en aquella casa, calma y tranquila como el reflujó de un gran río. Mirta por un instante se olvidó del intercambio tenido con Cristina y se asomó a la puerta del garaje.

- Abuelo, ¿qué estás haciendo?

- Acercate, que quiero mostrarte algo.

Bajó la bicicleta de la mesada, controló una vez más las manivelas de los frenos, le pasó grasa a la cadena y le dio un ajuste al manubrio.

Aquí está, ¡ahora está lista!

Era una *Graziella* que Alejandra había recibido como regalo de cumpleaños para sus trece años. Desde que se había roto, Domenico la había colgado a la pared del garaje y allí había quedado abandonada tantos años. Cada vez que entraba le echaba un ojo, hasta que se decidió a repararla.

- ¿Te gusta? Volvió a estar como nueva.

- ¿De quién es? ¿Puedo dar una vuelta?

Dijo ella, subiéndose.

- Claro que puedes, era de tu madre, la arreglé especialmente para vos. Probala, llegá hasta la esquina y decime como anda.

Mientras tanto, del lado opuesto de la calle, frenó un taxi. Era Julián. Tomó el abrigo, el diario, y se fue acercando a paso lento hasta el portón de entrada. El cerco alrededor de la casa era mucho más alto de como lo recordaba. Por un instante había olvidado que en su época hasta la defensa de la privacidad estaba negada.

Se había quedado plantado en medio a la vereda mirando el portón delante de él. Permaneció así unos segundos pensando que en poco tiempo habría de afrontar la emoción más grande de su vida.

El chofer, mientras tanto, descargó la enorme valija del auto.

- Son 24 pesos incluido el equipaje.

Él no respondió, estaba como hipnotizado. El hombre del taxi repitió el importe del viaje, pero también esta vez Julián se quedó callado.

- Señor, ¿me debe 24 pesos!

Siguió sin responder... El taxista se acercó.

- ¿Se siente bien? ¿Necesita ayuda?

Sólo en ese momento Julián se dio vuelta.

- No, gracias. Nunca me sentí mejor.

Pagó el recorrido y finalmente tocó el timbre. El taxi se marchó.

- ¡Llegó Julián!

La voz de Domenico se sintió más allá del cerco, abrió el portón y se precipitó hacia afuera. Se saludaron con un largo abrazo y palmadas en la espalda.

- Bienvenido muchacho. Que Dios te bendiga.

También Sara se acercó y al volver a verlo después de tantos años, no logró contener un llanto de alegría.

Julián para ellos era como un hijo, lo habían visto crecer junto a Alejandra. Y cuando los dos jóvenes anunciaron la noticia del noviazgo, a toda la familia le pareció una cosa natural.

Transcurrieron algunos minutos hablando y abrazándose varias veces, bajo la mirada de los vecinos de casa y de algunos transeúntes curiosos.

- ¿Y Mirta dónde está?

Preguntó Julián mirando a su alrededor.

- Salió en bicicleta –respondió Domenico- estará por regresar.

- Mirta, Mirtaaa.

Ella no respondió. Había dejado la bicicleta apoyada en un árbol y se había escondido detrás de un auto estacionado. Estaba allí desde que su padre había bajado del taxi. Lo estaba espionando porque era curiosa de ver que tipo era, si se le parecía de verdad tanto y si tenía sus mismos ojos de color verde intenso. Notó los cabellos

ligeramente entrecanos y más cortos respecto a como lo recordaba en las fotos...

Domenico la llamó de nuevo. Julián instintivamente se acercó a la bicicleta y distinguió su espesa cabellera de rizos negros.

- Hola Mirta, ¿qué haces ahí? Levantate.

Le tendió los brazos para ayudarla a levantarse. Ella se sonrojó por la vergüenza. Había imaginado miles de veces la escena del primer encuentro entre ellos, pero no en aquel modo. Luego Julián tomó tiernamente el rostro de Mirta entre sus manos y la besó en la frente.

- Quedate tranquila, ¡ahora estoy yo para cuidarte!

No agregó nada más. A Mirta le bastó aquel gesto para entender que había sido reconocida, justamente como había imaginado su abuela.

Aquella noche a Julián le costó trabajo poder dormir, el pensamiento de su hija en la habitación contigua le provocaba una agradable agitación. Habría querido levantarse, despertarla y seguir hablando con ella; pero no había prisa, ahora tenían todo el tiempo para hacerlo.

Mon père

El regreso a Buenos Aires le hizo descubrir a Julián la necesidad de poner orden en su vida, de contarse minuciosamente y de recuperar el tiempo perdido con su hija. Solo haciéndose reconocer por ella como padre habría dado un sentido a su nuevo camino y habría evitado el riesgo de seguir llevando consigo la marca de sobreviviente, como le había dicho Ricardo.

Su debut en la vida *porteña* fue traumático. Por un lado parecía rehén de un pasado difícil de olvidar, por el otro debió vérselas con una Buenos Aires más dinámica, frenética y sobretodo ocupada en acoger un flujo cada vez mayor de turistas de todas partes del mundo.

La impresión de Julián era aquella de encontrarse frente a una sociedad renovada, aunque si en la mayor cantidad de los casos se trataba de simples retoques de cosas ya existentes. Y en aquella obra de restauración, bajo el estrato de pintura, la amenaza del óxido estaba siempre al acecho.

A pesar del profundo cambio aportado por la democracia, muchas cosas conservaban todavía los antiguos sabores del triste período de la dictadura.

Julián lo corroboró aquella vez que se dirigió a la comisaría para resolver una cuestión burocrática relacionada con el pasaporte. Cuando entró en el despacho

del funcionario encargado, para poner un sello de revalidación, cruzó la mirada con un tipo que ya había visto antes. Al estrecharle la mano, en el momento de la entrega del documento, sintió una extraña sensación.

- ¿Todo en orden Señor Guevall? ¡Bienvenido a la Argentina!

Dijo el oficial de policía con una media sonrisa estampada sobre el rostro. Hablaba debajo de unos largos bigotes amarillentos por el humo del cigarrillo constantemente encendido. Era un señor robusto, con los cabellos grises, grasosos como la piel de la frente, blanca, visiblemente pegajosa.

Julián salió de la comisaría buscando, entre las heridas del alma, un pretexto que lo ayudase a recordar dónde había escuchado antes aquella voz y visto aquellos ojos tan fríos. Se encaminó por la vereda entre la multitud del centro con el pasaporte apretado entre sus manos. De repente lo acometió el recuerdo de cuando una vez, a furia de patadas y empujones, lo llevaron a la habitación número tres, la sala de tortura. Hacía poco que había llegado al Olimpo y, cómo sucedía siempre en los primeros días de detención, los interrogatorios ocurrían más frecuentemente.

Entre dos lo hicieron bajar la escalera. Como muchos detenidos, él también contaba los pasos para tratar de medir el espacio del ambiente dónde se encontraba.

Contaba y rezaba. Diez escalones, luego unos treinta pasos y hacia abajo otra rampa de escaleras. Siempre en la oscuridad, por culpa de la pesada capucha de tela que no se podía sacar nunca.

Lo ataron sobre una mesa fría y lo dejaron así por un rato saboreando la espera de la tortura. El verdugo había apenas terminado de torturar a una detenida y se había concedido una pausa. Los electrodos todavía calientes de la *picana* colgaban desde el carrito de metal. El olor a moho y a piel quemada que flotaban en el aire era difícil de soportar, perforaba las narices y llegaba derecho al cerebro. Cuando el torturador entró en la sala le levantó la capucha para la advertencia de rutina.

- ¡Te conviene decir los nombres de tus compañeros si querés permanecer vivo!

Julián lo miró a la cara un solo instante, el tiempo suficiente para inmortalizar sus ojos hinchados de odio. El reflejo de un fluorescente a contraluz no le permitió ver nada más.

Al recordar aquella escena, una angustia repentina le invadió todo el cuerpo y para no caer se apoyó contra un banco. A pesar de que el aire era fresco, se sacó el sobretodo y se desabrochó el cuello de la camisa para poder respirar mejor. Una vez más en su cabeza retumbaron los gritos de dolor de quien, como él, había sufrido los mismos maltratos.

Los testimonios otorgados por los sobrevivientes para encarcelar a los autores de la sinfonía de muerte que se escuchaba en Argentina a fines de los años setenta, sirvieron para muy poco. Al reencontrar a uno de sus verdugos Julián sintió la sensación de haber sido torturado por enésima vez, y de precipitarse nuevamente en el pantano del cual con esfuerzo cada día trataba de salir.

Y así, después de dieciséis años, también él, como otros tantos exiliados de regreso a su país, pudo corroborar que en las instituciones todavía era posible encontrar algunos representantes del viejo régimen. La mayor parte de los torturadores de más de trescientas prisiones clandestinas andaban libres por las calles de la ciudad.

Si no hubiese sido por su hija, la atmósfera de Buenos Aires le habría vuelto a abrir la herida, que nunca cicatrizó del todo a pesar de los años vividos en París.

En el transcurso de una semana se disipó el pudor inicial entre Julián y Mirta, los dos conversaban bastante y a menudo salían juntos. Julián transcurrió los primeros días procediendo como un faquir sobre una alfombra de clavos, apoyando un pie después del otro, sin perder nunca la concentración para no dar pasos en falso.

Una vez quiso pasar por el Abasto, el barrio donde vivía con Alejandra. Tenía curiosidad de ver la vieja casa, entrar al patio, hablar con alguno de los vecinos.

Le pidió a Mirta que lo acompañara. Encontró tantas cosas cambiadas: en la esquina donde estaba una panadería habían abierto un negocio de música y más adelante, la vieja barbería de Ramón se había transformado en un *delivery* de comida china. Éste también era un signo del cambio.

Julián y Mirta hablaron mucho, en especial una tarde cuando se encontraron solos en casa y ella quiso afrontar una vez más el tema de su madre.

- ¿Cuándo supiste que nos habían secuestrado qué hiciste?

- Le pedí ayuda a un pariente que trabajaba en el

Ministerio. Me dijo que me estaban buscando a mí también y que debía esconderme. De Alejandra nadie sabía nada. Tu abuela intentó pedirle información a un oficial del ejército que vivía en su misma calle, también logró hacerse recibir por un monseñor, pero siempre sin obtener ninguna respuesta. Todos le repetían que debía tener paciencia y rezar. Un tiempo después presentó instancia de *habeas corpus* pero se la rechazaron. En cambio recibía continuas advertencias de los militares, le decían que si interrumpía las investigaciones habría tenido mayores posibilidades de volver a verla.

Julián se quedó escondido en la casa de algunos de sus amigos un par de días, luego decidió pasar por su departamento para buscar algunas cosas. Fue su vecino quien le advirtió de la presencia de unos tipos extraños dentro de un auto verde oscuro, estacionado en la esquina. Estaban allí desde al menos tres días y cada seis horas hacían el cambio entre ellos. Lo sorprendieron de espaldas cuando volvió la segunda vez para controlar si se habían alejado. Lo detuvieron y en unos pocos segundos, se encontró tendido en el fondo de un auto con los ojos vendados y una pistola apuntada sobre la cabeza.

Mirta escuchaba con interés los relatos de su padre sobre los largos períodos de prisión en los distintos centros donde había estado detenido y revivió las ansiedades y la tristeza de quien como él había perdido a la mujer e hijos. Solo entonces logró comprender el por qué de tanto odio hacia la Argentina y la decisión de no querer regresar más.

Luego le preguntó por la historia de amor entre ellos.

Quería conocer mejor a su verdadera mamá y, a través de sus palabras, escuchar su alma.

- Era una joven pura, una idealista como tantos jóvenes de entonces. Tenía la esperanza de un mundo mejor, hecho de justicia y de libertad. Crecimos juntos, nos amamos y sin quererlo nos encontramos en medio de una guerra que no queríamos combatir.

Los diálogos entre ellos no siempre nacían para recordar experiencias dramáticas, a menudo Julián le preguntaba por la música o por el cine. Mirta adoraba el cine y así comenzaron a ir juntos cada tanto, el sábado por la tarde.

Otras veces era ella que se interesaba por la vida de su padre en Francia.

- ¿Qué trabajo hacías en París?

- Enseñaba historia en la universidad.

- ¿Y te gustaba?

- Sí. Sé hacer solo eso. Siempre creí que todos deberían conocer las vicisitudes de su pueblo.

- Lo dice siempre también mi amiga Laura.

- Tenés razón. La historia es de todos y solo conociendo el propio pasado se puede pensar en un futuro mejor.

- ¿Entonces pensás volver a enseñar?

- Tal vez. Pero ahora estoy ocupado con nuestra historia. Debemos repasar dieciséis años de hechos importantes, sobre todo los tuyos.

- ¡Sí, pero un poco a la vez! Yo tengo que estudiar también otras materias.

Sonrieron y continuaron con el paseo.

La pasión de Julián por la enseñanza le había permitido

realizar su trabajo con devoción, seriedad y así obtener un elogio del rector de la facultad de la Sorbona. Durante aquellas pocas semanas en Buenos Aires ya había recibido algunas propuestas de trabajo. Con el inicio del nuevo ciclo lectivo habría de comenzar con la actividad de investigador en la UBA y en el transcurso de unos pocos meses iría a vivir con su hija a una nueva casa en el mismo barrio de los abuelos.

- ¿Cómo es París? ¿Y los franceses? Laura me dijo que son arrogantes, desconfiados y llenos de manías de grandeza.

A Julián le dio por reír, en aquellas pocas palabras Mirta había nombrado solo los estereotipos, los mismos que él tenía cuando puso pie en Francia hacía tantos años. Luego, tardó poco en descubrir que Francia era sobre todo una mina de literatura, historia, música y buen vino.

- *La vertu de la population á aller au delá des apparences !*

- ¿Qué significa?

- *¡La virtud de los pueblos va más allá de las apariencias!* Y vale también para nosotros los argentinos, ¿sabés? Somos famosos por la carne asada, el tango, la inmensa pampa... y los *desaparecidos*. En el mundo nos conocen por esto, y sin embargo también somos algo más.

- ¿Maradona?

Agregó Mirta.

- Ah, *el pibe de oro*, me olvidaba. No, no solo por eso.

Julián le indicó el cartel de un restaurante. Arriba estaba escrito *el Tano, pizza Napoli*.

- Ves Mirta, basta mirar a nuestro alrededor con

atención para darse cuenta que nosotros argentinos somos sobre todo una mezcla de pueblos, culturas y lenguajes. Buenos Aires es el espejo de esto. Mañana te mostraré algunos barrios donde te parecerá de estar en Europa.

Ella respondió haciendo un gesto con la cabeza pero sus oídos habían quedado sintonizados en aquella frase en francés que su padre había pronunciado recientemente. Se sentía atraída por aquel sonido y por el modo distinto de pronunciar la *erre*.

- ¿Cómo se dice papá en francés?

- *Pére*.

- *Pére*, - repitió Mirta- suena bien.

- Sí. Es un lindo idioma el francés.

- ¿Y “mío” cómo se dice?

- *Mon*

Mirta repitió en voz baja también esa palabra mientras Julián le sujetó una mano para cruzar la calle.

- Vamos, apurate que está por ponerse en verde y estos no nos esperan, ¿sabés?

Hicieron apenas a tiempo para poner pie sobre la vereda que la marea de autos de *Avenida Alcorta* continuó a fluir incesantemente.

- ...*Mon Pére*... ¡suena bien!

27 de Noviembre de 1993

La nueva casa de Julián era similar a aquella donde vivía de joven en el Abasto. Estaba ubicada en el tercer piso de un edificio en la intersección de *Thames y Paraguay*, no muy distante de la casa de Sara y Domenico. Había tardado un par de meses en encontrarla en el mismo barrio, desde allí Mirta podía ir a visitar a los abuelos todas la veces que quisiera.

Era un departamento pequeño y acogedor, justo como lo quería ella. Dos dormitorios, una cocina y un lindo balcón que se asomaba sobre un jardín interno del condominio. Para hacerlo más original Mirta convenció a su padre para pintar las paredes con un color tenue, tendiente al azul claro. Tardaron una semana en terminar el trabajo y aquella fue para ellos una experiencia inolvidable.

Mirta ya era grande, debía cursar el quinto año para completar los estudios secundarios y obtener el título de profesora de piano, aunque su relación con la música había cambiado en el último tiempo y tenía en mente inscribirse en la universidad para continuar los estudios en otras disciplinas.

Julián enseñaba desde hacía un año. Había obtenido un contrato en la cátedra de historia moderna y volver a estar de nuevo en medio de los estudiantes lo hacía sentir más enérgico, como si de repente se hubiese rejuvenecido.

Aquel sábado por la tarde, a las tres, tocaron el timbre. Julián estaba leyendo en su habitación, Mirta en cambio reposaba sobre la cama. La noche anterior había estado en una fiesta con amigos y había decidido quedarse en casa todo el día.

Se dirigió hacia la puerta pensando que podía ser Lolyta, la vecina, que venía a buscar a su gato que por enésima vez se había metido en el balcón. Abrió y se quedó impactada por un par de ojos oscuros que conocía bien. Era un joven alto, con los cabellos rizados, largos, imposibles de peinar. Vestía una remera negra, ceñida, que exaltaba toda su delgadez y un par de jeans rasgados sobre unas *converse* rojas.

- Hola...Pa..... , Mirta.

Ella intentó articular una respuesta pero le quedó contenida en la garganta como si estuviese tragando una miga de pan. Tuvo que tomar aliento para pronunciar a duras penas aquel nombre.

- ¡Enrique!

Se quedaron firmes uno frente al otro hasta cuando la voz de Julián los despabiló.

- ¿Todo bien?

- Sí Papá, es un amigo mío.

Entraron en la habitación, Mirta acomodó lo mejor posible la cama y abrió de par en par la ventana.

- ¡Qué sorpresa volver a verte! Sentate, ¿qué hacés por acá?

- Volví a Buenos Aires.

- ¿Cómo hiciste para encontrarme?

- Le pregunté al juez si podía encontrarte y me puso en contacto con tus abuelos. Fueron ellos quienes me dijeron donde vivías.

Mirta sabía lo de Enrique. Después de haber visto la casa de Mar del Plata abandonada, Sara le contó de la fuga al Paraguay de los Rossetti y de la misma suerte que le

había tocado a ese chico. Había obtenido la información a través de Dolores.

Los verdaderos padres de Enrique eran de la provincia de Buenos Aires y fueron secuestrados en la parada del ómnibus en una emboscada tendida por una *patota*. Su madre Mariana estaba en el octavo mes de embarazo. La obligaron a asistir a la muerte de su marido y después de haberla hecho parir, la hicieron desaparecer en la nada.

No tuvo ni tiempo de abrazar a su hijo que se lo llevaron, directamente a la ESMA, como regalo para el capitán Rossetti. A veces hacían así para hacer perder los rastros de los niños robados: los entregaban en ciudades distintas de aquellas donde vivían sus madres naturales. Enrique era el obsequio preciado de un amigo oficial del ejército que *el Rengo* aceptó con gusto, visto que con aquel niño resolvió el problema de su infertilidad que lo angustiaba desde hacía tiempo. Si solo uno de sus débiles espermatozoides hubiese tenido su misma fuerza con la que torturaba a los detenidos, no habría tenido problemas. Pero *el Rengo*, figura omnipotente en el sótano de la ESMA, no tenía por cierto el poder de cambiar su naturaleza.

- ¿Cómo descubriste que no son tus padres?

Le preguntó Mirta.

- Me lo confesaron ellos cuando me llevaron al exterior para esconderme.

Enrique, junto a Mirta, era uno de los ocho niños que la juez Duarte estaba buscando. La diferencia entre ellos estaba en la consecuencia final del caso. A pesar de que él supo que no era hijo natural de Alberto y Carmen, había

preferido quedarse con ellos en Paraguay. Y ahora se encontraba solo para enfrentar el mismo camino de Mirta y comprender quién era realmente. La educación severa y asfixiante impartida por el militar, que se había hecho pasar por su padre tantos años, le había roto las alas y para él la recuperación era más difícil.

- ¿Sabías la verdad y no hiciste nada?

Enrique dudó unos instantes.

- Decidí quedarme.

Mirta se esforzó por no gritar, habría querido hacerlo en su lugar. Gritó dentro suyo, mirándolo fijo a los ojos húmedos de tristeza. Luego, Enrique continuó hablando con una innatural impasibilidad. Por este motivo Mirta sintió tanta pena.

- No tuve el coraje de traicionarlos. Cuando supe que mis padres naturales eran *desaparecidos*, me pareció absurdo ir a vivir con mi abuela, una desconocida.

Ella lo fulminó con la mirada.

- ¿Cómo pudiste preferir quedarte con ellos sin siquiera tener el deseo de conocerla?

Su pensamiento se dirigió a Sara, al inagotable trabajo que hizo día tras día para ayudarla a recomenzar, a respirar aire limpio al cual sus pulmones ya no estaban acostumbrados. Pero luego aplacó su furia. Ella también inicialmente estuvo frente a la encrucijada de la incredulidad, se había aferrado a Cristina, a su imagen.

Se sentó frente a su amigo y lo abrazó. Lo hizo con fuerza, conteniéndolo con su afecto. Y en ese mismo instante tuvo la certeza que Enrique era rehén de sí mismo, de su triste historia. Como ella, al principio.

Se levantó, cerró la ventana y encendió el ventilador.

- ¿Dónde están ellos ahora?

- Mi madre tiene arresto domiciliario.

- Esa no es tu madre.

- Es como si lo fuera.

Respondió él sin darle ni siquiera el tiempo de terminar la frase. Mirta no reaccionó, no era ese el momento para hacerlo y además quería saber otra cosa.

- ¿Y Alberto Rossetti?

Se lo preguntó con una expresión de rabia impresa en el rostro, esforzándose, para pronunciar aquel nombre, tratando de evitar recordar por un solo instante las atrocidades que había cometido en su brillante carrera.

- Murió hace un mes. Por este motivo regresé.

Las palabras de Enrique cayeron sobre el piso provocando un ruido sordo. Mirta se giró de repente, tomada por sorpresa, como si su inconsciente quisiera regodearse con la noticia, luego planeó sobre sus pasos como un barrilete sin viento. Una sensación de insatisfacción prevaleció ante todo y la rabia volvió más fuerte que antes a opacar sus espléndidos ojos verdes.

- ¡No es justo, no puede sacarla tan fácil *el Rengo!*

Sintió una cierta incomodidad al pronunciar aquel nombre delante de Enrique y lo dijo en voz baja, para no hacerse escuchar. Quién sabe cuántas veces él había hablado con el *Rengo*, había respirado su olor en cada abrazo, y escuchado el ruido de los pasos de su pierna estropeada.

- ¿Cómo lo llamaste?

Le preguntó Enrique.

Bastó aquella pregunta para hacerle comprender a Mirta que él no imaginaba ni remotamente quién era de verdad Alberto Rossetti, nadie se lo había explicado todavía. Enrique estaba saliendo de un largo letargo y debía volver a comenzar, como si se hubiese vuelto niño.

- ¿Estabas presente cuando falleció?

- Sí. Nos encontrábamos en el balcón, estábamos charlando.

- ¿Cómo sucedió?

Lo acosó Mirta. Ese modo suyo de ahorrar palabras estaba indicando todo el fastidio que sentía al imaginar al verdugo en el tierno retrato familiar. En aquel momento solo deseaba saber si su muerte había sido dolorosa. Esperaba al menos así satisfacer por un instante un recóndito deseo de venganza, el mismo que habrían deseado decenas de jóvenes hombres y mujeres que *el Rengo* había torturado personalmente, o sus familiares, o los representantes de las asociaciones de derechos humanos, o todos los exiliados de aquellos años. Quizás, el mismo deseo de venganza lo habría tenido incluso la juez Duarte, que vivía constantemente en carne propia los sufrimientos de los *niños hallados*.

- Un ictus. No llegué a tiempo para levantarme a socorrerlo, que vi su labio superior levantarse hasta provocarle una horrenda mueca. Le quedó impresa como un tatuaje hasta el final, en el hospital, cuando media hora después, un segundo ataque le resultó fatal.

Mirta permaneció impasible frente a la crónica de la muerte de aquel hombre. Conocía demasiados detalles del monstruo para sentir pena por él. Y ante cada palabra de

Enrique su mente respondía con las imágenes de las quemaduras que el torturador había provocado sobre el cuerpo de su madre.

La muerte de Alberto marcó un cambio en la vida de Enrique, que él mismo todavía no lograba comprender. Su orden ilusorio de las cosas había sido destrozado y estaba tratando de restablecerlo, sin defensas. Desde hacía tres semanas vivía con la abuela materna en *Quilmes* y le costaba trabajo recomenzar una nueva vida. Se sentía solo, a la merced de aquella sensación de pérdida que también Mirta conocía bien.

- Se necesita tiempo, Enrique. Lo sé que no es fácil aceptar. Yo vivo con mi padre desde hace más de un año y todavía hoy me pregunto de donde saqué la fuerza para volver a empezar.

Él se encogió de hombros en signo de incredulidad.

- ¿Se volvieron a ver?

- ¿Quién?

- Cristina y vos.

Mirta volvió atrás con la mente a la trastienda de sus recuerdos, tratando de reconstruir cada momento del último día que la vio. Volvió a pensar con desasosiego a sus frases infames, al efecto que le causaron, cien veces más dolorosas de la cachetada recibida.

- ¡No! No sentí más la necesidad de volverla a ver.

- ¿Ahora dónde está?

- No lo sé, tal vez encerrada en alguna clínica para desintoxicarse de su veneno. Era alcohólica.

Respondió con una mirada indiferente.

- ¿Y ella? ¿Te volvió a buscar?

Enrique le había hecho aquella pregunta pensando a su situación, a su relación con Carmen después de la vuelta a la Argentina.

- ¿Estás bromeando? A Cristina nunca le importó nada de mí. Le serví solamente para resolver el problema con Fernando. Del mismo modo que vos le serviste *al Rengo*. ¿Entendiste ahora? ¡Nos usaron y para poder hacerlo, nos robaron!

- ¿Y María?

- Con ella nos vemos regularmente. Después de algunos meses que yo me fui, ya no quiso quedarse en esa casa y renunció.

Mirta caminaba de un lado para otro en la habitación mientras hablaba sin parar. Enrique la escuchaba, apreciando el modo seguro con el que decía las cosas.

- ¿Pero qué tenemos que ver nosotros en todo esto? Sabés que te digo: que fuimos desafortunados al nacer hijos de *desaparecidos*. ¡Éste es el problema!

Con aquella frase Enrique colocó la marca de culpables a sus padres naturales. Como si fueran los artífices de sus tristes destinos.

- ¡No digas pavadas Enrique! Nuestros padres solo soñaban un mundo libre sin injusticias.

- ¡Sí, pero hoy somos nosotros los que pagamos las consecuencias!

Mirta no respondió. Se dio cuenta que Enrique, de ese modo, estaba solo dando respiro a su sufrimiento.

- Dejate ayudar por tu abuela que no ha dejado nunca de buscarte, escuchá sus palabras. En las historias como

las nuestras son los abuelos los que sufren dos veces, primero por sus hijos y luego por nosotros, los nietos. Estar cerca de ellos es lo mínimo que podemos hacer.

Le acarició afectuosamente la mano.

- Y ahora que vivís en Buenos Aires no nos perdamos más de vista. Acordate que no estás solo, tengo muchos amigos y podrías unirme al grupo. Ya me imagino la cara de Laura cuando te vea, le habré hablado de vos millones de veces desde la época de las vacaciones en Mar del Plata.

A pesar de no haberse visto en los últimos años, en las palabras de Mirta se traslucía una amistad sincera, entrañable. Quizás en las miradas de Enrique había algo más, pero su incurable timidez no se lo habría permitido confesar. Solo en el momento del saludo, en la puerta, dijo algo.

- La tengo todavía conmigo.

- ¿Qué cosa?

- La caracola.

Mirta no respondió.

Aquella tarde también lograron reír. Ella le tomó el pelo porque se comía las uñas pero ese también era un síntoma evidente de su estado de ánimo.

- ¿Para vos todavía somos los mismos de cuando teníamos doce años?

- Yo no, porque tuve que luchar contra el acné.

- Que tonto que sos...

- ¡Así es! Vos tenés la piel suave, se ve que nunca tuviste granos.

Aquella tarde Enrique se sintió un poco más confortado.

Hacia el norte

San Ignacio, noviembre 1999

Mirta se despertó en la mitad de la noche con un peso en el estómago. Abrió la ventana para tomar un poco de aire, pero el viento cálido que soplaba desde la zona del gran lago no logró aplacar la terrible náusea. Intentó respirar hondo para evitarla, pero fue inútil, una arcada la acompañó hasta el baño. Se halló de rodillas, con las manos apoyadas sobre el inodoro. Solo después de algunos minutos sintió una sensación de liberación.

Su padre le había advertido de no tirar demasiado de la cuerda, de no regar más de lo debido el enorme bife de chorizo que habían pedido en la cena. Le dijo también que el vino tinto de *Misiones* no era como los otros y que solo quien estaba acostumbrado a beber, podía haberse gustado un vaso de más. Por eso él logró dormir profundamente y no se dio cuenta de nada, hasta que Mirta hizo ruido abriendo la puerta del Frigo bar.

- ¿Te sentís mal?

- No papá, todo en orden. Solo tengo sed.

- Deberás tomar al menos diez litros de agua para sacarte ese sabor fuerte de la boca.

Le dijo dándose vuelta para el otro lado. Luego estallaron en risas como lo habían hecho algunas horas

antes en la hostería *Don Valentin* donde habían cenado.

La risa límpida y sonora de Mirta resonó en todo el piso interrumpiendo la tranquilidad del pequeño hotel. El tipo que se alojaba en la habitación contigua se despertó con un sobresalto y protestó enérgicamente. Se escucharon sus imprecaciones mientras tiraba puñetazos a la pared para hacerlos callar.

- ¿Hemos exagerado?

Preguntó Julián

- ¡Pero qué decís?! ¡Si hasta me contuve!

Rieron de nuevo.

- Dale Mirta, volvé a la cama. Tomá una aspirina porque sino el dolor de cabeza te va a acompañar todo el día. ¿No querrás acaso arruinar las vacaciones?

Aquel viaje había sido organizado por Julián para festejar el título en Arqueología que Mirta había obtenido algunos días atrás en la Universidad de Buenos Aires. Desde hacía años que deseaba visitar el norte de la Argentina. Era una apasionada de las obras dejadas por los colonizadores europeos y había dedicado su tesis justamente a las Ruinas de la Misión de San Ignacio Miní. Para una como ella, que las había estudiado en los mínimos detalles, debía ser una gran emoción poder verlas de cerca.

Aquella noche decidieron alojarse en un simpático hotel a unos sesenta kilómetros de Posadas. Desde allí a la mañana siguiente habrían visitado con toda calma las ruinas. En los tres días restantes llegarían hasta Iguazú para ver las cataratas más grandes del mundo, deteniéndose en los lugares más interesantes a lo largo de

la Ruta 12.

Era el itinerario que habían establecido juntos el mismo día que Julián le dio la linda sorpresa. Los pasajes del vuelo para Posadas estaban cerrados en un sobre, cerca de la taza de café, arriba había escrito “*para la licenciada Mirta Guevall*”. La tarde anterior Mirta había sostenido la tesis y se había dormido cansada pero feliz por el resultado obtenido. Viajar con su padre significaba repetir la fantástica experiencia de un viaje juntos, como habían hecho tres años antes en Mendoza.

A la mañana siguiente Mirta lo despertó al amanecer rogándole que se apurara a prepararse. Lo iba a esperar en el jardín, donde la señora del hotel estaba sirviendo el desayuno a los pocos turistas que estaban ya en pie. Hacía calor y el sol estaba ofuscado por un estrato de aire húmedo, típico de la región de los grandes ríos.

- Dale papá, apurate para terminar. Hace una hora que comés, parece que lo hacés a propósito.

Julián terminó de hojear la revista que estaba leyendo, bebió el último sorbo de café y se encaminó hacia el auto, fumando ávidamente un par de bocanadas antes de salir. Mirta ya estaba lista con el motor encendido.

- ¡No temas, nadie se va llevar tus ruinas!

A Mirta le dieron ganas de reír aunque no quería hacerlo para no darle la satisfacción.

- ¡Cortala! Vas a ver que bella es iglesia monumental, te vas a quedar boquiabierto.

Tardaron poco en llegar y cuando se encontraron delante de la entrada principal, quedaron asombrados por

la profunda tranquilidad de aquel lugar. El pasaje a través de la antigua puerta indicaba un presagio de historia, leyenda y misterio. El único ruido era el gorjeo de los pájaros que provenía de los árboles circunstantes.

Mirta sintió que el corazón le latía con más fuerza, una especie de energía revitalizante le invadió el cuerpo. Sin sacar la mirada un solo instante de aquella maravilla, tomó la mano de su padre y la apretó. Quería transmitirle toda la emoción que sentía adentro.

El color gris del cielo húmedo todavía poco iluminado se fundía con la tierra roja del terreno y con el piso de mayólicas del mismo color que, desde ese punto, se extendía hasta el interior, a la antigua plazoleta.

Agarrándose de la mano, como para tomar coraje recíprocamente, entraron en el mundo que tiempo atrás pertenecía solo a los jesuitas y a los indígenas. La iglesia monumental, la escuela y las viviendas habían resistido al paso del tiempo. El abandono desde hacía más de dos siglos había permitido el avance de la vegetación que tomó posesión nuevamente de su antiguo espacio. Entre los muros de las construcciones habían crecido gigantescos árboles y pasto de hierba joven habían reemplazado los antiguos jardines. El musgo ocultaba casi todas las piedras, solo en algunos puntos se podían observar los detalles del piso de la iglesia y distinguir las decoraciones descoloridas sobre las paredes.

Pasaron toda la mañana visitando las ruinas. Esa experiencia fue para ellos un verdadero alimento, una linfa vital y cuando partieron, para continuar el viaje hacia el norte, se llevaron consigo el inolvidable sabor de los

Guaraní y una sensación de placer en el espíritu.

Habían previsto pasar la noche en un *Lodge*, más allá del *Valle del Cuñapirú* en las cercanías del *Parque del Salto Encantado*. Para llegar allí debían dirigirse hacia el interior, a la parte más forestal de la región.

Mirta había encontrado el hotel en la guía. Se trataba de un complejo compuesto por cinco cabañas completamente inmersas en la selva. Una serie de pasarelas de madera conectaba las cabañas a una piscina natural, excavada en la roca. Más allá, se podía adentrar en el corazón de la selva y caminar por los senderos que se extendían alrededor de los numerosos torrentes.

Para acceder al hotel, era necesario atravesar una vieja estación de servicio y recorrer un breve tramo de calle a pie. Cuando Mirta y Julián entraron en el área de la gasolinera creyeron haberse equivocado el camino. La dirección era aquella indicada en la guía, pero del *Lodge Mariposa* no había rastros.

Fue el viejo Ramón, el mecánico, quien les indicó la dirección correcta. Dejó de tomar mate y les fue al encuentro. Vestía un mameluco de trabajo de un color indefinido, el tiempo y las manchas de grasa habían modificado el color original. Le hacían compañía dos perros; uno viejo y cansado como él, dormía plácidamente sobre el tubo enrollado del compresor de aire, el otro, más joven y ágil, pasaba el tiempo ladrando a los autos corriéndolos por la carretera. Los perseguía algunos metros, luego se volvía, con un andar feroz, creyendo de haberlos asustado.

Era la hora de la cena y en el aire se sentía el aroma de

la carne asada que provenía del restaurante. Julián y Mirta decidieron comer antes de dirigirse al hotel. Cuando entraron en el lugar encontraron a un muchacho que los recibió. Tenía aproximadamente unos quince años, era delgado, con el cabello pelirrojo y los ojos verdes como dos esmeraldas. Estaba sirviendo un plato de empanadas y una *Quilmes* al único cliente presente en aquel momento.

Mirta lanzó una mirada detrás de la barra. Desde la puerta abierta se entreveía la cocina. Estaba vacía.

- ¿Vos sos el cocinero?

Preguntó curiosa.

- No, yo solo soy una mano en el salón, de la cocina se ocupa mi madre. Fue a buscar las provisiones, estará aquí en un rato.

Se sentaron cerca de la ventana y pidieron una cerveza.

En el pasado, en la antigua casona había un viejo molino y un horno para el pan. Los numerosos enseres, puestos en exposición como recuerdos, testimoniaban las actividades que allí se realizan tiempo atrás.

Mirta comenzó a dar vueltas por la sala observando con curiosidad las piezas de aquel museo. En la entrada había una imponente rueda de molino de piedra, también en el piso en un rincón, algunas ollas y los recipientes contenedores del trigo. Sobre una pared se podían admirar las fotos autografiadas de artistas famosos que habían comido en ese lugar. Incluso había algunas reseñas sacadas del *Diario de Misiones* y diversos artículos publicados en los periódicos locales que elogiaban las dotes culinarias de la dueña, Zulma.

- ¿Esta es tu madre?

- Le preguntó Mirta al chico, mostrándole una foto en la cual se veía una mujer trabajando en la cocina.

- ¡Sí, ella es!

- Así es, soy yo... hace más de diez años.

Hizo eco Zulma.

Abrió la puerta empujándola con un pie. Tenía ambas manos ocupadas con dos grandes bolsas llenas de fruta y verdura.

Instintivamente Mirta puso la fotografía en su lugar.

- Podes seguir mirándolas si querés. En aquel baúl hay otras más, yo ya no tengo el coraje de mirarlas, pero me gusta si alguien lo hace en mi lugar. Forman parte de nuestra historia familiar.

La señora sonrió dejando entrever un puñado de dientes blanquísimos. Fue entonces que lograron verle bien el rostro, admiraron esos mismos ojos verdes de su hijo y el brillo de sus cabellos, largos y rojos como el color de la tierra en aquella zona. El vestido que le llegaba a la altura de las rodillas, ligeramente estrecho en la cintura, acentuaba las formas de los senos.

- ¡Cuanta gracia tiene esta mujer!

Dijo Mirta en voz baja. Julián asintió confirmando su misma impresión. Aquella señora emanaba una elegancia propia, natural, para nada construida.

- Aquí está, este es el menú del día. Denle un vistazo, unos minutos más y estaré con ustedes.

Disfrutaron de la cocina de Zulma y se quedaron conversando largo rato con ella después del almuerzo. Julián trató en vano de sacarle la receta del *Chipa Guazú* que había devorado junto a la excelente carne a la parrilla.

- Mi bisabuela se hubiese quedado mal. Era un secreto suyo.

Le susurró Zulma al oído mientras levantaba la mesa. Julián, derrotado, se fue afuera a fumar.

En un rincón del restaurante había una puerta a través de la cual se entreveía una pared tapizada de cuadros. Mirta se acercó curiosa preguntándose si era un rincón reservado a clientes importantes o bien era la zona privada de los propietarios del lugar.

- ¡Podes entrar si querés!

Le dijo el joven mientras estaba repasando las copas con un paño.

- ¿Vos sos el autor de estos cuadros?

- No, los hizo mi padre.

Eran todas escenas de tango. Mujeres de piernas estilizadas y hombres con los cabellos engominados que empujaban con el torso el pecho de su compañera. Mirta miró a su alrededor y le pareció estar en un milonga llena de gente.

En una de las telas, la bailarina estaba de espaldas, con un pie extendido hacia atrás, lista para anticipar el paso del hombre. Los ojos de él, que parecían en llamas, estaban dirigidos al cuello de ella, levemente inclinado. Mirta pensó que debían estar muy enamorados para poder entregarse de esa manera. Cerró los ojos y trató de sentir aquel envolvente abrazo.

En aquella ronda de bailarines había un cuadro que sobresalía por la diversidad del sujeto. Una mujer joven, elegante y con un gran sombrero blanco, parecía mirar

con severidad hacia aquel que la había retratado. Estaba ubicada de tres cuartos de perfil y exhibía las particularidades de su estilo burgués. Lucía unos aritos de madreperla y una gargantilla de corales. Tenía una parte del rostro más iluminado, como si recibiera la luz de una ventana cercana.

Mirta rozó con la mano la tela y sintió la consistencia de las pinceladas con las yemas de los dedos. Luego la apartó de repente, sintiendo un escalofrío por todo el cuerpo. La fisionomía de aquella mujer le era muy familiar. No tenía dudas que se trataba de Cristina. Los lineamientos eran los mismos y esa boca, que ahora estaba cerrada, parecía estar a punto de pronunciar uno de aquellos reproches que ella recordaba muy bien.

¿Qué hacía allí su retrato, en aquel restaurante apartado de todo? ¿Y quién podía ser el autor?

Se lo preguntó observando a su alrededor, como para buscar un apoyo, un signo o algo por el estilo que la ayudase a entender el misterio.

No hizo a tiempo a preguntárselo que a sus espaldas apareció un señor alto, delgado, de porte elegante. Estaba vestido con un traje de lino beige, una camisa blanca que sobresalía debajo de la chaqueta y una corbata llamativa, en tonos rojos. Tenía el cabello entrecano y las patillas largas, hasta las mandíbulas. Mirta se dio cuenta de su presencia, sintió el perfume de la loción para después de afeitar, una fragancia de hierbas aromáticas que le penetró en las narinas, embriagándola. Permaneció inmóvil mirando fijo a aquella mujer con el sombrero blanco, como si tuviese temor de darse vuelta.

- Ah! ¡La mujer con el sombrero! ¿Cómo es que tenés tanto interés por esta tela?

- Me recuerda a alguien.

Solo entonces llevó la mirada en dirección a una voz que parecía haber escuchado en alguna parte, y al ver al hombre que tenía delante de ella, recibió otro duro golpe. Le faltó el aliento, las piernas y las manos comenzaron a temblarle y sintió su cuerpo cansado ante una emoción similar.

- ¡Fernando!...

Pronunció aquel nombre de repente, como si la voz hubiese salido directamente de las cuerdas vocales sin ninguna intención. Algo en su mente le decía que era él.

- ¡No, querida! No me llamo Fernando. Mi nombre es Luis, Luis Torriani.

Le dijo extendiéndole la mano para presentarse. Pasaron algunos segundos antes que ella le ofreciera la suya. Parecieron una eternidad.

- Perdóneme, lo confundí con otra persona.

- No te preocupes, sucede a veces.

Mirta volvió sobre sus pasos. Aquel hombre no podía ser Fernando, él estaba muerto desde hacía años a pesar de que el cuerpo nunca fue encontrado, todos estaban convencidos de su fallecimiento: Cristina, María, los amigos del círculo de los industriales. Hasta el Estado argentino había establecido que el señor Fernando Torres había fallecido la noche de aquel trágico accidente.

Se convenció de haberse equivocado y lentamente su corazón retomó los latidos regulares.

- Aquella mujer se parece terriblemente a una señora

que conozco muy bien, se llama Cristina Olmi.

Los ojos de Luis comenzaron a ausentarse, cerró los párpados para sumergirse en alguna zona de la mente donde desde hacía tiempo no lograba entrar. Era como si sus pensamientos se golpearan contra un muro de goma, volviesen hacia atrás y continuaran a rebotar solo en una parte del cerebro. Una palidez repentina cubrió su rostro y pequeñas gotas de transpiración aparecieron sobre la frente rugosa. Luis se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata para respirar mejor, pasó una mano entre los cabellos, solo entonces volvió a abrir los ojos. Reaccionó a duras penas para interrumpir el silencio que flotaba en la sala, pesado y denso como el humo de un cigarro.

- Es la primera vez que escucho este nombre. La mujer que ves en el cuadro es fruto de mi fantasía. Todos los motivos que pinto son fruto de mi fantasía.

- Es muy extraño. ¿Pero usted estuvo alguna vez en Buenos Aires?

- No, que yo recuerde, no.

- ¿Qué significa? ¿Estuvo o no?

- No. ¡Nunca!

- Sin embargo su tonada es la de un perfecto *porteño*.

- Mis padres eran de Buenos Aires.

Las respuestas ambiguas de Luis alimentaron nuevamente la duda de Mirta. Para sedar el tormento que sentía adentro decidió arriesgar con algo explosivo.

- ¿Y Paula Torres? ...¿no le recuerda a nadie?

Él no respondió. Aquella pregunta hecha a quemarropa sobre la oscura identidad de Mirta, resonó en la cabeza de Luis como el estruendo de un vidrio destrozado y por un

instante un gesto de sufrimiento apareció sobre su rostro, luego volvió como antes a la expresión habitual.

Para Mirta, nombrar a Paula Torres era el modo directo para entrar en su mente, tratar de descubrir algo de su pasado y comprender realmente quién era el pintor Torriani. A pesar de todo, Luis no mencionó nada de su vida pasada, como si no la tuviera, como si alguien o algo se la hubiese hecho olvidar. Su única existencia estaba allí, en aquel lugar apartado del mundo, en compañía de Zulma y de su hijo.

- Lo lamento señorita, usted sigue confundíendome con alguna otra persona.

Mirta salió del restaurante, estaba confundida. Encontró a su padre que estaba conversando con el viejo Ramón. Fue él quien le preguntó por Luis.

- ¿Entonces, cómo le fue? ¿Conoció al pintor?

- Sí, alguien extravagante.

- Como todos los artistas. -Agregó Julián.

- No papá, te aseguro que él lo es mucho más.

- Y pensar que ha comenzado a pintar solo algunos años atrás. -Continuó Ramón.

- ¿Antes que hacía?

- Ayudaba a Zulma en el restaurante. Viven juntos desde hace más de quince años, desde cuando un día se presentó de repente.

- ¿Solo?

- Sí, lo vi llegar a pie desde la ruta.

- ¿Y de dónde venía?

- Alguien en el pueblo dice que fue un camionero quien lo trajo hasta aquí y que estaba bastante maltrecho

cuando llegó. Pero nadie sabe realmente como sucedieron las cosas.

A Mirta le bastaron aquellas palabras para hacerse una idea.

- Es un hombre un tanto esquivo, ¡una lástima! Me hubiese gustado conocerlo más a fondo.

- Aquí todos hemos renunciado. Es de pocas palabras, solo Zulma logra entenderlo. ¿Saben como lo llaman en esta zona? *El pintor misterioso*. Es un hombre cuya vida está llena de sombras.

- ... ¿y quién no las ha tenido en la vida?!

Pensó Julián abrazando tiernamente a Mirta.

Partieron el día después al anochecer. Luis estaba sentado en la terraza, fumaba la pipa disfrutando la puesta de sol sobre los bosques del valle, tal vez buscando la inspiración para un nuevo cuadro.

Mirta se llevó consigo la certeza que aquel hombre era Fernando y decidió conservar el secreto, no revelarlo a nadie. Ahora merecía vivir el presente con una mujer y un hijo todo suyo.

El silencio de Mirta era un signo de respeto hacia la existencia de un hombre completamente desconocedor de la tragedia que lo habría golpeado si se hubiese quedado en el pasado.

En aquel momento Ramón encendió el cartel luminoso de la estación de servicio, Mirta lo vio desde el espejo retrovisor, cada vez más pequeño, hasta desaparecer.

Postfazione

En 1995 yo tenía 19 años y una vida “normal”. Sabía que había sido adoptado y convivía con eso sin mayores problemas, pero desconocía mi origen y eso era algo que tenía un peso muy importante en mi, sobretodo porque pensaba que me habían abandonado, que nadie de mi familia biológica me quería y que eso había determinado que me dieran en adopción. Pensar que había sido abandonado me quitaba las ganas de querer saber de dónde venía. En ese momento vivía con Elena, es mi mamá adoptiva, y me llamaba Claudio Novoa.

Una tarde que parecía una más llegó a mi casa un antropólogo forense, que después de estar varias horas esperando el momento adecuado tomó contacto conmigo. Ese señor al que yo miraba con desconfianza, unos minutos después era quien me estaba contando todo lo que normalmente conocemos de nuestro origen, pero que en mi caso estaba “ausente”. Me dijo que tenía una abuela que me buscaba desde hacía 19 años, que tenía un hermano, que tenía una familia biológica que me quería y que mi papá y mi mamá estaban desaparecidos.

Fue un día muy extraño para mi, en el mismo momento que me enteraba de que había una abuela que nunca

había dejado de buscarme también empezaba a entender el dolor de las desapariciones y la certeza de que nunca conocería a mi mamá y a mi papá. Ese fue el comienzo de mi nueva vida, una vida que me ha sorprendido y que es muy difícil de poner en palabras. Tuve que aprender a vivir con mi nueva identidad, a entender que mi historia personal era parte de la historia más dura y dolorosa de Argentina, que era parte de la lucha de las Abuelas de Plaza de Mayo y que esa vida que había llevado hasta los 19 años nada tenía que ver con este presente.

Todo comenzó a pasar muy rápido y en pocos días conocí a mi abuela Matilde, que como el resto de las Abuelas había luchado y enfrentado infinidad de situaciones, incluso durante la dictadura, para poder encontrarme. La primera vez que la vi yo miraba fijamente la puerta del ascensor esperando que ella bajase del mismo para abrirme la puerta. La había ido a conocer a su departamento y cuando la puerta finalmente se abrió la imagen de esa señora de pelo blanco y un andar típico de abuela quedó grabada en mi para siempre. Nos dimos un gran y emotivo abrazo, me invitó a pasar a su departamento y me dio de comer como lo hacen las abuelas, ¡mucho!

Mi abuela guardaba muchos recuerdos de mi papá y de mi mamá y en sucesivos relatos me los fue contando. Esos recuerdos me permitieron conocer un poco más sobre ellos y empezar a entenderme a mi desde las bases de mis orígenes. En poco tiempo ya había entendido que jamás

podría devolverle a mi abuela ni a las Abuelas todo lo que ellas habían hecho por mí, no encontré la manera de devolver tanto amor. Apenas unos días después del encuentro con mi abuela sonó el teléfono de mi casa y cuando atendí una voz desconocida me dijo: “Soy Gastón, tu hermano...”. Esa era otra de las grandes sorpresas que esta nueva vida me estaba dando. Durante 19 años había sido hijo único, no sabía lo que era tener un hermano, pero parecía que conocer mi verdad hacía que todo sea posible.

La primera vez que nos vimos con mi hermano nos quedamos hablando durante ocho horas, necesitábamos conocernos, recuperar el tiempo que nos habían robado y la conexión fue inmediata. Primero nos abrazamos, nos miramos, nos preguntamos cómo estábamos, volvimos a abrazarnos y unos instantes después nos hicimos la otra gran pregunta: “¿De qué cuadro sos?”. A lo que ambos respondimos: “¡De Boca!”. Y en esa respuesta llena de sonrisas empezábamos a encontrar algo en común, éramos de Boca como nuestro papá. Mi hermano ya era papá de tres hijos y eso me convirtió en tío de inmediato. Además él es el bajista del grupo de música “Los Pericos”, muy famoso en Latinoamérica y al cual yo había visto en varios shows, sus canciones me habían acompañado desde hacia varios años y hasta tenía sus cds.

Mi vida no dejaba de darme emociones que jamás hubiese imaginado y por otro lado en mi interior comenzaba una revolución que aún hoy se mantiene viva. La recuperación de mi verdadera identidad es un proceso

que comenzó esa tarde de 1995 y parece que me acompañará durante toda mi vida. Cada día siento que recupero mi identidad ya que comienzo el día sabiendo quien soy y eligiendo qué hacer con mi vida. Antes estaba donde los asesinos de mis padres habían decidido que este, con un nombre y una historia que no eran los verdaderos.

La dictadura tuvo un plan de robo de bebés que fueron arrancados de sus madres en los centros clandestinos de detención, en casos en los que por distintas circunstancias no podía quedarse con los niños lo que hacían era sustituirles la identidad y entregarlos a otras familias con la colaboración de algunos jueces de menores para que no vuelvan con sus familias biológicas. Mi familia adoptiva actuó de buena fe y sin saber mi origen por eso sigo manteniendo la misma relación que antes de saber la verdad y estoy sumamente agradecido por el cariño y el esfuerzo con el que me criaron.

Hoy me siento pleno como persona porque pude elegir qué hacer con mi historia y en ese camino elegí ayudar a las Abuelas de Plaza de Mayo en todo lo que esté a mi alcance. En octubre de 2004 me presenté ante la justicia para que se investigue lo que había pasado con mi papá y mi mamá y se lleve a juicio a los responsables de asesinarlos y hacerlo desaparecer. Desde ese momento fui conectándome con los compañeros de militancia de ellos. Incluso algunos habían estado secuestrados junto a mi papá.

Todos me han ayudado y sus valiosos testimonios han permitido que llevemos al juicio por el caso de mi papá a cinco imputados y esperamos las condenas para abril de este año. El caso de mi mamá ya tiene fecha de inicio para este año y en el mismo se conocerán los hechos que sucedieron en la mañana del 19 de noviembre de 1976, cuando cuarenta hombres de las fuerzas conjuntas del ejercito y la policía rodearon la casa donde vivíamos mi mamá y yo junto con una pareja y sus dos hijitos de 3 y 5 años que, en la misma condición que nosotros, habían llegado a esta casa intentado escapar del terrorismo de Estado que ya había secuestrado a mi papá el 24 de marzo del 76, el primer día del golpe militar.

En ese operativo asesinaron a todos los integrantes de la casa menos a mi, que con cinco meses de edad fui el único sobreviviente gracias a que mi mamá me puso en un placard con almohadas para protegerme de los gases lacrimógenos. Al ser encontrado en el interior del placard me sacaron y me llevaron al hospital que estaba a pocas cuadras ya que debido a los gases estaba a punto de morir por asfixia, me recuperé y pase casi cinco meses en una sala aislado y con custodia policial permanente. Finalmente el juez de menores que intervino me dio en adopción sin tomar ninguna medida para devolverme a mi familia biológica, así perdí mi verdadera identidad.

Durante tanto tiempo había pensado que no me quería y que me habían abandonado y ahora sabía que no solo no me habían abandonado sino que estaba vivo gracias a mi

mamá, que me había salvado la vida unos momentos antes de ser asesinada... no hay un día en que no piense en ese episodio y en ella que con penas veintitrés años tuvo la valentía de enfrentar a la dictadura junto al joven amor de su vida, mi papá Gastón que al momento de ser secuestrado tenía solo veintiséis años. En todos estos años fui recorriendo esos lugares que han tenido que ver con mis orígenes, ya que eso me hizo sentir más cerca de mi mamá y mi papá. Tuve la necesidad de volver a esa casa de San Nicolás, de hablar con los vecinos que jamás pudieron olvidar los estallidos de las granadas y el ruido de las ametralladoras.

Esos mismos vecinos serán testigos en el juicio que finalmente sucederá este año ya que en Argentina después de la caída de las leyes de obediencia debida y punto final llegó a su fin la dolorosa impunidad que durante muchos años impedía condenar a los genocidas, hoy nuestro país es un ejemplo de Memoria, Verdad y Justicia que permitió el fortalecimiento de las instituciones democráticas para que nunca más se repitan violaciones a los derechos humanos. Siento que la búsqueda de justicia por los 30.000 detenidos desaparecidos no solo permite cerrar un poco nuestras heridas también es el mejor aporte que podemos hacer a las futuras generaciones.

Eso es parte de recuperar mi identidad, el poder ser querellante e impulsar el juicio y castigo a los responsables de toda esta dolorosa historia, el poder elegir mi nombre y así volver a llamarme Manuel, que es el

nombre que habían elegido para mi y que nunca debería haber perdido. Esta historia me ha permitido conocer a muchas personas valiosas que en distintos países nos han abierto sus brazos incluso cuando en Argentina la impunidad era moneda corriente por eso valoro y respeto el compromiso con que Nicola Viceconti ha reflejado nuestra historia, al leer *Dos veces sombra* me he identificado, sentí admiración por su capacidad para reflejar con su relato la compleja trama de la sustitución de identidad y su novela es un nuevo aporte en la difusión de la lucha de la Abuelas de Plaza de Mayo que aun buscan a casi cuatrocientos jóvenes, incluso algunos de ellos podrían estar en Italia, por eso quiero darle las gracias a Nicola y decirle que lo siento un compañero y amigo.

Manuel Gonçalves Granada